

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing. The man, on the left, has a beard and is wearing a light-colored shirt. The woman, on the right, has long, wavy brown hair and is wearing a dark, draped top. The background is a warm, golden light, suggesting an outdoor setting at sunset or sunrise. The overall mood is intimate and romantic.

Joan Elliott Pickart

COMO
TÚ
ERES

eLit

e^{lit}

COMO TÚ ERES
JOAN ELLIOTT PICKART

 HARLEQUIN™

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Joan Elliott Pickart
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Como tú eres, n.º 211 - agosto 2018
Título original: Tall, Dark and Irresistible
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-885-7

Índice

[Portadilla](#)
[Créditos](#)
[Índice](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Epílogo](#)
[Publicidad](#)

Prólogo

Estoy aquí, como tú querías —dijo Ryan Sharpe.

Sonrió al sentarse en el sofá de piel del estudio de Robert MacAllister. Su abuelo estaba sentado en un sillón gemelo enfrente. Las llamas chisporroteantes del hogar separaban a los dos hombres.

—Es un honor que me consideres uno de tus nietos en esta misión secreta de darnos a cada uno un regalo especial.

—Sabes que te he considerado nieto mío desde que Ted y Hannah te adoptaron en Corea cuando tenías seis meses —repuso Robert—. La familia Sharpe siempre ha formado parte del clan de los MacAllister.

Contempló al joven un momento en silencio.

—Estoy muy orgulloso de ti, Ryan. Has trabajado mucho y eres un miembro valioso del equipo de Arquitectos MacAllister —soltó una risita—. Y al igual que todos los demás que han recibido ya el regalo, llegas temprano a la cita.

El joven soltó una carcajada.

—Como sabes —prosiguió el abuelo—, tú decides si quieres contarle a alguien lo que te daré esta tarde. La decisión es tuya.

Ryan asintió.

Robert frunció el ceño y observó un buen rato a Ryan antes de volver a hablar, lo que hizo que el joven se moviera incómodo en la silla bajo el escrutinio de su abuelo.

—Me gustaría tener palabras que decirte o una varita mágica —dijo al fin el anciano— que te diera paz interior. Te he visto luchar muchos años con tu herencia mestiza y me parte el corazón saber que sientes que no estás a gusto ni aquí ni en Corea.

Ryan suspiró.

—Esperaba que el viaje que acabo de hacer a Corea me trajera paz, me hiciera sentir que había encontrado un lugar donde me sentía a gusto, pero no ha sido así.

Suspiró de nuevo.

—Aquí estoy, mitad y mitad y sin encajar en ninguna parte. En Corea me miraban porque mido un metro ochenta, como mi padre biológico, y tengo pelo castaño rizado, pero mis ojos tienen forma de almendra, como los de mi madre biológica y mi piel es morena. El viaje a Corea solo ha servido para resaltar que soy diferente.

—Mmm —asintió Robert.

—Por favor, no me interpretes mal, abuelo —el joven se inclinó hacia adelante—. Tengo los padres más adorables del mundo. Doy gracias por ellos y por toda la familia MacAllister. Mis problemas son solo míos. Pero empiezo a creer que nunca acabaré esta guerra que lucho interiormente.

—Lo que nos lleva al tema de tu regalo especial —dijo Robert, y se puso en pie.

Cruzó la estancia hasta el escritorio y volvió con una caja blanca en forma de cubo de unos cuarenta centímetros de lado. Se la pasó a Ryan.

—Te lo doy con amor —dijo—. Y ojalá sirva para ayudarte a calmar tus demonios.

Ryan puso la caja sobre sus muslos y quitó la tapa con cuidado. Retiró el papel blanco fino y contuvo el aliento. Sacó su regalo especial con dedos temblorosos.

Era un globo terráqueo.

Apoyado en un pie de madera oscura, había un globo terráqueo antiguo de detalles intrincados que no medía más de treinta centímetros de altura. Estaba hecho en una porcelana de china tan fina que se podían ver las llamas de la chimenea a través de la esfera.

—Es... bellísimo —dijo con voz impregnada de admiración—. Realmente increíble. No sé qué decir, abuelo.

—Escúchame, Ryan —musitó Robert—. En este momento tienes el mundo en tus manos. ¿No ves que tú eres mucho más grande que él, que los prejuicios que puede contener ese mundo?

Hizo una pausa.

—El mundo entero es tuyo. Oh, mi querido muchacho, no te sientas tan impelido a buscar tu lugar en él, a sentir que tienes que elegir entre dos culturas únicas. Abrázalas las dos y date cuenta de la suerte que tienes. Cada una de ellas es un regalo maravilloso. Acepta lo que eres y encuentra la paz.

El joven no contestó.

—Espero que siempre que veas el globo terráqueo, recuerdes lo que te he dicho este noche. Rezo para que se calme tu dolor y tu camino sea más fácil en el futuro. Te quiero, Ryan.

—Te quie... —dijo Ryan con los ojos llenos de lágrimas—. Yo también te quiero, abuelo. Atesoraré este regalo toda mi vida, y te juro que intentaré encontrar esa paz interior. Miraré este globo terráqueo todos los días y recordaré tus palabras y... Gracias.

Tragó saliva con esfuerzo.

—Pero darte las gracias no es suficiente para expresar lo que siento. ¡Es un regalo tan lleno de cariño y de consideración! —la emoción le impidió seguir hablando y movió la cabeza.

—Tu agradecimiento es compensación suficiente —sonrió Robert—. Vete a casa, Ryan. Llévate tu globo terráqueo, tu mundo, y la firme resolución de llegar a ser un hombre que acepta lo que es. Dios te bendiga, mi adorado nieto. Buenas noches.

Ryan asintió. Colocó el globo terráqueo en la caja, lo tapó y se puso en pie. Como la emoción le impedía hablar, miró a su abuelo y vio que también este tenía los ojos llenos de lágrimas.

Lo observó largo rato y después se volvió y salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí con mucho cuidado.

Capítulo 1

Un año más tarde

Adopciones Internacionales Manos a Través del Mar estaba situada en el cuarto piso de un bloque de oficinas en Ventura, pero estaban a rebosar y necesitaban más espacio. Pensaban construir un edificio nuevo en un terreno donado por una pareja agradecida que estaba encantada con su nieta recién adoptada. Ryan había accedido a presentar los planos en nombre de otro arquitecto del estudio que se encontraba de vacaciones.

Entró en la oficina y miró a su alrededor, y la verdad es que le gustó la zona de recepción, decorada en tonos azul y fresa, que tenía estilo pero invitaba al mismo tiempo a sentirse a gusto. Numerosas plantas añadían un toque hogareño, y en un rincón había una zona de juegos equipada con juguetes, una mesa y sillas infantiles. Se acercó a la recepcionista sonriente y le dijo su nombre y el propósito de su visita.

—Ah, sí, señor Sharpe —musitó ella—. Lo esperan, pero llevamos algo de retraso esta mañana. Si no le importa aguardar en el despacho de la señorita St. John, ella no tardará en llegar. Carolyn St. John es nuestra directora adjunta y está a cargo de las adopciones en Asia. La directora de la agencia está ocupada con una conferencia internacional.

—No hay problema —repuso Ryan—. Dígame cuál es el despacho.

La recepcionista se puso en pie.

—Le mostraré el camino. ¿Quiere tomar té o café?

Ryan declinó la oferta y la siguió hasta un despacho amplio, decorado en los mismos colores que la zona de recepción. Encima de la mesa había un montón de carpetas; un archivador cubría una de las paredes y delante del escritorio habían colocado dos sillones. Apoyó el tubo de cartón en uno de ellos y fijó la vista en la pared de detrás de la mesa.

Había más de dos docenas de fotos enmarcadas de niños asiáticos, que iban

desde los dos o tres meses hasta los ocho o nueve años. Examinó cada fotografía con el ceño fruncido, entreteniéndose más con las de los niños más mayores.

Su mente se llenó de recuerdos de otro tiempo. Sintió un escalofrío.

Tenía siete u ocho años y estaba sentado en un restaurante con sus padres adoptivos y Patty, su hermana mayor, que era una copia exacta de su madre.

Veía las miradas de curiosidad que les lanzaba la gente, que observaba a los Sharpe y después cuchicheaba. Estaba seguro de que decían que, por algún motivo misterioso, sus padres habían decidido completar la familia con un niño extranjero, que destacaba muchísimo de los demás.

Recordó una noche abierta a los padres en la escuela primaria, cuando su profesora había comentado que no sabía que Ryan fuera adoptado y después se había apresurado a pedir disculpas cuando Ted la informó de que Ryan era su hijo.

Recordó el día en que Patty había llegado a casa llorando porque unos niños mayores de la escuela se habían burlado de ella diciéndole que su madre tenía una aventura con el jardinero o el tendero. No se les ocurría por qué Patty tenía un hermano menor tan raro que obviamente no era un Sharpe auténtico.

Y más tarde, en el instituto... Pero no. Ya era suficiente.

Movió la cabeza para librarse de aquellas imágenes perturbadoras y respiró hondo varias veces antes de volver a mirar las fotografías.

Carolyn St. John corrió hacia la puerta abierta de su despacho, dispuesta a disculparse con el señor Sharpe por hacerlo esperar. Se detuvo con tanta brusquedad que se tambaleó un poco y olvidó por completo lo que pensaba decir.

Miró detenidamente al hombre que estaba de pie delante de su mesa. El señor Ryan Sharpe era, sin ninguna duda, uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida.

Calculó que mediría alrededor de un metro ochenta, de pelo castaño oscuro rizado, piel bronceada y ojos oscuros en forma de almendra. Su traje era, sin duda, hecho a medida, y acentuaba la amplitud de sus hombros y las piernas largas y musculosas.

De él emanaba una virilidad manifiesta. Era un hombre sensual, que hacía

que le cosquilleara el estómago y sus mejillas se ruborizaran.

Respiró hondo y se dijo que aquello era ridículo. Reaccionaba a la presencia del señor Sharpe como una adolescente que estuviera al borde de un ataque de nervios porque se hallaba cerca del jugador de rugby más popular del instituto. Tenía que acabar con esas tonterías.

—Siento haberlo... —empezó a decir. Captó el tono casi ahogado de su voz y se interrumpió. Se aclaró la garganta y prosiguió— hecho esperar, señor Sharpe. Soy Carolyn St. John. Los demás nos esperan en la sala de conferencias para revisar los planos del edificio nuevo. Nuestra directora, Elizabeth Kane, se reunirá con nosotros en cuanto termine una conferencia internacional. ¿Le han ofrecido algo de beber?

Ryan apartó la vista de las fotografías y la posó sobre Carolyn St. John.

Lo primero que pensó fue que era guapa. Muy guapa. Carolyn St. John medía alrededor de un metro sesenta y cinco, era esbelta y tenía los ojos más azules que había visto en su vida. Su pelo, moreno y rizado, formaba un halo en torno a su rostro y le llegaba justo debajo de las orejas. Era guapa, muy, muy guapa.

Llevaba un vestido azul de manga larga, a juego con sus ojos, que le llegaba justo debajo de la rodilla y mostraba unas pantorrillas y tobillos bien formados. Su único adorno era un colgante de oro y una cadena.

Pero estaba tan absorto en las fotos de la pared que no había oído nada de lo que había dicho ella, aparte de si le habían ofrecido una bebida.

—Sí, gracias, pero no quiero nada —repuso con una sonrisa. Volvió la vista a las fotos de la pared—. Supongo que son niños extranjeros que han sido adoptados por padres estadounidenses.

—Sí, así es —repuso Carolyn, acercándose.

Pensó confusamente que aquel hombre además olía bien. Llevaba una loción de afeitado con un leve aroma a madera quemada que le iba muy bien.

—Además de ser directora adjunta de la agencia, tengo a mi cargo las adopciones asiáticas —le explicó—. Estas son fotos de niños de varios países que he colocado en Estados Unidos —sonrió—. Es mi galería de la felicidad y de sueños hechos realidad.

—Felicidad y sueños hechos realidad... —musitó Ryan— para los padres. Yo podría ser uno de los niños de esa pared, porque mis padres me adoptaron en Corea.

Hizo una pausa y miró a la mujer con el ceño fruncido.

—Sé que usted cree que hace una buena obra al ofrecer a esos niños la oportunidad de llevar una vida mejor que la que tendrían en un orfanato — continuó—. Y hasta cierto punto, es así.

Suspiró.

—Pero, señorita St. John, ¿ha pensado en las consecuencias de colocar niños extranjeros con padres estadounidenses? ¿Ha pensado en lo que sentirán esos niños cuando se den cuenta de que son diferentes y no encajan? ¿Piensa alguna vez en eso cuando entrega a las parejas niños guapos de otro continente?

—En primer lugar, señor Sharpe —repuso Carolyn con cierta rabia— no entregamos esos niños a cualquier persona. Es evidente que usted es coreano solo en parte, pero... —puso los brazos en jarras—. Si de niño usted tuvo problemas con su mestizaje, lo siento. Pero no tengo intención de justificar lo que hago aquí ante una persona que está cargada de rencor.

Achicó los ojos y levantó la barbilla.

—Sígame, por favor —continuó con frialdad—. Nos reuniremos con los demás y nos mostrará usted sus planos.

Dio media vuelta y salió del despacho.

—Eh, disculpe si... —Ryan se interrumpió al ver que la mujer había desaparecido—. ¡Maldita sea!

Movió la cabeza con disgusto y tomó el tubo de cartón. Miró un momento al techo, respiró hondo y dejó salir el aire lentamente para calmarse.

¿Por qué había tenido que hablarle de ese modo? Las fotografías habían despertado en él recuerdos de otro tiempo. Habían tenido el efecto de un puñetazo.

Pero eso no era excusa para lo que acababa de decir. No solo estaba representando mal a Arquitectos MacAllister, sino que además se había enfrentado a una mujer muy guapa. Una mujer que, cuando se enfadaba, tenía ojos que parecían rayos láser azules y un rubor muy atractivo en las mejillas.

Tenía que disculparse con Carolyn St. John cuanto antes.

Salió del despacho y miró a su alrededor. La joven lo estaba esperando al final del pasillo. Tenía los brazos cruzados y golpeaba impaciente el suelo con el pie.

Decididamente, estaba enfadada con él.

Ryan se acercó a ella.

—Mire, quiero decirle que... —empezó.

—Los demás están dentro —lo interrumpió ella, mirándole el nudo de la corbata—. Ya llegamos tarde, así que ¿quiere entrar de una vez, señor Sharpe?

—Llámemme Ryan, y...

Carolyn movió una mano en el aire.

—Usted primero. Estoy deseando oír qué otras perlas de sabiduría tiene usted que ofrecer, señor Sharpe.

Ryan se encogió interiormente y entró en la sala amplia donde había una docena de personas sentadas en torno a una mesa alargada.

Carolyn le presentó a Elizabeth, quien luego hizo lo propio con el resto de los asistentes mientras Carolyn se sentaba en un extremo. Cuando Ryan extendió los planos en el centro de la mesa, todos se levantaron para ver mejor. Carolyn también lo hizo, pero permaneció en el límite del grupo.

Pensó con rabia que Ryan Sharpe era uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida, pero demasiado agresivo. Y toda la belleza del mundo no podía borrar el hecho de que no le caía bien.

¿Cómo se atrevía a hacer un juicio negativo sobre la agencia y sobre ella? ¿La acusaba de no saber lo que era sentirse diferente? Oh, era él el que no sabía nada. Por desgracia, ella estaba muy versada en aquel tema.

Pero por muchas dificultades que hubiera tenido él en su infancia y por muchos problemas que tuvieran en Estados Unidos los niños a los que ayudaba a adoptar, estaban mucho mejor allí que encerrados en orfanatos superpoblados y...

Se dijo que ya estaba bien. No tenía que justificar su trabajo ante un hombre de mente estrecha y mal genio.

—Desde luego —dijo con decisión; y vio con embarazo como todos se volvían a mirarla.

—Me alegro de que estés de acuerdo en que las puertas de cristal en el jardín son mucho más elegantes que lo que habíamos pensado antes —sonrió Elizabeth—. Parece que estamos de acuerdo, señor Sharpe.

—Ryan, por favor —dijo él. Dirigió su atención a Carolyn—. Estoy encantado de que usted y yo estemos de acuerdo..., Carolyn.

—Claro que... lo estamos..., Ryan —musitó ella con amabilidad extrema—. En lo de las puertas de cristal.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Me he perdido algo, Carolyn?

—No, Elizabeth. Nada importante. ¿Hay más cambios en la idea original

que tengamos que valorar?

—Bueno, según las notas que me han dado, no —repuso Ryan—. Solo falta que Elizabeth firme los planos y podremos empezar a trabajar. Pueden entregárselos al constructor. Arquitectos MacAllister tiene otra copia en el estudio por si surgen problemas o preguntas durante la obra.

—Vamos a hacer una ceremonia de colocación de la primera piedra a la que vendrá la prensa —dijo Elizabeth—. Creo que compraré una pala reluciente, le pondremos un gran lazo rojo para sacar la primera paletada de tierra del nuevo terreno y...

Mientras la directora charlaba sobre la ceremonia, Ryan sonreía y asentía. Observó con frustración a Carolyn, que salió de la habitación sin mirarlo siquiera.

Cuando al fin pudo escapar, se acercó a su despacho, donde la encontró sentada en su mesa delante del ordenador. Ryan entró y se aclaró la garganta. Ella no levantó la vista.

—Carolyn... —dijo él.

—¿Sí? —repuso ella, con los dedos volando sobre el teclado.

—Mira, siento lo que he dicho antes. No venía a cuento y te pido disculpas. Es solo que... No, mi comportamiento no tiene excusa. Quisiera hacer algo para compensarlo. ¿Quieres comer conmigo? ¿Puedo venir a recogerte a mediodía, por favor?

Carolyn dejó de escribir, apretó una tecla para guardar el trabajo y volvió lentamente la vista hacia él.

—¿Comer? —repitió Ryan, con su mejor sonrisa—. Por favor, Carolyn.

—Supongo que estás acostumbrado a conseguir lo que quieres con esa sonrisa..., Ryan —dijo ella—. Pues espero que consideres esto una experiencia nueva. ¿Comer contigo? Avísame si hay algo en mi respuesta que no entiendas, aunque a mí me parece que está muy clara. No.

Capítulo 2

Aquella noche, Ryan estaba sentado en su sillón favorito de la sala de estar, con un libro abierto y olvidado en el regazo y el ceño fruncido.

Pensaba en Carolyn St. John y en lo ocurrido aquella mañana. En el silencio de su apartamento no había modo de escapar de sus recuerdos.

Suspiró, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y miró al techo.

Sí, desde que su abuelo le regalara el globo terráqueo, había avanzado mucho en el camino para lograr su objetivo de encontrar la paz interior. Pero lo que había pasado esa mañana ponía de manifiesto que todavía le quedaba mucho camino por recorrer.

Y lo que más le preocupaba era la impresión tan mala que le había causado a Carolyn. Había atacado a aquella mujer encantadora en un ámbito de su vida que sin duda tenía mucha importancia para ella. La había irritado y seguramente también la había herido.

No era de extrañar que se hubiera negado a comer con él. Tenía suerte de que no lo hubiera echado a patadas.

Dejó el libro sobre la mesa que había a su lado, se puso en pie y empezó a pasear con aire nervioso por la habitación, atusándose el pelo de vez en cuando.

No podía apartar de su mente lo ocurrido y seguir con su vida. Tenía que hacer las paces con Carolyn, no solo para tranquilizar su conciencia, sino porque..., bueno, porque le gustaba aquella mujer y esperaba que la ausencia de anillo en su dedo indicara que estaba soltera y libre.

Carolyn St. John era una mujer muy curiosa. Su cuerpo esbelto de huesos pequeños daba la impresión al principio de que se trataba de una mujer que necesitaba protección, a la que había que cuidar porque era... delicada.

Pero, desde luego, había en ella algo más de lo que saltaba a la vista. Poseía profundidad, capas y capas de personalidad por descubrir.

Sabía que era apasionada. Con su carrera, con las familias que formaba al

unir huérfanos extranjeros con personas que estaban deseando dar amor y cariño a un niño.

Tenía mal genio... Claro, cuando un idiota como él osaba meterse con algo que le importaba.

Era testadura. Él había hecho todo lo posible por hacerse perdonar por su comportamiento, pero ella no había cedido. Había levantado la barbilla, lo había clavado en el sitio con sus ojos azules, que eran pura dinamita de tan expresivos, y había rehusado su invitación a comer. El tono de su negativa era tal que no admitía réplica.

—Sí, es algo especial —musitó Ryan, volviendo a su sillón—. Pero Carolyn, encanto, puede que haya perdido la batalla, pero la guerra no ha terminado.

Carolyn entró en su dormitorio con un suspiro de cansancio, impaciente por meterse en la cama y dar por finalizado aquel día que parecía haber durado como una semana.

Mientras se quitaba el vestido pensó que aquel condenado Ryan Sharpe parecía haberse aposentado en su cerebro. ¿Por qué desperdiciaba energía mental con un hombre que ni siquiera le caía bien? Era grosero e impertinente. Había demostrado que no se aceptaba a sí mismo y prácticamente había condenado la labor a la que ella entregaba alma, mente y corazón.

Vestida solo con tanga, cruzó la estancia, apoyó los codos en la cómoda y se miró en el espejo con ojo crítico.

¿Qué habría visto Ryan Sharpe como hombre que mirara a una mujer por primera vez? Bueno, con los años le habían dicho que era guapa, y suponía que era cierto. No bellísima ni de llamar la atención y, desde luego, no voluptuosa, pero tenía una cara bonita.

Ryan era el tipo de hombre que podía elegir todas las mujeres bellas y voluptuosas que quisiera. Sin duda, atraía a las mujeres como la miel a las moscas.

Recordó las palabras que le había dicho y sintió un escalofrío.

—Basta —dijo en voz alta al darse cuenta de que estaba al borde de las lágrimas. Se abrazó los codos y respiró hondo—. Oh, sí, Ryan Sharpe. Yo sé muy bien lo que es ser diferente y no encajar. Ser diferente, diferente, diferente.

Con un suspiro que contenía un eco a lágrimas y con manos temblorosas, se quitó los audífonos dobles que llevaba.

Tres días después, Carolyn levantó los ojos al techo a media mañana cuando una mujer joven entró en su despacho con un ramo de flores en un jarrón azul perlado.

—¡Oh, no, Janice! —exclamó; se recostó en su silla y se cubrió los ojos—. Otra vez no.

—Para ti —repuso Janice con alegría—. Otra vez. Es el tercer ramo en tres días, Carolyn. Todos en la agencia estamos muertos de curiosidad por saber quién es tu pretendiente —dejó el jarrón sobre la mesa—. Susúrrame su nombre y te juro que no diré quién es a más de diez personas.

Carolyn se echó a reír.

—¿En serio? Es una oferta que me cuesta mucho rehusar, pero voy a hacer un esfuerzo.

—¡Maldita sea! —exclamó Janice; sacó un sobrecito blanco de entre las flores y lo agitó en el aire—. ¿Qué pasará si le echo un vistazo?

—Te juegas la vida —Carolyn tendió una mano—. Dámelo.

—¡Vaya! —dijo la otra; le puso el sobre en la mano—. La historia de amor del siglo tiene lugar aquí y solo conocemos la identidad de la mitad de la pareja. Tú.

—Yo no soy la mitad de una pareja. Vete de aquí y déjame trabajar.

En cuanto Carolyn se quedó sola, puso el sobre en la mesa y lo miró mientras jugaba con la idea de hacerlo pedazos y tirarlo a la basura. Sabía muy bien lo que había escrito en la tarjeta, ya que, sin duda, eran las mismas palabras de las dos tarjetas anteriores que habían llegado con sendos ramos.

Lo siento.

Por favor, perdóname y acepta comer conmigo.

Ryan

—Oh, me está volviendo loca —dijo. Tomó el sobre y sacó la tarjeta—. Sí. Lo mismo. «Carolyn, lo siento. Por favor, perdóname y acepta comer conmigo. Ryan». Bien, pues ya estoy harta de esto, muchas gracias.

Sacó la guía de teléfonos del cajón inferior, la puso sobre la mesa y empezó

a pasar las páginas con más fuerza de la necesaria. Cuando encontró el número que buscaba, lo marcó en el teléfono y oyó sonar el timbre al otro lado.

—Arquitectos MacAllister —dijo una voz animosa de mujer—. ¿Qué desea?

—Ryan Sharpe, por favor —repuso Carolyn, tamborileando sobre la mesa con los dedos de una mano.

—Un momento, por favor. La paso.

—Mil uno, mil dos —murmuró Carolyn—. Mil...

—Ryan Sharpe.

Ella no recordaba que su voz fuera tan profunda y masculina, tan...

—¿Diga?

—Sí —respondió ella en voz demasiado alta—. ¿Ryan? Soy Carolyn St. John. Tienes que dejar de enviarme flores. Son muy bonitas y esto huele muy bien, pero mi despacho empieza a parecer un jardín. No solo eso, sino que mis compañeros de trabajo se lo pasan bomba intentando adivinar quién es el pretendien..., quiero decir, quién las envía, y eso... altera nuestra rutina, así que deja de hacerlo, por favor.

—De acuerdo.

Carolyn frunció el ceño.

—¿De acuerdo? ¿No piensas discutir? ¿Lo aceptas y en paz?

—No. Dejaré de enviarte flores en cuanto aceptes comer conmigo.

—Eso es chantaje, Ryan Sharpe —dijo Carolyn, golpeando su mesa con la palma de la mano.

—Lo que sea necesario. ¿Comemos hoy? Iré a buscarte a tu oficina.

—Ni se te ocurra —Carolyn se puso tensa—. Aquí están como locos por ponerle cara a las flores. No, no, no.

—Entonces te veré donde tú digas. A mediodía —Ryan hizo una pausa—. Hay una cafetería cerca de tu trabajo que prepara unos bocadillos estupendos. Si te apetece, comemos allí.

A Carolyn no le apetecía. Había ido allí una vez y el lugar estaba tan lleno y había tanto ruido que los audífonos le chillaban dolorosamente en los oídos.

No quería comer con Ryan. Ni siquiera quería volver a verlo. El continuo desfile de ramos de flores le había impedido dejar de pensar en él y había hecho que se colara en sus sueños por la noche. La estaba volviendo loca.

Pero solo había un modo de terminar con aquellas tonterías. Soportaría una comida con él y se acabaría todo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Carolyn?

—Sí, de acuerdo —suspiró ella—. Pero no en la cafetería. En el bloque de al lado hay un restaurante pequeño decorado como un pub inglés. No recuerdo el nombre, pero...

—Lo conozco. Buena elección. Es bonito y bastante... íntimo. Te veré allí a las doce en punto. Adiós.

—Adiós —dijo ella. Dejó caer los hombros en señal de derrota.

A las doce menos un minuto, Carolyn llegaba a la puerta de madera tallada del restaurante y suplicaba mentalmente a las mariposas que aleteaban en su estómago que la dejaran en paz.

Pensó de pronto que tendría que haberse puesto algo que le sentara mejor. El traje gris con la blusa rosa resultaba muy profesional, pero hacía varios años que lo tenía, y el corte de la chaqueta había pasado de moda y parecía aburrido.

Aunque por otra parte, ¿qué más daba? Aquello no era una cita en la que quisiera impresionar a nadie. Había llegado allí por chantaje, y eso la enfurecía.

Entonces ¿por qué la posibilidad de ver de nuevo a Ryan Sharpe la ponía tan nerviosa? Pero no, no tenía sentido hacerse una pregunta cuya respuesta no conocía.

—Serénate —se dijo; enderezó los hombros, levantó la barbilla y entró en el restaurante.

Se detuvo al instante para dejar que sus ojos se adaptaran a la penumbra rosada creada por las velas que ardían en todas las mesas, pequeñas y cubiertas con manteles. Un hombre sonriente ataviado con traje y corbata apareció ante ella.

—¿Señorita St. John? —preguntó con acento británico.

—Sí, ¿pero cómo sabe que...?

—El caballero me ha dicho que esperaba a una mujer encantadora, morena y con ojos del color del cielo de verano —repuso él—. Y usted encaja en esa descripción, señorita.

—¿En serio? —sonrió Carolyn—. ¡Vaya, qué bien! —frunció el ceño—. Lo que quiero decir es... sí, soy la señorita St. John y tengo bastante prisa, así que, si el señor Sharpe ha llegado ya, ¿tiene la amabilidad de mostrarme su

mesa?

—Por supuesto. Sígame, señorita.

Carolyn estaba cada vez más nerviosa. Las mariposas se habían duplicado en su estómago, le temblaban las rodillas y... no quería estar allí. No quería volver a ver a Ryan Sharpe. No quería...

—¿Señorita? —dijo el encargado, ya a cierta distancia.

—Ah, sí —echó a andar—. Perdone.

Vio a Ryan sentado a una mesa. Este se puso en pie con una sonrisa y a ella se le aceleró el corazón.

Pensó que aquello era muy raro. Las mariposas habían abandonado su estómago para formar una alfombra mágica que la llevaba flotando hacia Ryan, porque sin duda flotaba. No podía hacer otra cosa con él sonriéndole de aquel modo y mirándola con sus maravillosos ojos negros.

—Hola, Carolyn —musitó Ryan cuando ella llegó a la mesa.

Carolyn parpadeó para aclarar su mente.

—Hola, Ryan —apartó la mirada.

Él le retiró la silla y Carolyn se dejó caer en el asiento agradecida, ya que temía que no le sostuvieran las piernas. Extendió la servilleta en su regazo, la alisó y alineó las esquinas hasta formar un cuadrado perfecto.

—Me alegro mucho de volver a verte —dijo Ryan—. Gracias por venir a comer conmigo.

Pensó para sí que era cierto. Se alegraba muchísimo de verla. Mientras la observaba acercarse a su mesa, se había visto consumido por una rara sensación de... de que aquel era su sitio... a su lado, con él. Una calidez desconocida había inundado entonces su corazón y, un instante después, el calor bajó por su cuerpo, que empezó a inflamarse de deseo.

Lo intenso de su reacción fue inesperado, pero real, y por motivos que no podía ni sospechar, la aceptó de buena gana.

Carolyn levantó despacio la cabeza, lo miró a los ojos, hizo caso omiso de los fuertes latidos de su corazón y rogó que no tuviera una expresión de tonta en la cara.

—¿Podemos pedir la comida? —preguntó con una voz que no le sonó a suya—. Mi mesa está llena de trabajo. La misma mesa que ya no tendrá que cubrirse de jarrones de flores porque estoy aquí, tal y como acordamos.

—Te muestras muy hostil —frunció el ceño Ryan—. ¿No quieres aceptar mis disculpas por mi comportamiento del otro día? ¿No puedes darme otra

oportunidad?

Carolyn suspiró.

—¿Para qué puedas repetir tus opiniones? Ryan, tú crees que traer niños asiáticos aquí está mal porque no se parecen ni a sus familias adoptivas ni a sus compañeros de colegio. Crees que lo que yo hago, la labor a la que estoy entregada, solo está bien hasta un punto. Y no quiero volver a oír eso.

—Siento mucho lo que dije el otro día. Por favor, Carolyn, créeme. Agradezco muchísimo mi familia y las ventajas de las que he disfrutado. Sí, es cierto que he tenido problemas, pero eso no es excusa para decirte lo que te dije y lo sé. Vamos a empezar de cero, ¿vale? ¿Cenas conmigo mañana por la noche? Es viernes, el comienzo del fin de semana, un nuevo comienzo para nosotros que pueda borrar lo que pasó el otro día en tu despacho. Por favor.

Carolyn, que había bajado la vista a su servilleta de nuevo, pensó que era imposible. No iría a cenar con Ryan. Ni loca.

Aunque por otra parte..., hacía meses que no tenía una cita. Meses. Ryan era encantador, inteligente, guapísimo, y se había disculpado un millón de veces por las cosas negativas que había dicho el primer día...

Sería un cambio agradable salir un viernes por la noche en lugar de pasar la velada leyendo. No porque no le gustara leer, pero... ¿Por qué no podía pensar con claridad? Sin duda porque Ryan Sharpe tenía la habilidad de impedirselo. Pero mientras ella lo supiera, podía hacer algo al respecto o, simplemente, desentenderse y...

—De acuerdo —dijo. Volvió a mirarlo—. Cenaré contigo mañana por la noche.

—¿De verdad? —preguntó él con un tono de voz que expresaba incredulidad.

—Sí.

—Estupendo. Fantástico. ¿A las siete? Y tienes que darme tu dirección. Y por si te interesa, quiero que sepas que estaba dispuesto a reanudar la cruzada de las flores hasta que consintieras en cenar conmigo.

—Oh, ahórramelo —se rio ella—. Las flores son preciosas, pero todos los compañeros de la agencia están intentando hacerme confesar quién es mi admirador —la sonrisa murió en sus labios—. No me gusta ser el centro de atención de ese modo. Me siento incómoda.

—Oh, oh. Ahora te debo otra disculpa por enviarte las flores.

—No —sonrió ella con calor—. Es la primera vez que alguien me envía

flores. Nadie lo había hecho nunca. Son muy hermosas y..., bueno, gracias.

—¿Nunca te ha enviado un hombre un ramo de flores? —Ryan frunció el ceño.

—¿Van a pedir ya? —preguntó una camarera a su lado.

—Sí —se apresuró a decir Carolyn.

Bendijo en su interior a la camarera. Quería desviar la conversación de los derroteros de «la pobrecita Carolyn St. John, que nunca había recibido un ramo de flores de un hombre que pensara en ella».

—¿Qué te apetece comer? —preguntó Ryan.

—No tengo ni idea —rio ella; tomó la carta—. Pero solo tardaré un segundo en decidir. Es cierto que tengo mucho trabajo.

—De acuerdo —Ryan abrió también su carta—. Podemos comer deprisa hoy y mañana cenaremos con tiempo y tranquilidad.

Carolyn pensó que le gustaba mucho cómo sonaba aquello.

Capítulo 3

Carolyn estaba tarareando una canción pegadiza mientras se contemplaba en el espejo interior que había en la puerta de su armario.

No estaba nada mal. El vestido de punto de color rosa palo que había comprado durante la hora de la comida parecía mucho más encantador en ese momento que en la tienda.

Las mangas largas se cerraban en las muñecas mediante tres botones pequeños en forma de perlas, y tres botones a juego formaban una línea delicada que bajaba desde el escote redondo. Era un vestido sencillo, pero esperaba que resultara elegante.

Los zapatos de noche de tacón alto y el bolso pequeño formaban el complemento perfecto al vestido. Se había lavado el pelo, maquillado con cuidado y añadido un toque de colonia fresca.

Estaba lista.

Para ver a Ryan.

Para pasar las próximas horas con un hombre increíblemente guapo al que no había podido apartar de su pensamiento en todo el día.

Cerró la puerta del armario y frunció el ceño.

Pensó que se estaba comportando de un modo ridículo. Se había saltado la comida para ir a comprar un vestido, había corrido a casa a ducharse y lavarse el pelo y había pasado mucho tiempo maquillándose hasta estar plenamente satisfecha y...

Sonrió.

—Y me alegro de ello.

Tomó el bolso de la cama, salió del dormitorio y cruzó el pasillo hasta la sala de estar, donde dejó el bolso sobre la mesita de café.

Por supuesto, podía decirse a sí misma que se había tomado tantas molestias porque aquella era su primera cita en muchos meses y merecía que exagerara un poco.

Pero no era verdad.

Se tomaba tantas molestias porque iba a salir con Ryan Sharpe. Esa era la verdad. Tal vez le molestara aceptarla, pero no iba a permitir que nada alterara la euforia de su estado de ánimo.

Definitivamente, no haría ningún caso a la vocecita interior que no dejaba de susurrarle que, a pesar de las disculpas, Ryan no aprobaba su trabajo. Aquella voz podía seguir dando la lata en las sombras, pero...

Pero tenía que serenarse. Esa cita no era el comienzo de algo importante. Era solo una velada con un hombre dinámico. No iba a analizar ni su comportamiento ni la actitud de Ryan, sencillamente iba a disfrutar, a sentirse guapa, especial y femenina por unas horas y nada más.

—Muy bien, Carolyn —se dijo con alegría. Una llamada a la puerta la hizo volverse—. Ahí está. Muy puntual.

Corrió a abrir la puerta y no intentó ocultar su sonrisa mientras observaba a Ryan Sharpe.

Sí, sin duda era guapo. Traje gris oscuro, camisa negra, corbata gris con una delgada raya burdeos y un pañuelo burdeos asomando por el bolsillo de la chaqueta. Parecía recién sacado de las páginas de una revista de moda masculina y había ido a buscarla para cenar con ella.

Aquello le parecía un sueño, y tenía intención de disfrutar al máximo de la velada.

—Hola, Ryan —dijo; se hizo a un lado—. Entra, por favor.

Ryan pensó que obedecería si conseguía recordar cómo respirar y actuar como un ser humano corriente. El corazón le golpeaba en el pecho con tal fuerza que seguramente tendría un infarto y se desmayaría a los pies de aquella hermosa mujer.

Era exquisita.

Quería memorizar cada detalle de ella y después tomarla en sus brazos y besarla hasta que los dos desfallecieran de deseo, necesidad y...

—¿Ryan?

—¿Eh? —musitó él con aire ausente. Sacudió un poco la cabeza—. Ah, sí —entró en el apartamento y se volvió hacia Carolyn, que cerró la puerta y lo miró a los ojos—. Estás tan encantadora, tan guapa con ese vestido, que me gustaría que se me ocurrieran palabras mejores que encantadora y guapa.

—Vaya, gracias —se ruborizó ella—. Tú también estás muy bien.

—Llevo todo el día pensando en esta cita —continuó él.

—¿De verdad? Pues ya que eres tan sincero, confesaré que yo también he pensado en ella.

—Me alegro —se rio Ryan—. Te habría traído flores, pero supongo que debo controlarme un poco en ese terreno por el momento. No quiero provocar su enfado, señorita St. John.

—Dios no lo quiera, señor Sharpe —repuso ella, riendo con él.

—¿Nos vamos? Tenemos mesa reservada —miró la sala de estar, de tamaño mediano y asintió con la cabeza—. Me gusta tu casa. Es cálida y hogareña. Debe ser agradable venir aquí al final del día.

—Sí, sí que lo es —Carolyn inclinó la cabeza a un lado y lo observó—. ¿Tu casa no es cálida y hogareña?

—No mucho —frunció el ceño—. No me he tomado la molestia de hacer nada más que comprar o pedir prestados los muebles más imprescindibles; faltan los toques personales que convierten cuatro paredes en un hogar. Pero eso va a cambiar. He decidido que este año dibujaré los planos de una casa, la haré construir y dejaré ese apartamento aburrido.

—¿Qué emocionante! ¿Fue una decisión de esas que todos tomamos en Año Nuevo, cuando nos proponemos hacer deporte, aprender un idioma...?

—Una de varias. Deberíamos irnos ya.

—Yo no tomé ninguna decisión de esas para cambiar de vida —dijo ella mientras salían—. Pero mejor así, porque normalmente me olvido de lo que eran o me doy cuenta a mitad de año de que no estoy haciendo lo que me propuse. ¿Qué más había en tu lista?

—Pues varias cosas —repuso él cuando salían ya del edificio—. ¿Tienes hambre? El restaurante que he elegido es bastante bueno.

—Estoy muerta de hambre.

Mientras le abría la puerta del coche, Carolyn pensaba en la conversación que acababan de sostener sobre decisiones de Año Nuevo. Cuando ella le había preguntado por las otras, él no había contestado abiertamente. De hecho, había apartado la vista en ese momento.

Pensó que aquello era raro. O tal vez no. De todos modos, no podía seguir ocupando su mente con detalles sin importancia. Dudaba mucho que Cenicienta se preocupara por cosas así cuando estaba con el Príncipe.

No, Cenicienta seguro que disfrutaba de la sensación de sentirse hermosa y dedicaba toda su atención al Príncipe hasta que llegara el momento de salir corriendo. Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

—Háblame de esa casa que te vas a hacer —dijo mientras Ryan se abría paso entre el tráfico.

—Aún no tengo nada definido. Solo sé que quiero mucho espacio, grandes habitaciones con muchas ventanas que dejen entrar el sol desde todas direcciones.

—¿Has pensado en una chimenea? Cuando llueve en invierno, hay frío y humedad. ¿No te gustaría tener una chimenea que se pueda encender?

—Desde luego —Ryan la miró con una sonrisa y devolvió su atención al tráfico—. Añadiré una chimenea. Una chimenea de piedra, creo, flanqueada por estanterías de roble que vayan del suelo al techo.

—Perfecto. Es divertido. Puedo entender por qué quisiste estudiar arquitectura. Puedes hacer realidad los sueños de la gente sobre su casa. Y esta vez se trata de realizar tus propios sueños.

—Ya —dijo él.

Pensaba que no era así del todo. La casa que llevaba muchos años soñando resonaría con las risas de niños felices y la voz de la mujer con la que se había casado y a la que había soñado amar toda la vida. Pero ese era un sueño olvidado.

Durante las navidades, había conseguido entrar en contacto consigo mismo y tomar algunas decisiones. A modo de paso en el camino de lograr la paz interior, había decidido seguir soltero. Cuando una mujer lo atrajera, saldría con ella. Pero había decidido estar muy atento a cualquier pista que pudiera revelar que, aunque la mujer disfrutaba de su compañía, desde luego no estaba dispuesta a casarse y tener hijos mestizos con él.

Se rió en su interior. No debía continuar por ese camino. No debía hacer nada que estropeará aquella velada con Carolyn. Nada en absoluto.

—Una bañera gigante —dijo ella siguiendo con el tema de la casa—. Una de esas en las que caben dos personas y...

Se interrumpió porque había empezado a imaginarse con Ryan en una bañera llena de agua caliente. Por supuesto, los dos estaban desnudos. Y burbujas fragantes cubrían el agua como la nata un pastel. Champán. Oh, eso no estaba mal. Tomarían champán en copas altas y finas de cristal mientras se miraban a los ojos y...

¡Santo Cielo! ¿De dónde había salido todo aquello? Ella no solía regodearse así con sueños eróticos.

—Por otra parte —musitó con voz levemente estrangulada—, supongo que

la mayoría de los hombres prefieren la ducha al baño, ¿verdad? Olvídate de la bañera.

—Oh, no sé. Debo decir que una bañera así tiene cierto atractivo. Puedo incluir una ducha de cabina para cuando tenga prisa y usar la bañera para relajarme después de un día largo de trabajo.

—Supongo que sí —asintió ella—. Pero cambiemos de tema. Me parece una tontería estar hablando de baños, ¿a ti no?

A Ryan no se lo parecía. A la hora de diseñar una casa, había que tener muchas cosas en cuenta. Pero hablar de una bañera grande no era buena idea en ese momento, porque las imágenes mentales que suscitaba excitaban su libido de un modo alarmante.

—El restaurante está ahí mismo —dijo, contento de ver el conocido edificio—. Vamos a cambiar el tema de las bañeras por el de la buena comida.

Carolyn, cuyo corazón no había recuperado todavía su ritmo normal, no tuvo nada que objetar.

El restaurante era uno de los mejores y más conocidos de Ventura. Carolyn y Ryan se instalaron en una mesa pequeña situada en uno de los muchos rincones encantadores, lo que les daba una intimidad envidiable.

Les dieron unas cartas largas con bordes de raso. En la de Carolyn figuraban los platos, escritos a mano en pergamino, pero sin los precios. Cada uno pidió su comida y Ryan eligió, cató y aprobó un buen vino.

Charlaron sobre la decoración del restaurante, para hablar luego del tiempo antes de pasar a comentar el éxito de un equipo de baloncesto local formado por bomberos, policías y empleados del Ayuntamiento.

Les llevaron ensaladas, seguidas de salmón al horno con salsa de perejil para Carolyn y un bistec enorme para Ryan.

—Oh, está delicioso —musitó ella—. Presiento que no voy a dejar nada.

—Tú no eres la única. Este bistec está de primera —hizo una pausa—. Háblame de Carolyn St. John. ¿Cómo decidiste dedicarte a las adopciones internacionales?

—¿Esto va a terminar en otra discusión sobre ese tema? —sonrió ella.

Ryan levantó la mano derecha.

—Nada de eso. Juro solemnemente que no será así. Solo quiero conocerte mejor, y como tu profesión es una parte muy importante de ti, es una pregunta

razonable, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —rio ella—. Me crié en Arizona y mis padres siguen viviendo en Phoenix. El último año del instituto tuvimos un día de encuentros con distintos profesionales y yo pasé bastante tiempo hablando con la representante de una agencia de adopciones. La experiencia me llegó muy hondo y supe que era eso lo que quería hacer.

Ryan asintió.

—Fui a la Universidad Estatal de Arizona y vivía en casa para ahorrar dinero. Soy diplomada en Trabajo Social y en Servicios Humanos. Cuando estaba a punto de terminar, entré en Internet para buscar ofertas de trabajo, encontré esta agencia de Ventura y, como suele decirse, el resto es historia.

—Interesante. ¿Tienes dos diplomaturas?

—En su momento me pareció útil —se rio ella—. Ahora me pregunto por qué lo hice, porque me da la impresión de que estaba siempre estudiando y nunca dormía lo suficiente.

—¿Tienes hermanos?

—No —Carolyn bajó la vista a su plato—. Soy hija única.

Porque los niños con necesidades especiales exigen mucho tiempo, energía y dinero. Debido a eso, sus padres no habían tenido la familia numerosa con la que soñaban al principio, aunque le aseguraban continuamente que era tan valiosa para ellos que no les importaba nada.

—¿Tuviste una infancia feliz?

—¡Cielo Santo! Me siento como si me estuvieran entrevistando para una revista o algo así —dijo ella, con una sonrisa forzada—. Y tú ¿qué? ¿Tienes hermanos?

—Una hermana más mayor —Ryan la observó un momento, consciente de que había evitado responder a la pregunta sobre su niñez—. Es una historia curiosa. Mi padre era inspector de policía y conoció a mi madre cuando ella estaba recién divorciada y se había puesto de parto. Tuvo que ayudar a nacer a mi hermana porque la ambulancia no llegó a tiempo. Y considera que Patty es hija suya desde antes incluso de nacer.

—Oh, eso es muy bonito, muy romántico. ¿Y después te adoptaron a ti?

—Sí. Mi padre se había quedado estéril por unas paperas. Y después de una tonelada de papeleos y meses de espera, fueron a Corea y me adoptaron cuando tenía seis meses. Punto y final.

—Pero no es el final, ¿verdad? —preguntó ella con suavidad, mirándolo a

los ojos—. Te costó mucho adaptarte.

Ryan se encogió de hombros.

—A veces sí. Creo que para mí fue más duro porque era mitad coreano y mitad estadounidense. Pero dejemos de esto, a menos que quieras que empiece a hablarte en coreano. Tomé clases antes de ir a Corea hace un año. Aprendí bastante para defenderme allí, pero supongo que el coreano hablado con acento estadounidense debe sonar raro, porque mucha gente se reía cuando intentaba comunicarme con ellos.

—¿Disfrutaste de la visita?

—No. ¿Te quedará sitio para el postre? Tienen una tarta de frutas del bosque que es sensacional.

Carolyn comprendió que el tema de Corea estaba cerrado.

La conversación siguió otros derroteros y Ryan le explicó que en la familia Sharpe se consideraban miembros oficiales del clan MacAllister.

—Mi padre y Ryan MacAllister fueron compañeros en el Departamento de Policía de Ventura durante muchos años, hasta que se jubilaron. Pusieron a sus hijos el nombre del otro —el joven se echó a reír—. Y por eso yo me llamo Ryan. Tengo un montón de primos, tíos, abuelos... de todo, gente que en realidad no son familia, pero... —se encogió de hombros.

—Pero te quieren y tú a ellos —sonrió ella.

—Sí —dijo él, serio—. Sí, los quiero mucho a todos. Créeme, Carolyn, sé la suerte que tuve de ser adoptado por Hannah y Ted Sharpe. No solo tengo unos padres maravillosos y una hermana sensacional, sino que además soy parte de la familia MacAllister.

Apartó el plato a un lado y dobló los codos sobre la mesa.

—Mi incapacidad para encontrar la paz interior ha hecho sufrir a mucha gente maravillosa —continuó—. El año pasado, mi abuelo, Robert MacAllister, me hizo un regalo especial que..., bueno, eso es otra historia.

Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Lo que intento decirte es que mis problemas son míos, de mi interior, no provocados por falta de amor por parte de mi familia. Me estoy esforzando mucho por superar esto. Y lo estoy consiguiendo. Despacio, pero estoy consiguiendo... la paz, poco a poco. Aunque lo que dije en tu despacho fue como una especie de alerta roja de que todavía me queda mucho camino. Siento muchísimo lo que ocurrió ese día. Las fotos de los niños adoptados me trajeron muchos recuerdos y... ¡Ah, qué narices! Sé que mi comportamiento no

tiene excusa y espero sinceramente que me hayas perdonado.

—Por supuesto que sí —Carolyn tendió una mano y cubrió la de él—. Ahora comprendo mucho mejor por qué lo dijiste. ¡Oh, Ryan! Espero que encuentres esa paz que dices. Yo entiendo mucho de ser diferente y... —se interrumpió.

Ryan frunció el ceño y colocó su otra mano encima de la de ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Oh, bueno —intentó retirar su mano, pero Ryan se lo impidió con firmeza—. Eh..., mi profesión. Sí. Ayudo a crear familias que son una mezcla de culturas. Cuando entrego un niño a sus nuevos padres, tengo muchas razones para creer que todo irá bien, pero a veces hay algunas dudas con otros familiares.

Suspiró antes de seguir hablando.

—A los abuelos puede costarles más aceptar a un niño extranjero por nieto. Trabajo con esas personas todo lo posible para que el niño sepa que lo quieren y que... ser diferente no importa tanto y... —carraspeó—. Me voy a hacer un regalo y voy a probar la tarta de frutas del bosque.

Ryan la miró de hito en hito. Ella tiró de la mano y él la soltó.

Pensó que algo terminaba de encajar allí. Carolyn había tenido que buscar una explicación a su afirmación de que sabía lo que era ser diferente. Durante su disertación sobre los abuelos hablaba muy deprisa. Además, se había puesto pálida, había apartado la vista y le temblaba la voz.

¿Qué ocurría allí? ¿Qué era lo que no le contaba? ¿Qué secretos tenía que no le confiaba? Todavía.

Carolyn se echó hacia atrás en la silla y sonrió.

—Y basta de conversaciones serias —comentó—. ¿Vas a tomar tarta conmigo?

—¿Quieres café? —Ryan hizo una seña a la camarera.

—No, gracias. Y puede que no me sienta tan culpable por pedir tarta si la comemos los dos. Ya sabes, tener cómplices disminuye los remordimientos.

Ryan sonrió.

—Desde luego.

La tensión que acababa de insinuarse se disipó en cuanto les pusieron la tarta delante. La tensión se había ido..., pero no estaba olvidada.

Cuando se alejaban del restaurante, Carolyn le preguntó a Ryan si sabía dónde iba a construir la casa de sus sueños.

Él asintió.

—Tengo un terreno que me regalaron mis padres cuando cumplí veintiún años. La familia Sharpe tiene la tradición de regalar una parcela a los veintiún años. Podemos venderla, conservarla, hacer una casa en ella... Lo que cada uno quiera.

—¡Qué maravilla! ¿Y te gusta la situación de la tuya?

—Oh, sí. Está en una colina y tiene una vista maravillosa de las luces de la ciudad —hizo una pausa—. ¿Quieres verla? Podemos ir ahora mismo, aunque todavía no hay caminos pavimentados que lleguen allí.

Soltó una carcajada.

—Esto es nuevo. En lugar de preguntarte si quieres ver mis bocetos, te pido que vengas a ver un terreno lleno de maleza. Elegante, ¿eh?

—Al máximo —sonrió ella—. Pero me gustaría.

—De acuerdo. Nos vamos a las colinas.

Veinte minutos después, tras un viaje en el que dejaron atrás la ciudad y empezaron a ganar altitud, Ryan detuvo el coche y apagó el motor.

Cruzó los brazos encima del volante y contempló la vista fantástica de las luces de la ciudad que se extendían a sus pies en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista. Miró a Carolyn, que se había desabrochado el cinturón y se inclinaba hacia adelante.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Es para quitar el hipo —repuso ella, maravillada—. Son unas vistas maravillosas, Ryan. Podría quedarme horas aquí sentada. ¡Es tan perfecto que parece una postal!

—Ajá —asintió él—. Sí, ahora que lo mencionas, es cierto. ¿Quieres salir para verlo de primera mano y no a través de un cristal?

—Pensaba que no lo preguntarías nunca —Carolyn abrió la puerta con una carcajada y salió del todoterreno.

Se encontraron delante del vehículo, y ella se abrazó los codos, ya que un viento frío la hizo estremecerse.

—Aquí arriba hace más viento que en la ciudad —comentó él—. No creo que sea buena idea. Tienes frío.

—Oh, unos minutos no me harán daño —repuso ella; volvió a estremecerse.

Ryan se colocó detrás de ella y la rodeó con sus brazos, apoyándola contra sí. Carolyn se puso rígida un momento y después se relajó y disfrutó del calor del cuerpo amplio y poderoso de Ryan.

¡Era tan fuerte y tierno a la vez! Ya no sentía frío. El calor que emanaba de él la calentaba, se introducía en su interior y le aceleraba el ritmo del corazón. Ese calor aumentaba en intensidad y empezaba a arder dentro de ella con las llamas del deseo.

Se dijo que debía moverse. Aquella postura era peligrosa, demasiado íntima y... Era como si Ryan y ella hubieran sido transportados a otro mundo donde no existía nadie aparte de ellos dos. Y en ese mundo no había normas de conducta que seguir. Eran libres de hacer lo que les parecía bien y auténtico.

Oh, sí, tenía que apartarse del abrazo de Ryan, que nublaba su pensamiento, y lo haría al cabo de un minuto. O de dos. De tres como máximo.

—Creo —dijo él con voz ronca—, que diseñaré la casa de modo que aquí haya un gran porche trasero, para poder sentarme en una tumbona y disfrutar de estas vistas siempre que me apetezca. ¿Qué te parece?

A Carolyn le parecía que iba a derretirse. Tenía que dar por finalizado aquel momento increíblemente romántico y volver al asiento del coche. Iba a hacerlo. Al cabo de unos minutos más.

—Creo que es una idea fantástica —dijo sin hacer caso del temblor de su voz—. Ponla al principio de la lista, con la chimenea y la bañera grande.

—¡Oh, Carolyn, te siento tan bien en mis brazos! ¿Sabes que hueles a flores? Tienes un pelo tan sedoso, tan...

—Ryan...

Él se movió para colocarse delante de ella, pero sin soltarla. Sus miradas se encontraron bajo el brillo plateado de los millones de estrellas que había en el cielo. Las manos de Carolyn subieron, al parecer por voluntad propia, desde sus codos hasta rodear el cuello de Ryan.

Y entonces él bajó la cabeza y la besó.

Al principio fue un beso suave, que se hizo más profundo a medida que Ryan le separaba los labios e introducía la lengua en la oscuridad dulce de su boca, que sabía todavía a chocolate y moras.

Sus corazones latían con fuerza y el calor los invadió a los dos. Llamas que amenazaban con consumirlos, con un deseo y una necesidad más intensos de lo que ninguno de los dos había experimentado nunca.

Ryan levantó un poco la cabeza, respiró hondo, la bajó de nuevo y volvió a besarla.

Ryan pensó que debía ir más despacio. Estaba perdiendo el control, cerca del límite. Tenía que dejar de besarla en aquel mismo instante. ¡Pero la deseaba tanto! Y ella respondía con total abandono, dando tanto como recibía. No quería hacer nada que la asustara, que hiciera que se negara a volver a verlo. Tenía que serenarse.

Tenía que soltarla.

Interrumpió el beso, aferró los hombros de Carolyn y la apartó de su cuerpo palpitante y excitado. Ella parpadeó varias veces y respiró hondo.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Y que lo digas —comentó él. Retrocedió un paso. Se pasó una mano por el pelo—. Creo que... será mejor que nos vayamos antes de que... Si vuelvo a besarte, me temo que... —señaló el vehículo—. Sube al coche.

Carolyn soltó una carcajada.

—¿Tengo que saludar antes o puedo obedecer la orden sin más?

Ryan sonrió. Pasó el pulgar por la piel suave de la mejilla de ella, provocándole un escalofrío en la columna.

—Ah, Carolyn —dijo—. Eres muy especial. Me gusta muchísimo estar contigo —soltó una risita—. Y tampoco se puede decir que me disguste besarte, pero no creo que ahora pueda hablar mucho de eso. Vamos. Te llevaré a casa.

Ella asintió sonriente con la cabeza. Ryan le pasó un brazo sobre los hombros y tiró de ella en dirección al vehículo, pero Carolyn vaciló y volvió la cabeza para contemplar una vez más las vistas.

—Gracias por compartir esto conmigo —dijo.

—De nada —repuso él.

Pensó que quizá había sido un error llevarla allí. Aquel era el lugar donde confiaba alcanzar la paz interior que buscaba.

Ahora Carolyn había estado allí. Había compartido besos muy apasionados con él y su imagen se quedaría allí para perseguirlo en el futuro, hacerlo sufrir de deseo por ella, enfatizar su aislamiento. Su soledad.

Esperó a que ella subiera al coche y cerró la puerta de su lado. Tenía que dejar de pensar de ese modo. ¿Por qué anticipar problemas antes de que existieran? Había enseñado su trocito de tierra a una mujer encantadora y se habían besado bajo las estrellas. No era para tanto.

¿O sí?

Capítulo 4

A la tarde siguiente, Carolyn reprimió un bostezo cuando examinaba con Ryan los pimientos verdes expuestos en el mercado al aire libre de los granjeros.

Miró a Ryan para ver si había notado que necesitaba dormir y se sintió aliviada al comprobar que parecía concentrado en las verduras.

Pensó que el aire libre, combinado con el hecho de que no había dormido bien la noche anterior, era la causa de su bostezo. No, no había dormido porque la habían distraído sus pensamientos y... sí, el deseo.

Por Ryan.

Cuando la noche anterior le había dado un beso de buenas noches en la puerta de su casa, había estado muy a punto de preguntarle si quería quedarse y hacer el amor con ella. Y su deseo la había escandalizado tanto que se había puesto rígida en sus brazos, lo que hizo que él la soltara y retrocediera.

Ryan había mencionado algo que ella no recordaba bien sobre que se le alegraba de que uno de los dos mantuviera la cabeza fría o algo parecido y la invitó a ir al día siguiente al mercado de los granjeros.

Había añadido que la salida tendría la consecuencia lógica de que él prepararía una tortilla deliciosa para la cena con los productos frescos. ¿Le apetecía hacer eso con él? Carolyn había movido la cabeza arriba y abajo como esos muñecos que algunas personas colocan en las consolas de sus coches y, antes de que pudiera llevar aire suficiente a sus pulmones para hablar, Ryan se había alejado, dejándola sola.

Y luego se había pasado la noche dando vueltas y sin poder dormir más que a ratos cortos. Por la mañana había limpiado el apartamento y había puesto una lavadora, como todos los sábados y, a las tres, cuando la recogió Ryan, necesitaba ya una siesta.

Pero si tenía que elegir entre dormir la siesta o estar allí con él, bueno... Miró a su acompañante. No había duda. Se divertía mucho. Estaba con Ryan. Este se tomaba muy en serio el estado de las verduras y ella no podía dejar de

reírse viendo el escrutinio al que sometía todos los ingredientes de la prometida tortilla.

—Hum—Ryan achicó los ojos con un pimiento verde en cada mano—. Los dos tienen sus virtudes, pero... —asintió y devolvió uno al montón— este es mejor.

—¿Estás seguro? —sonrió ella—. No es una decisión que debas tomar a la ligera, Ryan. Has rechazado al menos cuarenta y dos cebollas antes de encontrar las indicadas. Y pimientos solo has mirado diez.

—Créeme, entiendo de pimientos, señorita. El que he elegido es la perfección personificada.

—Sí, señor. Lo que usted diga, señor —se rio ella.

Mientras él pagaba el pimiento, Carolyn no hizo esfuerzos por ocultar su sonrisa, que parecía pegada a su cara.

¡Se sentía tan joven y libre de preocupaciones, y se lo estaba pasando tan bien! No recordaba cuánto hacía que no se reía tanto. Ryan era capaz de convertir una visita al mercado en una aventura memorable.

Era divertido, atento y la hacía sentirse, una vez más, importante y especial, femenina y guapa. Los dos llevaban un pantalón vaquero y un jersey liso, pero le había dicho que estaba muy guapa y, en cuanto lo dijo, ella se sintió precisamente así.

Estaba con Ryan y no había ningún otro sitio donde prefiriera estar.

Mientras él miraba en la bolsa que sostenía para revisar lo que había comprado, Carolyn frunció el ceño. Cuando salieran de allí, irían al apartamento de él a preparar la cena. ¡A su apartamento! Los dos solos. Con la puerta cerrada. Aislados del mundo.

Sabía que antes o después la besaría, igual que había hecho cuando había ido a recogerla a su casa. La besaría, la abrazaría y despertaría de nuevo su deseo, acompañado de aquel calor increíble que empezaba a resultarle familiar, aunque no se parecía a nada que hubiera experimentado nunca. Hasta entonces.

¿Qué le ocurría? Era como si todo lo relacionado con Ryan avanzara a cámara rápida, y la guiara a un lugar físico y emocional al que no iba casi nunca, y mucho menos a esa velocidad.

Ryan la había hechizado. No, eso era muy melodramático y un intento de echarle a él la culpa de su comportamiento extraño. Las reacciones que sentía eran suyas, y tenía que reconocerlo así y responsabilizarse de su

comportamiento.

Mientras echaba a andar a su lado por entre los puestos, pensó que hacía muy poco tiempo que se conocían. Pero por algún motivo que no podía entender, no parecía poco tiempo. Le sorprendía haber llegado ya al punto en el que fantaseaba con hacer el amor con él.

Aunque por otra parte..., aquella idea le parecía muy acertada, le producía la impresión de que era algo destinado a ocurrir.

Movió la cabeza. Se estaba volviendo loca. Tenía que dejar de pensar tanto, relajarse y disfrutar del tiempo que pasara con Ryan.

Ryan Sharpe, que no confiaba en ella lo bastante para revelar sus secretos más íntimos, los motivos por los que le costaba tanto aceptar su mestizaje, ser diferente.

¿Cómo podía pensar en hacer el amor con un hombre que mantenía una parte tan importante de sí mismo fuera del alcance de ella?

Aunque, si se mostraba realista, tenía que confesar que ella hacía exactamente lo mismo. Quería compartir con Ryan el acto más íntimo que se puede dar entre un hombre y una mujer y, sin embargo, no le había contado su secreto, la causa de que se hubiera sentido diferente toda su vida. Ryan no sabía que llevaba audífonos dobles, que tenía esa minusvalía.

¡Ah, todo aquello era un lío!

Suspiró y su acompañante la miró.

—¿Te pasa algo? Ha sido un suspiro muy triste, Carolyn.

—No, no, no me pasa nada —sonrió ella—. Y no ha sido un suspiro triste. Es solo que intentaba reprimir un bostezo. Tanto aire fresco me produce sueño. Y empiezo a tener también hambre. Me estoy imaginando esa tortilla que me prometiste y solo con pensar en ella se me hace la boca agua.

—Ah, bueno, valdrá la pena la espera, te lo garantizo —hizo una pausa para mirar de nuevo en la bolsa—. Ya lo tenemos todo. Vamos al aparcamiento.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —preguntó ella.

—Mi madre y mi abuela. Intentaron que me interesara por la cocina cuando estaba en el instituto, pero yo no quería tener nada que ver con esas cosas de mujeres.

Sonrió con nostalgia antes de proseguir.

—Después de vivir solo unos años, empecé a cansarme de comer comida basura o cosas que metía en el microondas, así que les pedí que me enseñaran lo más básico. Descubrí que me gustaba mucho preparar una buena comida y

seguí investigando por mi cuenta.

Carolyn soltó una carcajada.

—Me alegro por ti. Yo sigo en la fase de la comida basura y los platos precocinados que se meten al microondas. Cocinar es una actividad que no me atrae nada.

Se detuvieron al llegar al coche. Ryan abrió la puerta del acompañante y ella se sentó.

—Bueno, eso no es problema, ya que a mí me gusta cocinar —dijo él.

Carolyn lo miró, pero él cerró la puerta en aquel instante.

Mientras Ryan dejaba las verduras en el asiento de atrás, ella pensó que habría querido decir con eso. Hablaba como si fueran una pareja que tuvieran que dividirse las tareas en la casa.

Se rió a sí misma. No podía seguir por aquel camino, dándole mil vueltas a todo. Había sido un comentario casual por parte de él, nada más; un comentario hecho en respuesta a la afirmación de ella de que no le gustaba cocinar.

Ryan frunció el ceño al salir del aparcamiento y meterse entre el tráfico.

¡Qué extraño! Lo que había dicho en respuesta al comentario de Carolyn era muy raro.

Cuando lo había dicho, le había parecido que tenía sentido. A ella no le gustaba cocinar y a él sí, así que no habría problemas por ese lado.

Pero cuando lo pensaba mejor, le sonaba a una declaración que hiciera un hombre que estaba metido en una relación seria con una mujer, una relación en la que pasaban tanto tiempo juntos que compartían comidas de manera habitual y tenían que decidir quién iba a prepararlas.

Y él no tenía ese tipo de relación con Carolyn St. John ni pensaba tenerla en un futuro. Su decisión de Año Nuevo era irrevocable.

Pero sentía por Carolyn algo distinto, algo que no había sentido nunca. Era una maraña de emociones. Una sensación de que aquello estaba bien, de que era lo que tenía que pasar, mezclada con un deseo creciente por ella que lo confundía todo.

Porque la deseaba con fuerza. La noche anterior le había costado mucho dar por terminado el beso y marcharse dejándola allí. Y luego durmió muy mal y se pasó la noche dando vueltas y pensando en Carolyn, deseándola.

¿Por qué? ¿Por qué ella? ¿Por qué le provocaba esas reacciones? Cierto que era guapa, encantadora, pero había salido con otras mujeres atractivas a

ninguna de las cuales le interesaba una relación seria.

¿Por qué Carolyn lo perturbaba de aquel modo?

Pensó, y le pareció un pensamiento peligroso, que quizá su subconsciente quería creer que, debido a su trabajo, ella no tendría prejuicios. Que no dudaría en casarse con un hombre mestizo, en entregarle su amor eternamente y tener hijos con él.

Se rió en su interior. No podía ir tan lejos. Ni siquiera debía entrar en ese terreno. Imposible. Si bajaba la guardia e incumplía su decisión de Año Nuevo, acabaría con el corazón roto... otra vez. Y no pensaba pasar por eso.

Y de todos modos, ¿qué hacía pensando en matrimonio? Eso era algo que solo se le cruzaba por la mente cuando llevaba muchos meses saliendo con una mujer. A Carolyn apenas la conocía.

Sí, le gustaba estar con ella. Sí, la deseaba con una intensidad que cada vez resultaba más difícil controlar. Sí, ella era como una bocanada de aire fresco, porque no era una mujer de mundo y sofisticada.

Pero Carolyn también tenía secretos, cosas que parecía decidida a no contarle. Los secretos se cobraban un precio. Los secretos erigían barreras, muros entre dos personas. Los secretos implicaban que no había confianza completa.

Él tenía sus secretos.

Y ella, al parecer, tenía los suyos.

Muy bien.

Esos secretos no podían dañar su relación, porque no tenían una relación.

Mejor. Mucho mejor. Todo estaba bien así.

En ese caso, ¿por qué pensar que Carolyn no confiaba plenamente en él hacía que sintiera una especie de puño de hierro en las entrañas? ¿Por qué narices le dolía tanto pensarlo?

—Necesito comer —dijo—. Seguro que a mi cerebro le falta algún nutriente fundamental; tengo que darle alimento para que vuelva al camino correcto.

Carolyn lo miró.

—¿Y en qué camino equivocado anda tu pobre cerebro privado de alimento? —preguntó.

—Es muy confuso para contarlo. ¿Vas a querer una tostada con la tortilla? Puedes elegir entre pan integral o pan sin levadura.

—Integral —contestó ella—. ¿Se me va a asignar alguna tarea para

contribuir a esa delicia gastronómica? ¿Cortar verduras o algo así?

—No. Te quedarás sentada en la mesa y hablarás conmigo mientras tomas un vaso de vino y yo preparo la cena con una eficacia que te deje sin palabras.

—No me digas —rio ella.

—Sí. Te espera algo especial, señorita St. John —Ryan hizo una pausa y soltó una risita—. Cuando estuve en Corea, fui a un mercado gigantesco al aire libre que me fascinó. Tengo que confesar que no sabía lo que eran la mitad de las cosas que vendían.

Sonrió para sí.

—Iba andando entre los puestos y me encontré con una señora que aparentaba tener cien años. Me pareció entender que discutía acaloradamente el precio de algo que quería comprar. Me quedé a ver cómo terminaba la discusión.

—¿Qué divertido! ¿Y qué pasó?

—El comerciante acabó levantando las manos con un gesto de derrota, y la anciana sonrió y asintió con la cabeza. Había ganado ella. ¿Y sabes lo que hizo entonces? Sacó una tortuga enorme y viva de una caja de madera, se la puso bajo el brazo y se marchó. Te juro que la tortuga pesaba más que ella. Pensé en seguirla hasta su casa para ver si podía probar la sopa de tortuga que seguro que iba a hacer, pero me dio miedo de que me detuviera la policía por seguirla.

—¿Qué asco! —exclamó la joven—. Sé que la sopa de tortuga es una delicia en Asia, pero nunca me ha apetecido comer a las pobres tortugas.

Ryan soltó una carcajada.

—Podría hablarte de otras cosas que vi en aquel mercado, pero tengo miedo de estropearle el apetito y que no pruebes la tortilla.

—Parece que lo pasaste bien en Corea, Ryan, aunque dijiste que no.

—No, no lo pasé bien. Mi apartamento está en ese bloque.

Carolyn frunció el ceño y pensó que había vuelto a hacerlo. Había cambiado de tema. No sabía por qué, y lo más triste era que parecía que él no tenía intención de decírselo.

Cuando entraron en el apartamento de Ryan, en el sexto piso del edificio, Carolyn miró la sala de estar. Y volvió a mirarla.

—Hay que acostumbrarse, ¿verdad? Ya te dije que no me he molestado

mucho. Lo que ves son básicamente muebles que alguien del clan ya no quería. Ese sillón de ahí es muy antiguo. Esa cosa de negro y cromo es de los días de rebeldía de mi prima Trip. Ahora la llamamos Alice, que es su verdadero nombre. Es una artista conocida. El cuadro de la pared es de ella, lo único que me llevaré a mi casa nueva cuando la termine.

Carolyn cruzó la estancia y miró el cuadro, que mostraba un castillo en la cima de una colina, con cantidad de flores cubriendo la ladera.

—Es muy hermoso —dijo—. Tu prima tiene mucho talento.

—Sí, eso es verdad —asintió él—. Es un cuadro del castillo de la isla de Wilshire, donde vive con su marido, que es el encargado de los viñedos. Mi prima Maggie vive también en la isla y está casada con el príncipe, que algún día será rey de allí.

—¿De verdad? Suena a cuento de hadas muy romántico —dijo ella—. Me parece recordar que leí algo sobre las bodas reales en el periódico hace unos meses. Algo de que unas primas de Ventura se casaban con unos primos de la realeza, ¿verdad?

—Sí. Tanto Maggie como Alice están embarazadas, y mis primas Emily y Jessica también. Los MacAllister están inmersos en un boom demográfico. A mí me parece fantástico. Me gustan los niños de todas las edades. Son personitas fascinantes en cuerpos pequeños.

—Bueno —le sonrió Carolyn—. En ese caso, deberías tener muchos.

—No, yo no. Nada de eso —Ryan se volvió y echó a andar—. Aquí parados no prepararemos la comida. Sígame, señorita, para que pueda elegir un buen asiento desde donde ver trabajar al genio.

Carolyn lo siguió, pensando que aquello no tenía sentido. Tan pronto decía que los niños le gustaban mucho como declaraba firmemente que no pensaba tener hijos. ¿Y por qué?

¿Estaba relacionado con los problemas que había encontrado en su vida? ¿Lo habían herido tan profundamente que no tenía intención de traer niños mestizos al mundo? Odiaba pensar que Ryan hubiera conocido un dolor de esa magnitud. Pero tal vez había otro motivo para no querer ser padre.

Empezaban a amontonarse muchas preguntas sin respuesta. Y ella intuía que estaban entretreídas con la red de secretos que Ryan se negaba a compartir con ella.

Pero no podía pensar en eso por el momento. Tenía que presenciar la creación de la tortilla del siglo, que merecía toda su atención.

Como Ryan le había prometido, no tardó en estar sentada en la mesa de la cocina con un vaso de vino mientras él empezaba a cortar las verduras en trozos minúsculos.

Charlaron sobre sus primas, y Ryan le contó lo hermosa que era la isla de Wilshire. Después le habló de una Navidad cuando tenía seis años: estaba decidido a permanecer despierto toda la noche para ver a Papá Noel de cerca.

—¿Y lo viste? —preguntó ella, sonriendo.

—Bueno, mis padres se acostaron pensando que me quedaría dormido delante de la chimenea y bajarían a meterme en la cama —dijo él echando un puñado de verduras cortadas a la sartén—. Yo esperé y esperé, y al final pensé que sería mejor ver la llegada del trineo desde el tejado.

—Oh, oh —se rio ella.

—Te lo juro. Salí a la calle, saqué una escalera del garaje y empecé a subir. En la casa de enfrente había un anciano que no dormía mucho y veía poco. Vio la sombra de alguien que intentaba entrar en la casa de los Sharpe usando una escalera y llamó a la policía, lo cual fue una estupidez, teniendo en cuenta que mi padre era policía.

—¿Y qué pasó?

—Acababa de llegar al tejado cuando apareció un coche patrulla con las luces encendidas y las sirenas a todo gas —soltó una risita—. ¡Qué escena! Mi padre me contó más tarde que sus compañeros pasaron meses burlándose de él por dormir como un lirón mientras un bandido intentaba entrar en su casa.

—¿Se enfadó contigo?

—Bueno, tanto mi padre como mi madre se asustaron mucho al pensar en lo que podría haber pasado si llego a caerme del tejado, pero cuando mi padre empezó a sermonearme, mi madre se echó a reír y allí acabo todo.

Sonrió para sí antes de continuar.

—Patty me dijo que era el hermano más tonto del mundo. Nunca olvidaré aquella Navidad —Ryan añadió el huevo batido a las verduras.

—¡Oh, es una historia maravillosa! —dijo ella—. Tu familia parece estupenda, Ryan.

Él asintió.

—Lo son. Lo son de verdad.

Carolyn vaciló un momento antes de volver a hablar, no muy segura de si debía atreverse a hacer un comentario sobre su infancia en general.

Acabó decidiendo que, para ganar algo, había que arriesgarse.

—Supongo que tienes muchas historias de esas, buenos recuerdos de tu niñez —dijo.

—Nada es perfecto en este mundo, Carolyn —repuso él—. Sí, tengo buenos recuerdos, pero también hay cosas que me gustaría poder olvidar. Ser diferente a todos los que te rodean puede hacer que te sientas muy solo.

—Sí, lo sé —susurró ella.

Ryan se volvió a mirarla.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—Eh, bueno... —bajó la vista al vaso de vino y pasó un dedo con cuidado por el borde—. Has dejado muy claro que ser mitad coreano te causaba problemas, aunque no hayas contado detalles específicos. Yo solo digo que debió ser así, nada más.

Ryan volvió de nuevo a la tortilla, pero pensó que aquello no era todo. Definitivamente, ella le ocultaba algo. Algo sobre su infancia, seguro.

—Vale —dijo, con un tono de voz que intentó fuera alegre—. Prepárate. Te falta un minuto para conocer el éxtasis de probar una tortilla creada por el único e incomparable Ryan Sharpe, señorita. Será una experiencia única, un suceso muy importante en tu vida.

Carolyn sonrió y él le puso un plato delante e hizo una reverencia.

—Tu tortilla, cariño —se enderezó—. Ahora observaré cómo tomas el primer bocado para no perderme tu reacción.

—Muy bien —dijo ella con una carcajada. Tomó el tenedor, cortó un trozo y se lo llevó lentamente a la boca—. Mmm —masticó, tragó y abrió mucho los ojos—. ¡Oh, es deliciosa, absolutamente fantástica!

—Te deja sin aliento, ¿eh? —Ryan se sentó enfrente con su plato.

—Y el chef es muy humilde —comentó ella—. Nunca he oído decir a la famosa Julia Child lo buena cocinera que es.

—Pues debería hacerlo —repuso él—. Si eres bueno, eres bueno —guiñó un ojo—. Y yo soy bueno.

—Creo que no añadiré nada a ese comentario —dijo ella—. Pero sí quiero felicitar al chef.

—Gracias, gracias.

La cena fue deliciosa. Carolyn se lo comió todo y felicitó varias veces al chef. Se ofreció a ayudar a recoger la cocina, pero Ryan se negó y dijo que era algo que dominaba a la perfección y podía hacerlo más deprisa solo.

—¡Oh! —exclamó ella, cuando se sentaron en el sofá después de limpiar la

cocina—. Estoy llenísima. Creo que no volveré a comer durante una semana. Gracias de nuevo. Ha sido una cena soberbia.

—De nada —Ryan se instaló a su lado—. Ha sido divertido cocinar para otra persona. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Tendré que prepararte un día mi receta secreta para salsa de espaguetis. Es tan buena que te deja sin habla.

—No me hables de comida —se rio ella—. Creo que acabo de engordar dos kilos.

—Vale, esto será lo último que diga sobre el tema. ¿Crees que puedes venir un día a cenar y probar mis espaguetis?

Carolyn volvió la cabeza para mirarlo y se dio cuenta por primera vez de lo cerca que estaba. Contempló las profundidades insondables de sus ojos oscuros y contuvo el aliento al tiempo que se le aceleraba el corazón.

—Sí —dijo con suavidad—. Creo que me gustaría mucho... probar... tus espaguetis.

—Me alegro —Ryan bajó la cabeza hacia ella—. Probar es bueno en muchos campos. Como... en este..., por ejemplo.

Su boca se fundió con la de ella en un beso que era mucho, mucho más que una prueba. La abrazó y ella le echó los brazos al cuello. El beso se intensificó aún más y el deseo empezó a consumirlos.

Ryan interrumpió el beso solo el tiempo suficiente para respirar hondo y volvió a besarla. La realidad y la razón empezaban a perderse en la niebla sensual que los envolvía, dejando solo deseo y necesidad.

¡Oh, cómo deseaba hacer el amor con Ryan Sharpe!, se dijo Carolyn. ¿Cómo podía estar mal algo que parecía tan necesario?

Una vocecita interior le recordó que era cuestión de secretos. ¿Cómo iban a entregarse completamente cuando había tantos secretos entre ambos?

Carolyn apartó de mala gana las manos del cuello de Ryan y las llevó a su pecho, que empujó con suavidad. Él la soltó al instante, jadeando.

—Te deseo —dijo con voz ronca por la pasión—. Lo sabes. Y creo que tú me deseas en la misma medida.

—Sí, pero...

—Pero —la interrumpió él—, si este no es el momento, si tú no puedes ahora, no pasará nada. Es muy importante, Carolyn. Tenemos que estar los dos en el mismo punto, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Gracias, Ryan.

Él respiró hondo, soltó el aire despacio y sonrió.

—Eres una mujer muy potente, señorita St. John. Creo que me espera una larga noche de dar vueltas en la cama.

—A mí también, Ryan —sonrió ella con tristeza.

—Escucha, mañana tengo que cenar con mis abuelos, pero ¿podemos vernos el lunes?

—¿El lunes? No, lo siento, pero el lunes estoy ocupada.

Ryan esperó un momento para ver si ella le contaba cuáles eran sus planes para el lunes, pero Carolyn no dijo nada.

—Bien, ¿qué te parece el martes? —preguntó él. ¿Otro secreto? ¿Qué tenía que hacer el lunes por la noche que no quería contarle?—. Acaban de abrir una pizzería cerca de aquí. ¿Quieres ir conmigo?

—Sí, me parece bien.

—Entonces decidido. El martes, pizza. Te iré a buscar a tu apartamento a las seis y media. ¿Te parece?

Carolyn asintió.

—De acuerdo.

—Y en cuanto a ahora mismo..., ¿te apetece ver una película?

—Muy bien.

—Estupendo. Buscaremos una en el canal de películas —se puso en pie—. Pero antes tengo algo que hacer en la cocina.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Palomitas. Es ilegal ver una película sin comer grandes cantidades de palomitas con mantequilla.

Carolyn se llevó una mano al estómago y soltó un gemido.

—Para mí no hagas —dijo—. No puedo comer nada más.

—Cambiarás de idea —le contestó desde la puerta—. No se trata de palomitas corrientes, sino de una de mis especialidades. Confía en mí.

Carolyn confiaba en él; y sabía que esa confianza se intensificaba cada momento que pasaban juntos. Pero sabía también que en las sombras se ocultaban los secretos de ambos, que ponían en peligro aquella confianza nueva y frágil.

Capítulo 5

El lunes por la noche, Carolyn entró en una estancia amplia del centro comunitario y pasó la mirada por las dos docenas de personas reunidas allí. Varios niños jugaban con distintos juguetes mientras otros coloreaban sentados a una mesa. Había tantos adultos como pequeños, y Carolyn sonrió porque había más gente que la semana anterior.

Empezaba a correrse la voz de que los lunes por la noche había allí clases gratuitas de lenguaje para sordos, para aquellos que no podían pagar clases privadas.

Supondría un gran paso adelante en las vidas de esas familias ser capaces de comunicarse en casa con sus hijos sordos. Y para los niños representaba el medio de relacionarse con otros como ellos.

—Muy bien, madres y padres —dijo una mujer de unos cincuenta años—. Es hora de empezar la clase. Los que ya tienen profesor, empezarán enseguida. Los que vienen hoy por primera vez, acérquense.

La gente hizo lo que les decía y a Carolyn se acercó Mary, una mujer que andaría cerca de los treinta años, con su hija Kendra.

Carolyn sonrió y movió manos y dedos para hablar despacio con la niña.

—Hola..., Kendra —dijo con la voz y con las manos—. ¿Cómo... estás... esta... noche?

La pequeña dudó un instante y empezó a mover los dedos.

—Muy bien —dijo con voz muy nasal.

—¿Y tú, Mary? —preguntó Carolyn, con voz y dedos?

—Muy bien, gracias —Mary movió los dedos y después dejó caer las manos a los costados—. Hemos practicado en casa toda la semana. Esta mañana Kendra me ha dicho lo que quería desayunar por signos, en vez de señalar con el dedo. Es increíble lo mucho que ha avanzado. Y está muy contenta.

—Me alegro —sonrió Carolyn—. Vamos a empezar a trabajar, ¿vale?

Durante la hora siguiente, las tres se concentraron en aprender palabras nuevas en el lenguaje de signos. Carolyn a menudo ayudaba a las otras a doblar los dedos para lograr la posición correcta.

—Es... hora... de... tomar... algo —le dijo a Kendra.

La niña asintió con la cabeza, se levantó de la silla y corrió a donde estaban los refrescos.

—Estás muy guapa, Mary —comentó Carolyn—. Y te felicito por trabajar tanto con ella en casa —hizo una pausa—. ¿Su padre ha cambiado de idea sobre el tema del lenguaje de signos?

Mary suspiró.

—No. Jerry dice que no va a dar un espectáculo en público los días que Kendra está con él poniéndose a hablar con los dedos. Dice que puede defenderse señalando con el dedo lo que quiere o diciendo sí o no con la cabeza. No cambiará de idea. He hablado con mi abogada del divorcio y dice que no podemos obligarlo a venir a clase.

Carolyn frunció el ceño.

—Lo único que podemos hacer es confiar en que cambie de idea con el tiempo.

—¡Si pudiera ver lo contenta que se pone Kendra cuando se da cuenta de que la entiendes! He intentado explicarle a Jerry que eso le da mucha autoestima, pero no me escucha. Tiene que verlo por sí mismo —Mary sonrió—. Necesita ser testigo directo; si no, pensará que le estoy dando la lata.

—Testigo directo —repitió Carolyn pensando en Ryan—. Me pregunto... —se interrumpió—. Tal vez... solo tal vez... Bueno, vale la pena probar.

La tarde siguiente, Carolyn paseaba impaciente por su sala de estar en espera de que Ryan fuera a buscarla para ir a la pizzería.

Reconoció para sí que estaba muy nerviosa. Todo estaba preparado para llevar a cabo su plan y empezaba a arrepentirse en el último momento. ¿Y si él se daba cuenta de lo que había hecho y se enfadaba, creía que ella se había entrometido en su vida privada? Podía enfurecerse y salir corriendo para no volver.

¡Qué idea tan deprimente!

Olvidaría su plan. No tenía por qué hacerlo.

Aunque por otra parte, ser testigo directo...

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Dio un respingo.

—Serénate —se dijo en voz baja; estiró el suéter rojo sobre los pantalones vaqueros—. El que no arriesga, no gana. Lo voy a hacer.

Abrió la puerta con una sonrisa forzada.

—Hola —dijo—. Entra.

Ryan llevaba también vaqueros y un suéter, pero el suyo era de un color amarillo tostado que Carolyn decidió que le sentaba muy bien.

—Hola —entró en el apartamento y le dio un beso rápido en los labios—. ¿Lista para una pizza de primera?

—Sí —repuso ella. Respiró hondo—. Pero si no te importa, tengo que pasar un momento por un sitio antes de ir a cenar.

—Claro que no. ¿Dónde?

—Está a solo un par de manzanas de aquí. Tengo que visitar a una de mis familias para poder cerrar su ficha. Entrar y salir. Nada más, ¿vale?

Ryan se encogió de hombros.

—Desde luego. ¿Sabes que vas?

—Sí. He hablado con ellos esta tarde y les he dicho que me pasaría con un amigo de camino a cenar. Es algo rutinario, ver y cerrar el caso.

Ryan frunció el ceño.

—¿Estás bien? Pareces algo nerviosa.

—Más bien hambrienta. Tengo mucha hambre. Entramos, hacemos lo que tenemos que hacer y nos vamos a comernos la pizza, ¿de acuerdo?

—Muy bien —contestó él mirándola con curiosidad.

Carolyn le indicó el camino y poco después paraban el coche delante de una casa estilo rancho de tamaño mediano. Estaba pintada de azul con bordes blancos y tenía un césped delantero muy cuidado.

Les abrió la puerta una mujer sonriente de unos treinta años que medía un metro noventa por lo menos.

—Adelante, adelante —dijo—. Me alegro de verte, Carolyn, y tú debes de ser Ryan. Creo que vais a ir a cenar cuando salgáis de aquí.

—Ese es el plan —comentó él.

—Ryan —intervino Carolyn cuando llegaron a la espaciosa sala de estar—, esta es Sally Foster.

—Y estos son mi marido y mi hija —dijo la mujer—. Chet, a Carolyn ya la conoces. Su amigo se llama Ryan. La que Chet tiene en brazos es nuestra maravillosa Elizabeth.

Ryan miró a Chet, que sostenía a una niña asiática de alrededor de un año. El hombre no medía más de un metro sesenta. Ryan miró un momento a Sally, y luego de nuevo a su marido.

La diferencia de estatura entre ellos era poco corriente, pero nada más. Nadie los miraría dos veces si fuera al revés, pero resultaba más raro ver a una mujer mucho más alta que su marido.

—Sentaos, por favor —dijo Sally—. ¿Queréis beber algo?

—No, gracias —Carolyn aceptó agradecida el sofá, ya que las piernas le temblaban a causa de los nervios—. Nos estamos reservando para la pizza —hizo una pausa—. Hola, Elizabeth. ¡Oh, qué guapa es! Tiene un pelo precioso.

—¿Verdad que sí? —intervino Chet—. Hoy ha dado sus primeros pasos. Tendrías que haberla visto. Fueron solo dos pasos solo, pero sabía que había hecho algo especial.

—Es china, ¿verdad? —preguntó Ryan.

—Sí. Fuimos a buscarla a China. Por intermedio de Carolyn y la agencia —Chet soltó una carcajada—. A mí no me miraban mucho cuando hacíamos turismo, pero Sally causaba sensación, ¿verdad, cariño?

La interesada se echó a reír.

—Y que lo digas. Algunas personas me miraban como si fuera un monstruo de las profundidades marinas y otros se apartaban, asustados por mi altura. Aquí se me considera alta, así que ya podéis imaginaros lo que era en China.

—Sally y yo estamos acostumbrados a que nos miren. Llevamos quince años casados y nos conocemos desde el instituto, así que estamos habituados —sonrió—. Pero debo admitir que la reacción en China resultaba fuerte hasta para nosotros.

—Y ahora tenéis una niña extranjera, eso hará que os miren aún más —musitó Ryan.

—Sí, supongo que es cierto. Pero Elizabeth tendrá que aprender, como hicimos Sally y yo, que no tiene importancia que te miren. Lo que cuenta es lo que nos une... el amor. Elizabeth es nuestra hija. Somos una familia. Es lo único que importa.

—Bueno —dijo Carolyn en voz demasiado alta; Ryan frunció el ceño—, ¿va todo bien por aquí? ¿Podemos archivar vuestra carpeta en el fichero de «fueron felices y comieron perdices»?

—Desde luego —asintió Chet.

—Excepto porque Elizabeth prefiere a su padre —sonrió Sally—. Mientras

Chet está trabajando, se conforma conmigo, pero en cuanto lo ve llegar, se acabó. Quiere estar con él y no acepta otra cosa.

—No te quejes —se rio Carolyn—. Así puedes librarte de cambiar pañales por las tardes.

—Y solo puede bañarla él. Yo me siento aquí a leer el periódico. Ah, la vida es maravillosa, Carolyn. Somos tan felices que estamos como tontos. Al fin tenemos una hija y os estamos muy, muy agradecidos.

—¿Puedo preguntar una cosa? —intervino Ryan.

—Por supuesto.

—Es evidente que sabéis bien lo que le gusta a Elizabeth y que os sentís relajados con ella y ella está cómoda con vosotros. También he oído el modo en que dices que es tu hija. No es forzado..., es auténtico. La queréis mucho. Quisiera saber cuánto tiempo lleva con vosotros, cuándo fuisteis a China a buscarla.

Carolyn sintió un nudo en el estómago. Habían llegado al fondo del experimento.

—Hace diez días que volvimos de China —repuso Sally—. De hecho, aún no nos hemos recuperado de los efectos del cambio horario.

—¿Diez días? —preguntó Ryan con incredulidad—. ¿Días? ¿No meses? ¿Días?

—Es hora de comer pizza —repuso Carolyn, poniéndose en pie—. Hemos hecho lo que teníamos que hacer y nos vamos. Buenas noches. Adiós.

La familia Foster los acompañó a la puerta, donde Carolyn se colgó del brazo de Ryan y tiró de él hacia fuera. Sally y Chet les dieron las buenas noches.

Carolyn anduvo deprisa hasta el coche, se sentó en el lado del acompañante y se abrochó el cinturón. Se mordió el labio inferior al ver que Ryan se volvía a mirar la casa antes de seguir andando con el ceño fruncido.

No habló hasta que se hubieron alejado.

—Los Foster son una pareja poco corriente —dijo.

—¿De verdad? —preguntó Carolyn—. ¿Por la diferencia de estatura?

—No, no es eso —repuso él con cierta impaciencia—. Me refiero al vínculo instantáneo que se ha formado entre ellos y la niña. Cuando hablan de Elizabeth, hay orgullo en su voz y amor en sus ojos. ¿Y solo hace diez días que volvieron de China? Seguro que generalmente no es así.

—Claro que sí, Ryan. Te lo aseguro. Por eso puedo hacer la última visita

tan pronto después de su regreso. Sea lo que sea lo que tengan que afrontar los Foster en el futuro, lo harán juntos, con una base de amor tan firme que nada será capaz de romperla. Elizabeth es amada de un modo inconmensurable. Te lo aseguro.

Ryan apretó el volante largo rato; luego suspiró.

—Tengo que pensar en esto, en lo que acabo de ver en esa casa —dijo—. No quiero seguir hablando de ello esta noche.

—Sí, está bien.

Recorrieron en silencio el resto del camino hasta el restaurante.

—¡Vaya! —exclamó él cuando llegaron—. Hay mucha gente. ¿Quieres seguir adelante?

—Desde luego —repuso ella—. Estoy muerta de hambre.

No tardaron en hallarse inmersos en el caos del interior, donde todo el mundo se divertía y las pizzas estaban deliciosas. La tensión que casi podía palpase en el vehículo se disipó y sus sonrisas se volvieron auténticas.

Les dieron globos llenos de helio para celebrar la gran inauguración, y Ryan insistió en llevárselos al terminar; decidieron pasear un rato, ya que hacía un tiempo magnífico. Fue divertido. Avanzaban por la acera, sujetando las cuerdas de los globos, y Carolyn no pudo evitar la risa cuando Ryan se paró a atarle la cuerda en torno a la muñeca para que no perdiera el globo.

Pasó bastante rato antes de que ella volviera a pensar en lo ocurrido en casa de los Foster. ¿Qué pensaba Ryan? ¿Había decidido olvidarse del episodio? ¿Le había impactado lo que había visto o lo había olvidado ya?

No lo sabía, y tal vez no lo supiera nunca, pero se alegraba de haberlo hecho. Presentándole a los Foster, había intentado ayudar a Ryan a vencer un poco sus demonios interiores, y la sensación de que había hecho bien la acompañó hasta en sueños.

El viernes por la tarde, Carolyn estaba sentada en su despacho con la vista perdida. Soñaba despierta con Ryan Sharpe y revivía cada segundo pasado con él en esa última semana.

El miércoles fueron al cine, el jueves Ryan le pidió que lo acompañara a varias tiendas de muebles de Ventura para empezar a buscar muebles para su nueva casa. Le dijo que había empezado los planos y estaba tan inmerso en el tema, que pensaba que sería un placer empezar a amueblar mentalmente

algunas habitaciones.

Carolyn se había divertido una vez más. Y una vez más, le había resultado muy difícil despedirse de él cuando la acompañó a su casa.

—No puedo seguir así mucho más —dijo en voz alta con un suspiro.

Esa noche Ryan ayudaba a un amigo a pintar un cuarto infantil para el niño que esperaban su esposa y él. El proyecto se había retrasado debido a que la pareja no se ponía de acuerdo sobre el color. La futura mamá quería un verde menta y el padre insistía en el azul intenso. Al final, alcanzaron un compromiso y aprobaron los dos el azul pálido.

Carolyn se puso en pie, salió de detrás de su mesa y empezó a andar de un lado a otro del despacho.

Acababa de hacer un repaso mental de su semana con Ryan. Y había revivido recuerdos muy especiales, pero no cabía duda de que también había evitado dos temas muy importantes.

El primero era que los MacAllister, y todos los considerados miembros del clan, como los Sharpe y algunos otros, habían decidido que, como el tiempo era demasiado bueno para enero, celebrarían una barbacoa familiar al día siguiente. Y ella iba a ir con Ryan a conocer a su gigantesca familia. El mero hecho de pensarlo bastaba para ponerla al borde de un ataque de nervios.

El segundo era que la tensión sexual entre Ryan y ella había crecido hasta el punto de ser casi insoportable. Incluso cuando estaban inmersos en actividades divertidas o riéndose, la tensión estaba siempre presente y reclamaba su atención.

¿Cuántas veces más podría despedirse de él en la puerta? ¿Cuántas noches más podía pasar sola en su cama echándolo de menos y ansiando hacer el amor con él?

Ninguna.

Se detuvo y se abrazó los codos al tiempo que un escalofrío recorría su espalda.

¿Qué pasaría si al día siguiente, cuando Ryan la acompañara a casa después de la barbacoa, le dejaba claro que quería hacer el amor con él? Nunca en su vida había sido tan atrevida, pero tampoco había deseado nunca a nadie como a Ryan Sharpe.

¿Y si él decía que no, si la rechazaba? Sabía que la deseaba, sabía que se excitaba cuando se besaban, pero ¿y si no quería dar el paso final de hacer el amor con ella? ¿Y si consideraba que dar aquel paso era llevar la relación a

un plano más importante al que no tenía intención de llegar?

La mera idea de que Ryan la rechazara era más de lo que podía soportar. Sería tan humillante, tan duro para su feminidad que su autoestima saltaría en un millón de pedazos.

¿Valía la pena correr el riesgo?

Respiró hondo.

—Sí —susurró.

Le importaba mucho Ryan. Le gustaba más de lo que podía expresar con palabras y le gustaba lo que era cuando estaba con él. Lo respetaba y sabía, por el modo en que la trataba, que él también a ella. Y ambos eran adultos y sabían lo que hacían.

Además, quería crear todos los recuerdos que pudiera con él mientras estuvieran juntos. Quería hacer el amor con Ryan Sharpe.

—Sí —dijo levantando la barbilla.

—¿Eres adivina? —preguntó Janice entrando en el despacho.

Carolyn se volvió.

—¿Qué?

—Iba a preguntarte si tienes tiempo ahora de revisar los dosieres, antes de enviarlos a traducir al chino. Y has dicho que sí antes de que hiciera la pregunta.

—Ah —Carolyn se llevó una mano a la sien—. Ahora ya sabes que tengo poderes, puedo leer el pensamiento. No está mal, ¿eh?

—Da miedo —se rio la otra—. Volvamos a la realidad —dejó un montón de papeles sobre la mesa—. Cuanto antes examines esto, antes lo traducirán y antes podremos enviarlo a Pekín. En China hay seis niñas que esperan a sus padres.

—Empezaré ahora mismo.

—Muy bien —Janice fue hacia la puerta—. Ah, y si de verdad puedes leer el pensamiento, no te metas en el mío, porque descubrirás que hoy me he saltado la dieta y ayer y anteayer también. Creo que he fallado la dieta 101, pero no me gustaría que se enterara nadie.

—Entendido —Carolyn se sentó en la silla detrás de la mesa—. Borraré tu mente de la lista de las que pienso entrar.

—Estás loca —dijo Janice; salió del despacho.

—Lo sé —suspiró Carolyn—. Un cierto señor Sharpe me ha hecho perder la cordura.

Tomó la primera carpeta del montón y fijó la vista al frente.

Si de verdad pudiera leer el pensamiento, se metería en la mente de Ryan. Descubriría sus secretos más íntimos, que era lo que le había ocurrido, lo que le había causado tanto dolor por ser diferente.

—Borra eso —dijo moviendo la cabeza.

Aunque tuviera aquel poder, no lo usaría. No, los secretos de Ryan eran de él. Otra cosa era que le gustara que confiara en ella lo suficiente para contárselos. Y también que ella tuviera el valor de confesarle lo de su sordera.

Pero ya estaba bien de distracciones. Tenía trabajo. Había seis niñas en el otro extremo del océano que esperaban una familia. Seis niñas esperando un hogar.

De pronto pensó en la noche que habían ido a la colina en la que Ryan pensaba construir su casa.

Un hogar. Aquel sería también un hogar.

Frunció el ceño, disgustada consigo misma.

La casa que Ryan estaba planeando no tenía nada que ver con ella. Nada en absoluto.

Capítulo 6

El sábado hacía un día perfecto para pasarlo al aire libre.

Ryan aparcó en la calle, delante de la casa de sus abuelos, al final de una larga fila de coches, y ayudó a Carolyn a salir del vehículo. Recorrieron el largo camino que llevaba a la puerta, y ella elogió lo maravilloso del jardín.

Carolyn se dijo que no lo hacía del todo mal. Su acompañante no sabía lo nerviosa que la ponía la perspectiva de conocer a su enorme familia.

—No intentes aprenderte el nombre de todos hoy —le dijo Ryan cuando abría la puerta que conducía al jardín trasero—. Nadie puede hacerlo la primera vez, pero cuando los hayas visto en unas cuantas reuniones, te resultará fácil.

Ella le lanzó una mirada rápida; pensó si él se daría cuenta de lo que implicaban sus palabras.

Pero no tuvo tiempo de pensar mucho, ya que fueron recibidos por una andanada de gritos y saludos. Ryan le pasó un brazo por los hombros y la llevó por el jardín; iba presentándole a gente hasta que a ella empezó a darle vueltas la cabeza. Sonreía, asentía con la cabeza, y decía que estaba encantada, pero fue un alivio poder sentarse al fin en una tumbona.

—¿Quieres un refresco? —preguntó él.

—Sí, gracias —sonrió Carolyn—. Muy bien.

—Guárdame una silla a tu lado. Defiéndela con los puños si es necesario.

—Muy bien —se rio ella.

Ryan no había andado ni dos pasos cuando una mujer rubia muy guapa se sentó en la silla en cuestión. Ryan vio el movimiento por el rabillo del ojo y se volvió con los brazos en jarras.

—Esa silla es mía, Jessica —dijo con voz que pretendía ser severa pero no lo conseguía del todo—. Fuera.

—Tranquilo —repuso Jessica, con las manos extendidas hacia él—. Haz lo que pensabas hacer mientras yo le cuento a Carolyn lo espantoso que eras de

niño.

—No te creas ni una palabra —dijo él—. Es abogada y ya sabes la fama que tienen. Tergiversan la verdad para lograr su objetivo.

—¡Daniel! —gritó Jessica—. Quiero que detengas a Ryan por calumnias.

—No puedo —le contestó su marido desde unos metros más allá—. Soy inspector de homicidios. No te sirvo, a menos que me entregues un cadáver.

—Eso se puede arreglar —repuso su mujer, mirando de hito en hito a Ryan. Este soltó un carcajada y continuó su camino.

—¿Crees que sobrevivirás a nosotros? —preguntó Jessica a Carolyn con una sonrisa—. Es la primera vez que Ryan nos trae a una chica a las reuniones y estamos encantados de que hayas venido.

—Gracias —Carolyn hizo una pausa—. ¿Ryan nunca ha venido con una amiga? ¿De verdad?

—De verdad —asintió la otra—. Bueno, cuéntame... ¿Cómo os habéis conocido? ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo hace que salís juntos? Veamos, ¿qué más necesito saber?

Carolyn se echó a reír.

—Sí, veo que es cierto que eres abogada —achicó los ojos—. Jessica. Jessica MacAllister Quinn, casada con...

—Daniel, madre de Tessa, la niña que está allí con su padre. Y con otro Quinn en camino —la joven se dio una palmadita en el abdomen—. Sé que es difícil llevar la cuenta al principio. Somos una gran familia.

—Una familia encantadora —repuso Carolyn—. Todos habéis hecho que me sienta bienvenida. Estaba muy nerviosa antes de llegar, pero ya me encuentro cómoda y me estoy divirtiendo.

—Me alegro. Y ahora empieza por el principio. ¿Cómo conociste a Ryan?

El aludido sacaba en ese momento dos latas de cola de un cubo metálico. Sintió una mano en el hombro y se volvió para encontrarse con su padre.

—Hola, papá —sonrió—. ¿Cómo estás? ¿Y cómo está mamá?

—Muy bien, teniendo en cuenta nuestra edad —repuso Ted Sharpe—. Carolyn St. John es una mujer muy guapa, hijo. Me alegra verte acompañado en una de estas reuniones. ¿Hay algo que deba saber sobre la encantadora señorita St. John y tú?

—Siempre serás policía, ¿eh? —rio Ryan—. Pero supongo que no me

sorprende que todos sintáis curiosidad. Es la primera mujer con la que he salido que he pensado que podría encajar con la familia, pasárselo bien aquí. Las demás eran más...

—¿Estiradas? —Ted enarcó las cejas.

Su hijo soltó una carcajada.

—Algo así. Carolyn es sencilla, auténtica, como nosotros. Es una mujer muy especial.

—Mmm —asintió Ted—. Parece que va en serio; tú ya me entiendes.

—Oh, no digas locuras, papá. Carolyn y yo salimos y disfrutamos de la compañía del otro, nada más. No me interesa una relación seria con nadie —miró a su alrededor—. Veo a mamá allí, pero ¿dónde está mi hermana? Seguro que haciendo cola para interrogarme sobre Carolyn.

—Patty dijo que vendría si podía, pero no estaba segura.

—¿Otra vez? —Ryan miró a su padre—. Es lo mismo que dijo en navidades, y la mayoría de las veces no apareció.

—Lo sé. Tu madre y yo estamos preocupados. Tememos que Patty y Peter tengan problemas matrimoniales. No sé qué pensar, Ryan. Siempre que le preguntamos cómo está, sonrío y dice que todo va bien. Pero parece que mantiene a la familia a distancia.

—Creo que me pasaré a verla uno de estos días..., pronto.

Ted asintió.

—Buena idea. Siempre habéis estado muy unidos, y quizá a ti te cuente lo que le ocurre. Si hay algún problema, puede resultarle más fácil confiar en su hermano que acudir a sus padres.

Ryan asintió.

—Me encargaré de ponerme en contacto con ella, papá. Pero si me cuenta algo y me pide que guarde el secreto... —se encogió de hombros.

—Ya lo sé. Pero confío en que puedas decir a tus decrepitos padres que su niñita se encuentra bien.

Ryan se echó a reír.

—¿Quieres dejar de decir tonterías? Tenéis sesenta años, no sois viejos precisamente —hizo una pausa y se puso serio—. Papá, me gustaría hablar unos minutos contigo en privado, en la casa.

—Bueno, por supuesto.

Ryan miró a su alrededor y volvió a meter las latas de cola en el cubo.

—Carolyn parece relajada y contenta, a pesar de que estoy seguro de que

Jessica la está interrogando en firme. No creo que le importe que desaparezca un rato.

—Vamos al estudio de tu abuelo. En esa habitación han tenido lugar muchas conversaciones a lo largo de los años.

Ted se sentó en uno de los sillones colocados a ambos lados de la chimenea de lo que se consideraba el cuarto preferido de Robert MacAllister. Observó a Ryan pasear por la estancia, tocando una lámpara, mirando los libros en las estanterías, pasando la mano por la piel suave del sillón situado enfrente de donde se sentaba él.

—Estás haciendo tiempo —dijo.

—Sí —Ryan se sentó a su vez. Apoyó los codos en las rodillas, entrelazó las manos miró un rato al frente antes de volver la vista hacia su padre—. Tengo que preguntarte algo.

—Bien.

—Todos hemos oído muchas veces la historia de cómo ayudaste a nacer a Patty antes de que llegara la ambulancia. Es una historia muy especial y ya se la he contado a Carolyn porque creo que lo especial hay que compartirlo.

Ted sonrió.

—Desde luego, fue uno de los momentos más especiales de mi vida.

—Desde luego —asintió Robert—. Fue increíble. Aunque no eres el padre biológico de Patty, en cuanto la viste te dijiste algo como: «eres mi hija, eres mía». Y es natural, porque estuviste con mamá en la última parte del embarazo y viste a Patty respirar por primera vez y... el vínculo fue instantáneo. La considerabas hija tuya.

—Sí, así es.

—Lo que me lleva a mi pregunta, papá. Estuvisteis meses de papeleos antes de poder ir a Corea a adoptarme. No pudiste ver mi primera sonrisa ni mi primer diente. Tenía seis meses cuando me conociste y me tomaste en tus brazos. Tenía ya cierta personalidad, supongo, cosas que me gustaban o me disgustaban, cosas de las que tú no tenías ni idea. No sabías quién era.

Ted frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Lo que necesito saber es cuánto tiempo tardaste en formar un vínculo conmigo, en sentir de verdad que era tu hijo. Necesito una respuesta sincera, papá, no lo que tú crees que debo oír. ¿Fueron meses? ¿Años incluso?

Ted se inclinó hacia él.

—¿No conoces ya la respuesta? ¿Me lo preguntas porque de verdad no lo sabes? ¿No te lo he dicho nunca? ¡Dios mío, Ryan! Lo siento. No puedo creer que no habláramos de esto cuando eras niño.

Suspiró.

—Supongo que lo que ocurría era que en mente y en mi corazón sabía la verdad, y asumí que te lo había dicho, igual que le hablaba a Patty de su nacimiento... Maldita sea, decir que lo siento no sirve de mucho.

—Papá, responde a la pregunta, ¿vale? Es importante para mí.

—Por supuesto que sí. Sí —Ted se echó hacia atrás en el sillón—. Ryan, imagínate, si puedes, mi corazón como un rompecabezas al que le faltara una pieza. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, claro.

—En el orfanato de Corea, tu madre y yo estábamos en una habitación pequeña con pocos muebles que necesitaba una capa de pintura. Nos pareció que transcurría una eternidad desde que la directora del sitio nos dijo que esperaríamos allí hasta que volvió a abrirse la puerta.

Ted se pasó una mano por el pelo.

—Y de repente estabas allí —dijo con voz ronca por la emoción—. La directora te llevaba en brazos y tú fruncías el ceño, parecías furioso. Me miraste y te metiste el pulgar en la boca.

Movió la cabeza.

—Te miré y la pieza que faltaba en mi corazón se colocó en su sitio porque en aquel momento me sentí completo. Tenía un hijo. Tú. Te tomé en mis brazos, tú te pusiste rígido y yo te susurré que no tuvieras miedo, que estabas con papá. Y tú apoyaste la cabeza en mi hombro. Nunca olvidaré aquel momento. Nunca. Es tan importante y especial para mí como el momento en que ayudé a Patty a venir al mundo.

Ryan movió la cabeza y sintió una opresión en la garganta que le impedía hablar.

—Mi hijo —susurró Ted con los ojos llenos de lágrimas—. Entonces, ahora y siempre.

—No lo sabía —dijo Ryan con voz emocionada—. Es como lo de los Foster con Elizabeth, pero pensaba que eso era un caso especial. Suponía que mamá y tú habríais tardado tiempo en formar un vínculo fuerte conmigo porque no me acogisteis de recién nacido, y además, yo era... diferente y...

—La única diferencia entre Patty y tú es que ella era mi hija y tú, mi hijo. Que ella era chica y tú, chico. Nada más.

Ryan asintió con la cabeza y apartó rápidamente la vista cuando se dio cuenta de que dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Ted se puso en pie.

—Te quiero muchísimo, hijo. Y no te imaginas cómo siento que no hayamos tenido esta conversación hace años. Perdóname, por favor.

Ryan se pasó las manos por el rostro y se levantó a abrazar a su padre.

—Yo también te quiero, papá —susurró—. Gracias por contarme todo esto y por..., bueno, por todo.

Se separaron y ninguno de los dos intentó ocultar las lágrimas que llenaban sus ojos.

—Bueno —carraspeó Ryan—, creo que debo ir a rescatar a Carolyn antes de que crea que la he abandonado. Si averiguo algo de Patty que pueda contarte, te llamaré. Te lo prometo.

Salió de la habitación y Ted respiró hondo.

—Gracias —musitó—, hijo mío.

Cuando estuvo seguro de haber controlado su emoción, volvió al jardín. Le pasó el brazo por los hombros a su esposa y la que estrechó contra sí.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó la mujer.

—Nada —repuso Ted—. Acabo de enmendar algo que no sabía que estaba mal, nada más.

Ryan sacó de nuevo las latas de cola del cubo y se acercó a Carolyn. Por el camino respiró hondo y soltó el aire despacio, reviviendo la conversación que acababa de sostener. Sabía que la repasaría muchas veces en su cabeza a lo largo de los próximos días.

Cuando Jessica vio que avanzaba hacia ellas con expresión decidida en el rostro, se levantó y fingió limpiar el polvo de la tumbona aparatosamente.

—Tengo que irme —dijo antes de que Ryan se acercara mucho—. Hay que cambiarle el pañal a mi hija. Nos vemos luego, primo.

Él tomó dos vasos de plástico de una mesa cercana y se dejó caer al fin en la tumbona, al lado de Carolyn, a la que pasó una lata y un vaso.

—Siento haber tardado tanto —musitó—. ¿Ha sido muy duro? ¿Jessica te ha interrogado a fondo?

—Más o menos —rio ella—. Debe ser muy buena en el tribunal.

—De eso no cabe duda. Su socia, Mary Clair, y ella están especializadas en representar a mujeres con problemas legales. Malos tratos, custodias de hijos, problemas con las pensiones alimenticias, esas cosas. Se están haciendo fama de duras, inteligentes y trabajadoras. Mary Clair ahora está casada con Connor O’Shea, pero de soltera se llamaba Cavelli, y esa gran familia también se considera parte de nuestro clan. Aunque hoy no veo a ninguno de ellos por aquí. Supongo que tendrían otro compromiso en su agenda.

—Mejor. De todos modos no podré recordar la mitad de los nombres de los que hay hoy aquí.

—¿Te diviertes? —preguntó Ryan.

—Sí —sonrió la joven, animada—. Hay tanto amor y cariño aquí que casi puedes tocarlo. Tienes mucha suerte de haber crecido en esta familia tan maravillosa.

—Sí —Ryan miró a lo lejos—. Y soy muy consciente de ello, créeme —hizo una pausa y la miró—. Carolyn, hay algo que quiero decirte. Yo soy arquitecto. Dibujo planos para que la gente construya casas. Pero tú ayudas a crear familias que conviertan esas casas en hogares llenos de amor y risas. Ahora comprendo por qué te entregas tanto a tu carrera, a tu trabajo, y quiero que sepas que respeto muchísimo lo que haces.

—Gracias, Ryan —repuso ella luchando por reprimir las lágrimas—. Significa mucho para mí oírte decir eso.

—Sí. Eh, basta ya de emociones por hoy —sonrió él—. Estamos aquí para divertirnos y comer mucho. Ya verás cuando pruebes las hamburguesas de mi abuelo. Te espera algo muy especial, cariño. Tiene una receta secreta que no comparte con nadie.

Carolyn se sirvió cola en el vaso y pensó en otros secretos. Entre ellos estaba siempre presente el hecho de que él no le contaba lo que le había hecho sentirse diferente al resto de aquella familia maravillosa.

¿Qué era? ¿Qué le había pasado?

Pero no. Ryan tenía razón. Ese día solo tenía que preocuparse de divertirse con su familia.

Disfrutar de todos los momentos que pasara con él.

Capítulo 7

A medida que avanzaba la fiesta, Carolyn empezó a sentirse como si hiciera mucho tiempo que conocía a la familia de Ryan.

Las hamburguesas que Robert MacAllister preparaba en la parrilla en un rincón del patio eran realmente deliciosas. Había además tazones enormes con patatas fritas, distintas ensaladas y una enorme tarta de chocolate de cuatro pisos.

Carolyn ayudó a despejar la larga mesa y llevar los restos de la comida a la casa mientras conversaba cómodamente con otras mujeres.

Los hombres y los niños más mayores empezaron a jugar al Frisbee o a las herraduras, pero las mujeres se sentaron juntas en tumbonas.

—Oh, estoy llena —protestó Carolyn—. No creo que necesite volver a comer durante una semana. Estaba todo delicioso y he comido muchísimo.

—Nos alegra que te haya gustado la comida —dijo Margaret MacAllister—. Mi marido, el chef de las hamburguesas, me insinuó que quizá deje su receta de las hamburguesas a un miembro de la familia en su testamento. Yo le dije que me parecía muy bien, pero pensé que era la cosa más tonta que había oído en mi vida.

—No lo es —repuso Robert MacAllister, que se materializó detrás de ella. Se sentó en una tumbona—. Todavía no lo he decidido. Me uno al grupo de señoras porque me he agotado preparando esas obras de arte y no estoy en condiciones de jugar al Frisbee.

—Otro cocinero humilde —rió Carolyn—. Como Ryan.

—¿Eh? —preguntó Emily MacAllister Maxwell—. ¿Ryan ha cocinado para ti?

—Bueno, eh... sí —se ruborizó la joven—. Tortilla. Preparó una tortilla fantástica después de comprar todos los ingredientes en un mercadillo de granjeros y... Creo que me arrepiento de haber abierto la boca.

Margaret soltó una carcajada.

—Dejad en paz a la pobre Carolyn. Nos alegramos mucho de que haya venido. Es un placer ver a Ryan tan sonriente.

—Pero abuela —dijo Emily—, queremos saber...

—¡Emily! —exclamó Margaret con severidad.

—Está bien —cedió Emily—. Eh, ¿habéis visto cómo ha parado Trevor ese Frisbee? A lo mejor deciden incluir este juego en las Olimpiadas y gana una medalla de oro. Mi hijo, campeón olímpico. ¿Qué tal suena?

—Teniendo en cuenta los progresos que está haciendo en natación desde que Mark lo entrena, puede que vaya a las Olimpiadas en otro deporte —dijo Robert. Hizo una pausa—. No, no creo que ese tipo de presiones sean buenas para un chico joven. Aunque el tiempo dirá qué es lo que hace con su habilidad natural.

Mientras el grupo conversaba sobre la marcha de los juegos, uno de los niños más pequeños corría entre las sillas y, de pronto, sopló con fuerza un silbato que llevaba colgado del cuello.

El pitido hizo que los audífonos de Carolyn emitieran un gemido doloroso, y la joven se llevó automáticamente las manos a los oídos. Miró a su alrededor y vio que Margaret y Robert habían hecho lo mismo.

Cuando su mirada se encontró con la de Margaret, la joven retiró las manos de los oídos y apartó la vista. Miró a los demás y comprobó con alivio que nadie más había notado lo ocurrido.

Una hora más tarde terminaron los juegos y los participantes anunciaron que estaban preparados para más tarta y refrescos.

Margaret se puso en pie.

—¿Por qué no me ayudas a traer el postre, Carolyn? Creo que queda tarta suficiente para todos. Y si no es así, también he preparado galletas de chocolate.

Carolyn la siguió a la cocina, donde la anciana le sonrió con gentileza.

—Llevas audífonos, ¿verdad, cariño? Ese silbato te ha hecho daño, ¿no? Robert y yo hace años que los llevamos y sé lo que puede hacer un pitido de esas características. ¿Hace mucho que los llevas?

—Sí. Desde niña.

—Entiendo —la mujer tomó un montón de platos de cartón.

—Ryan no sabe que soy sorda.

Margaret dejó los platos en la encimera y la miró con el ceño fruncido.

—¿Y por qué no? No creo que sea algo de lo que debas avergonzarte. ¿Por

qué no le has dicho a Ryan que llevas audífonos?

—Porque si lo hiciera, se acabaría lo nuestro —repuso Carolyn con voz temblorosa.

Margaret movió la cabeza.

—No comprendo, cariño.

—Ryan está luchando por aceptar su mestizaje, su diferencia con los demás. Cuando sepa hasta qué punto soy diferente yo, no querrá tener nada que ver conmigo.

—Oh, cariño —dijo la anciana; le tomó las manos—. Sencillamente no puedo creer que eso sea cierto.

—Es cierto.

—Pero los secretos tienen el poder de destruir, Carolyn —dijo Margaret apretándole las manos.

—Ya lo sé, pero Ryan también tiene sus secretos. No se ha confiado conmigo, no me ha contado qué pasó para que tenga tantos problemas, para que sufra tanto con su mestizaje.

Suspiró hondo y prosiguió.

—Así que los dos ocultamos algo que no estamos dispuesto a contarle al otro. Pero no importa porque... porque lo nuestro es temporal. No me hago ilusiones de un futuro con él. Ninguna ilusión. Cuando conozca mi problema de oído, se acabará todo. Pero no estoy preparada para decirle adiós todavía porque... porque no.

—Pero es evidente que los dos os queréis mucho —dijo Margaret, sacudiéndole un poco las manos—. Se nota en el modo en que os sonreís, en las miradas tiernas que intercambiáis, en el modo natural en que os apoyáis en el otro.

La joven suspiró.

—Carolyn —prosiguió Margaret—, tanto Ryan como tú tenéis que escuchar a vuestros corazones. Tenéis que prestar atención a vuestros sentimientos y saber que los secretos que ambos guardáis son peligrosos, que amenazan los cimientos de lo que estáis construyendo juntos, de vuestra relación.

—No tenemos una relación en el sentido que tú dices —repuso Carolyn levantando la voz—. Por favor, escúchame. Solo estamos juntos temporalmente y... No quiero ser grosera, pero me gustaría que dejáramos de hablar de esto.

—Está bien, cariño —Margaret le soltó las manos—. Es hora de que me

ocupe de mis asuntos. Pero ¿me harás el favor de pensar en lo que te he dicho? No olvides que los secretos pueden destruir...

—No —la interrumpió Carolyn—. Los secretos no pueden destruir lo que no existe —hizo una pausa—. Vamos a sacar la tarta, ¿de acuerdo? Se estarán preguntando qué hacemos aquí.

La anciana suspiró.

—Contrariamente a la creencia popular de estos tiempos, los problemas no se pueden solucionar consumiendo grandes cantidades de chocolate.

—Pero el chocolate puede apartar la mente de las preocupaciones —contestó la joven con una sonrisa—. Gracias por interesarte por nosotros, Margaret, pero no tenemos una relación seria.

—Mmm —repuso la mujer. Frunció el ceño y le pasó una bandeja de galletas de chocolate.

Cuando regresaron al jardín, descubrieron que había llegado otro MacAllister.

—Hola, Matt —sonrió Margaret—. ¡Qué agradable sorpresa! Llegas justo a tiempo para una ronda de calorías. Ah, te presento a Carolyn St. John. Ha venido con Ryan.

—Hola —sonrió la joven, mientras dejaba la bandeja de galletas sobre la mesa—. Encantada de conocerte, Matt.

Pensó que era muy atractivo. En realidad, la familia entera estaba llena de personas atractivas. Matt MacAllister era alto, de constitución fuerte, ojos marrones vivaces y cabello rojizo oscuro.

—El placer es mío —repuso él sonriente—. ¡Vaya! Esa tarta tiene muy buena pinta. Creo que llego justo a tiempo, aunque me haya perdido las hamburguesas del abuelo.

—Hola, encanto —dijo una mujer acercándose a él. Se puso de puntillas para besarlo en la mejilla—. ¿Cómo está mi hermano gemelo? ¿Y por qué llevas traje y corbata para una barbacoa al aire libre?

—Hola, curiosa —repuso él; tomó un puñado de galletas y se dejó caer en una tumbona—. Estoy muy bien, gracias. En cuanto al trabajo, en mi calidad de director de relaciones públicas del hospital Mercy, vengo de una conferencia de prensa referente al caso número 1419.

—Ya estás otra vez —sonrió su hermana Noel—. Hablas de números de casos como si fueras un agente de la CIA.

—Perdona. Es la costumbre, supongo. A cada situación con la que lidio, sea

buena, mala o intermedia, se le asigna un número, y así es como las clasifico en mi mente. No tiene importancia.

—Sí la tiene —repuso Noel—, porque esos números representan a personas vivas y...

—Dejad de discutir —intervino Margaret—. Matt, cómete una galleta.

—Sí, señora —el aludido se metió una galleta en la boca.

—Muy bien —dijo Noel con un suspiro dramático—. Por esta vez lo haremos a tu modo. Dinos de qué trataba ese caso.

—Es un caso muy interesante. En el hospital van a operar gratuitamente del corazón a un niño coreano.

Sonrió para sí.

—Hoy hemos hecho la conferencia de prensa con la directora de Adopciones Internacionales Manos a Través del Mar, que ha trabajado conmigo en la organización de este proyecto. Se llama Elizabeth Kane y se marcha mañana a Filipinas para asistir a un congreso internacional sobre adopciones, pero el niño no llegará hasta el lunes.

Hizo una pausa.

—Hemos hecho la conferencia de prensa hoy porque no queríamos que el niño se viera abrumado por un montón de personas a su llegada. Por eso llevo traje y corbata. He visto una foto del pequeño y es encantador. Se llama...

—Kimiko Sung —intervino Carolyn; se ruborizó—. Perdona. No quería interrumpirte. El nombre se me ha escapado sin darme cuenta. Yo trabajo en Manos a Través del Mar.

—¿En serio? —el otro enarcó las cejas—. El mundo es un pañuelo, ¿eh?

El resto de la familia se había congregado en torno a la mesa para tomar más postre y escuchaban con interés la conversación sobre Kimiko Sung.

—No me habías dicho nada de ese caso —le dijo Ryan a Carolyn mientras se sentaban todos.

—No es mío. Lo ha llevado Elizabeth directamente. Se enteró de que Kimiko necesitaba una operación de corazón y sus padres no podían pagarle y se hizo cargo de la situación. Una familia de acogida recogerá al niño en el aeropuerto y se quedará con él hasta que pueda regresar a Corea.

Matt asintió con la cabeza.

—La familia estaba hoy en la conferencia de prensa. Son buenas personas. Tienen un hijo adolescente y una hija de diez años. El cirujano opera gratis, el hospital se hace cargo de los gastos y una organización benéfica cubre el

billete de avión de Kimiko. Es una buena operación de relaciones públicas y, de paso, un niño recibe una operación que necesita imperiosamente.

—¿Cuántos años tiene ese niño? —preguntó Margaret—. ¿Y qué le pasa en el corazón?

—Cinco —repuso Matt—. Pero es bajito para su edad. Tiene un problema ventricular que, para entendernos, es como un agujero en el corazón. A veces esos agujeros se cierran solos y la historia termina bien, pero en el caso de Kimiko no ha sido así y hay que hacerlo quirúrgicamente.

—¡Oh, pobrecito! —exclamó Margaret—. Imagínate lo aterrorizado que estará cuando llegue. Lo han separado de sus padres, tienen que operarlo y no podrá entender ni una palabra de lo que le digan. Me encanta saber que van a corregir su problema, pero me preocupa pensar en lo asustado que estará.

—Elizabeth ya ha pensado en eso —comentó Carolyn—. La familia de acogida está estudiando coreano para poder comunicarse con él. Con suerte, eso paliará un poco sus miedos. Le han preparado una habitación con muchos juguetes y estarán muy pendientes de él durante su estancia. Recibirá muchos besos y abrazos. Montones y montones de abrazos.

—Eso es —sonrió Matt—. Supongo que tienes hijos, Carolyn. Sabes lo importantes que son los abrazos para los pequeños.

—No, no soy madre, pero sé lo que puede hacer un abrazo por los pequeños y por los grandes.

—Amén a eso —intervino Ryan—. Bien, espero que todo le salga bien a Kimiko Sung. Es un niño afortunado.

—Y que lo digas —Robert levantó su vaso de plástico—. Brindemos por Kimiko y por todos los que van a hacer posible que lleve una vida normal y feliz.

Brindaron todos y después empezaron a hablar entre sí.

Carolyn pensó con desmayo que no solo no tenía hijos sino que nunca sería madre. A pesar de que sabía que sería una madre estupenda, entregada y amorosa. Sí, lo sabía, pero había aprendido ya la amarga verdad de que los hombres no creían que una persona sorda pudiera cuidar bien de su hijo. Se quedaría, pues, con los brazos vacíos y el corazón anhelando un niño que nunca tendría.

—¿Carolyn? ¿Sucede algo? Pareces triste.

—No, no, estoy bien, Ryan. Estaba pensando en Kimiko y en la coincidencia de que un miembro de tu familia esté metido en el mismo caso.

Él se echó a reír.

—Somos una familia tan numerosa que estamos en todas partes.

—Y además vais de dos en dos y de tres en tres. Jessica, Emily y Alice son trillizas y Matt ha dicho que Noel y él son gemelos. Es increíble.

—Hay dos grupos de gemelos en esta familia —sonrió Ryan—. Jeff y Kate son un dúo cinco años más joven que Matt y Noel. Sus padres, Andre y John, están fuera de vacaciones en este momento.

—Salen mucho de vacaciones —dijo Matt—. Están descansando de habernos criado a los cuatro —hizo una pausa y tiró de su corbata, que guardó en el bolsillo de la chaqueta—. Estoy destrozado. Si me quedo dormido, tapadme con una manta y despertadme por la mañana. Vacaciones. Esa palabra me suena a música, pero no aparece en mi agenda en un futuro cercano.

—Trabajas demasiado, Matt —dijo su hermana—. Tienes una carrera muy estresante y no descansas nunca, y acabarás pagando un precio si no...

—Alto —Matt levantó ambas manos para silenciar a su hermana—. Que papá y mamá estén de viaje significa que me puedo ahorrar ese sermón. Tú no tienes autoridad para echármelo en su lugar.

—No hace falta que te pongas así —repuso Noel, indignada.

—Sí hace —Matt se pasó una mano por el pelo—. Es el único modo de que te calles —miró a Carolyn—. Eres muy guapa —dijo—, ¿qué haces saliendo con un idiota como mi primo Ryan?

—Ya empezamos —repuso el aludido levantando los ojos al cielo—. Métete una galleta en la boca, Matt.

Este soltó una carcajada y obedeció.

—Sois muy amigos, ¿verdad? —preguntó Carolyn a Ryan en voz baja.

—Sí. Es buena persona. Pero Noel tiene razón, trabaja demasiado. Apostaría algo a que esas galletas son lo primero que come hoy. Haga lo que haga, Matt siempre se emplea al máximo —se echó a reír—. Incluido lo de meterse conmigo siempre que tiene ocasión.

—Muy buenas las galletas, abuela —dijo Matt—. Acabo de desayunar, comer y cenar con ellas.

—¿Qué te decía? —musitó Ryan a Carolyn.

—Eh, Ryan —dijo Matt—. Me han dicho que al fin has empezado a preparar los planos para construir la casa de tus sueños. Este será el gran año, ¿eh? Escucha, tienes que dejar sitio para una mesa de billar. No lo olvides. Mesa de billar.

—Oh, tonterías —intervino Jessica—. Es mejor que ponga un jacuzzi en un invernadero. Mucho más romántico. Te metes en el agua de burbujas, bebes champán y miras las estrellas con alguien especial. ¡Oh, sí, un jacuzzi!

—No, no —dijo Noel—. Los lujos tienen que ir en la cocina. Ryan es un cocinero soberbio y debe tener una cocina enorme y ultra moderna e invitarme a cenar muchas veces.

Carolyn soltó una carcajada y todos comenzaron a dar su opinión sobre la casa de Ryan. Este permanecía sentado moviendo la cabeza.

Carolyn escuchaba y recordaba lo que había dicho él de que su trabajo hacía posible que las casas se transformaran en hogares gracias a familias que las llenaban de amor y risas.

Pensó que había mucho amor en aquella familia. Y parecía imposible que hubiera tenido problemas con su mestizaje en una familia tan maravillosa como aquella.

Pero, por otra parte, lo de ser diferente podía ser muy duro..., increíblemente duro en ocasiones.

Y también hacer que alguien se sintiera muy, muy solo.

Pasaron el resto de la tarde conversando sobre distintos temas, jugando al Frisbee de nuevo y terminando la tarta y las galletas.

Al atardecer empezó a caer la temperatura. Todos colaboraron para ordenar el jardín y limpiar la cocina.

Después llegaron los abrazos de despedida y el éxodo masivo por la puerta de la verja, seguido de un desfile de coches en fila india. Cuando salía de la fila para dirigirse al apartamento de Carolyn, Ryan tocó el claxon como despedida final.

—Lo he pasado muy bien —le aseguró ella—. Gracias por haberme invitado a acompañarte.

—De nada. Y me alegro de que lo hayas pasado bien. Estoy seguro de que les has gustado mucho —hizo una pausa—. ¿Qué quieres hacer con la cena? Podemos parar a comprar una pizza o comida china o lo que te apetezca.

—No podría comer nada más —Carolyn se dio una palmadita en el abdomen—. Me he llenado con las galletas de tu abuela. ¿Tú tienes hambre?

—De momento no —rio él—. He comido galletas y otro trozo de tarta.

—Quería ser educada y no mencionarlo.

—Bueno, veo que no puedo retrasar la despedida con una cena —musitó él—, así que seré franco y diré que me gustaría pasar la velada contigo.

¿Jugamos a las cartas o vemos una película en televisión? La pelota está en tu tejado, señorita St. John y te toca decidir si nos despedimos dentro de diez minutos o si puedo quedarme un rato.

—Quiero que te quedes. Seguro que se nos ocurrirá algo que hacer.

Se encogió interiormente. Pero quizá él no había advertido lo insinuantes que sonaban sus palabras.

—Una frase que puede prestarse a interpretaciones, señorita —comentó Ryan con un carcajada.

Carolyn suspiró. Quería que se quedara. Quería hacer el amor con Ryan Sharpe, de eso no tenía dudas. Su deseo por él era auténtico y sincero. ¿Pero cómo narices hacerle llegar esa información? Empezar a desnudarse podría ser una pista, pero no era ni mucho menos tan valiente.

Sintió mariposas en el estómago. Cada vez estaba más nerviosa. Su falta de experiencia y sofisticación resultaba irritante.

Ninguno de los dos habló hasta que entraron en el apartamento de ella.

Carolyn se hizo a un lado y Ryan la siguió al interior. La joven se volvió a cerrar la puerta y cuando se giró hacia él, le sorprendió ver que se encontraba muy cerca. Ryan colocó una mano a ambos lados de la cabeza de ella, sujetándola contra la puerta y la miró a los ojos.

—No puedo —dijo—. No puedo pasar horas sentado a tu lado en el sofá viendo una película ni concentrarme en jugar a las cartas.

—Eh...

—Escúchame un momento, ¿vale? —dijo él, con el cuerpo a pocos centímetros del de Carolyn.

—Vale —repuso ella; el corazón le latía con fuerza debido a la proximidad.

—Te deseo, Carolyn St. John. Te deseo como no he deseado nunca a ninguna mujer. Darte un beso de buenas noches en esta puerta y luego alejarme se ha convertido en una auténtica tortura. Y cuando llego a casa no puedo dormir, solo dar vueltas y vueltas pensando en ti. Quiero hacer el amor contigo más de lo que pueda expresar con palabras. Creo que será mejor que me vaya ahora mismo, porque si me quedo... —se interrumpió y movió la cabeza.

—No —susurró ella.

—Está muy claro —Ryan dejó caer las manos a los costados y retrocedió un paso—. Me marchó. Ha sido un placer estar hoy contigo y quiero que lo sepas. Hablaremos pronto y...

—No.

—Eh, vamos. ¿No quieres volver a saber nada de mí porque he dicho que quiero hacer el amor contigo?

—Ryan, no me has entendido —Carolyn avanzó un paso y tomó el rostro de él con manos temblorosas. Respiró hondo y levantó la barbilla—. Decía que no quiero que te vayas ni tampoco quiero jugar a las cartas ni ver una película.

Vaciló un instante.

—Nunca en mi vida he hecho nada tan atrevido, pero... Sí, Ryan. La verdad es que yo también te deseo. Te deseo más de lo que puedas imaginar; quiero hacer el amor contigo, no soporto la idea de otra noche interminable deseando que estuvieras a mi lado...

—Carolyn...

—Oh, maldita sea. Sé que me he puesto colorada —la joven dejó caer las manos—. Digo cosas atrevidas y me ruborizo como una adolescente. Soy tan sofisticada y mujer de mundo como una piedra. Me da vergüenza no poder hacer esto mejor.

—Carolyn...

—¿Al menos puedo llevarme algún punto por ser sincera? —lo interrumpió ella—. Te deseo, quiero hacer el amor contigo. Es la verdad. Y creo que me estoy quedando sin oxígeno por hablar tan deprisa y tengo muchas mariposas en el estómago y no sé lo que hago y...

Ryan la besó.

Interrumpió su perorata a toda velocidad abrazándola, apretándola contra sí y besándola con pasión.

Carolyn le echó los brazos al cuello, hundió los dedos en su pelo espeso y le devolvió el beso con total abandono. Ryan no la rechazaba. La deseaba tanto como ella a él.

Harían el amor de un modo maravilloso. No quería pensar, solo quería sentir. Saborear. Almacenar recuerdos de aquella noche en un lugar seguro de su corazón.

Ryan interrumpió el beso y respiró con fuerza.

—¿Estás segura? ¿Me prometes que no te arrepentirás luego? No podría soportar que te arrepintieras. Tienes que estar segura de que...

—Ahora eres tú el que es va a quedar sin oxígeno —le sonrió ella con calor—. Te prometo que no me arrepentiré. Te prometo que estoy muy, muy segura de que esto tenía que pasar. Quiero hacer el amor contigo, Ryan Sharpe. Ahora. En este mismo momento.

Capítulo 8

Algo mágico pareció ocurrir cuando Carolyn y Ryan cruzaron la sala y entraron en el dormitorio con el brazo de él sobre los hombros de ella.

A cada paso que daban, el mundo desaparecía a sus espaldas en una niebla sensual, que los envolvía en un capullo cálido y gentil.

A cada paso que daban, la sensación de que habían nacido para estar juntos se acrecentaba, como también el deseo entre ellos.

A cada paso que daban, estaban más seguros de que las dudas no tenían entrada en aquel mundo privado creado solo para ellos.

El dormitorio de Carolyn era un cuarto muy femenino, con colcha estampada en colores pastel a juego con la falda de una mesa redonda que había en un rincón, al lado de una mecedora. Una lámpara pequeña, con pantalla de cristal pintado, repetía en la mesilla los tonos del estampado.

La joven se apartó de Ryan para encender la lámpara, que lanzó un reflejo dorado sobre la estancia. Se volvió, aunque sin mirarlo a los ojos.

—Esta habitación es muy... de jovencita, supongo —dijo con voz algo temblorosa—. Espero que no te haga sentir incómodo o muy fuera de lugar o...

—Eh —Ryan se acercó a ella y le levantó la barbilla—. Estás nerviosa, ¿verdad? —sonrió—. Pues ¿sabes una cosa? Yo también. Quiero que esto sea perfecto para ti, para los dos. Esta habitación es encantadora. Este cuarto eres tú —hizo una pausa—. Carolyn, si has cambiado de idea respecto....

—No, no —ella lo miró a los ojos—. Solo estoy nerviosa. No tengo mucha experiencia en..., bueno, ya te he dicho que no soy una mujer de mundo ni sofisticada ni nada de eso y... Ay, Ryan, bésame para que deje de decir tonterías.

—Sí, señorita —él bajó la cabeza e hizo lo que le pedía.

La magia neblinosa acrecentó su fuerza, y acabó con las dudas de Carolyn y los últimos aleteos de mariposas.

Él se separó y echó hacia atrás la colcha y la manta, dejando al descubierto

las sábanas de color amarillo pálido que representaban el sol que alimentaba las flores.

Carolyn vio, con la sensación de estar fuera de su cuerpo, cómo la ropa de ambos parecía flotar fuera de ellos.

Se quedaron frente a frente desnudos, mirándose con el corazón palpitante y entregando a su mente todo lo que veían, lo que era suyo.

—Eres muy hermosa, Carolyn St. John —musitó él con voz ronca.

—Tú eres magnífico, Ryan Sharpe —susurró ella.

Él la tomó en sus brazos, la besó con pasión y la depositó en el centro de la cama; se dejó caer a su lado con el peso apoyado en un codo. Tendió el otro brazo hacia el suelo y sacó un condón de la cartera antes de cubrir el cuerpo de Carolyn con el suyo, aunque apoyándose en los codos.

—Esta noche tiene algo mágico —dijo—. Algo que no he sentido nunca ni puedo explicar lo que es, pero que está aquí, con nosotros —frunció el ceño—. Supongo que te parecerá una locura.

—No, nada de eso —ella le echó los brazos al cuello—. Yo también lo siento. Es... nuestro.

Ryan la besó en los labios y los pensamientos de ambos desaparecieron, dejando solo el deseo que ardía en su interior.

Ryan le acarició uno de los pezones con la lengua y Carolyn cerró los ojos para saborear mejor la sensación que eso producía en todo su cuerpo. Pasó luego al otro pecho antes de bajar depositando besos por su abdomen, haciéndola estremecerse de anticipación por lo que iba a seguir.

Se acariciaron. Exploraron, regodeándose en los descubrimientos que hacían. Abriendo con los dedos senderos que seguían luego con los labios.

Los músculos de Ryan se estremecían debido a lo forzado de su autocontrol, pero empeñado en que el placer de ella fuera anterior a su propia satisfacción.

Carolyn movía la cabeza en la almohada y un sollozo se ahogaba en su garganta a medida que la pasión la consumía hasta el punto de que apenas podía respirar.

Era muy consciente de la suavidad de su cuerpo y la dureza rígida del de Ryan, y la maravillaba aquella diferencia que servía para hacer que su unión fuera perfecta.

Inhalaba el olor de él a jabón y aire libre, y algo indefinido que era solo suyo y muy, muy viril.

Pasaba la lengua por la piel de él, probando el sabor salado de su sudor.

Lo oyó gemir y pronunciar su nombre como una plegaria.

Nunca se había sentido tan viva, tan agradecida de ser mujer para poder complementarse con aquel hombre magnífico.

Ryan.

—¡Por favor! —dijo, con una especie de sollozo—. Por favor, Ryan.

Él asintió, incapaz de hablar, y se puso el condón para penetrarla con un movimiento poderoso que la llenó por completo. Empezó a moverse primero despacio, aumentando luego el ritmo.

Con más fuerza. Más deprisa. Llegando a la cima donde los esperaban más flores silvestres.

Carolyn se aferró a sus hombros y respondió al ritmo de él con el suyo propio, sintiendo que cada vez se acercaba más a un lugar donde no había estado nunca, pero sabedora de que era allí donde debía estar... con Ryan.

Este repetía mentalmente el nombre de ella una y otra vez. Nada de lo que había vivido nunca podía compararse con lo que experimentaba en ese momento. Nunca había conocido aquella intensidad, aquella sensación de plenitud, de sentimientos entrelazados con el éxtasis físico de tal modo que resultaba imposible separar unos del otro. Era mágico. Era Carolyn.

Llegaron al orgasmo sobre el lecho de flores silvestres con segundos de diferencia, gritando el nombre del otro, sintiendo los pétalos suaves flotar por sus cuerpos y el calor del sol caer en cascada sobre ellos. Era un lugar de esplendor que solo les pertenecía a ellos.

Mágico.

Flotaron en una brisa delicada que los refrescó y los devolvió con gentileza a la realidad.

Ryan se dejó caer contra ella, agotado, saciado, y después hizo acopio de fuerzas para apartarse, apretándola contra sí, con la cabeza de Carolyn apoyada en su hombro. Tiró de la sábana y la manta hacia arriba y besó la frente húmeda de la joven.

Ninguno habló hasta que desaparecieron los últimos temblores de lo que habían sido grandes oleadas de éxtasis.

—¡Oh, vaya! —exclamó ella al fin.

—Lo sé. Nunca en mi vida... —Ryan se interrumpió al comprender que no tenía palabras para describir lo que acababa de suceder entre ellos.

La niebla del sueño empezaba a envolverlo, y luchó por mantenerse despierto.

—Me estoy durmiendo. Más vale que me vaya.

—No tienes por qué irte. Solo si quieres.

—No. Quiero despertarme a tu lado por la mañana, Carolyn.

—En ese caso, quédate conmigo. Me gusta pensar que estarás aquí cuando amanezca. Así es todo perfecto —su intuición le decía que habían compartido algo muy raro y muy, muy especial.

—Mmm —él dejó de luchar contra el sueño—. Perfecto —murmuró.

De no ser por... ¿los secretos? De ella, de él.

Que impedían que esa noche maravillosa pudiera describirse como perfecta.

Se rió a sí mismo. Aquel no era momento para pensar. No podía permitir que nada disminuyera la experiencia increíble que acababa de compartir con Carolyn. Solo quería dormir.

Ella yacía inmóvil a su lado, escuchando su respiración. Cuando le pareció que se había dormido, se incorporó un poco, se quitó los audífonos, que guardó en el cajón de la mesilla al lado de la cama, y apagó la luz.

Volvió a abrazarse a él. Cerró los ojos y se durmió con una mano apoyada en el pecho masculino.

A la mañana siguiente, Ryan estaba al lado de la cama ataviado solo con vaqueros y con una bandeja en la mano. Contemplaba dormir a Carolyn y sonreía. Ella estaba boca abajo, con una pierna ligeramente doblada y un brazo alrededor de la almohada en la que apoyaba la cabeza. Le recordaba a una niña pequeña tumbada sobre el vientre después de haber jugado mucho.

Pero no era una niña pequeña sino una mujer. Cuando habían hecho el amor, se había entregado libremente, sin esconder nada. Había compartido con él aquel acto íntimo tan antiguo como el tiempo, aunque la noche anterior parecía creado solo para ellos.

Cuando la niebla sensual empezó a envolverlo de nuevo, parpadeó, movió levemente la cabeza y carraspeó.

—Arriba, cariño —dijo—. Te he preparado un desayuno digno de una reina.

Carolyn no se movió.

—¡Eh, dormilona! ¿Estás ahí? Se enfría el café.

Ella siguió sin moverse.

Ryan dejó la bandeja en la mesilla y le tocó en el hombro. Carolyn se dio la vuelta y lo miró con ojos muy abiertos.

—¡Vaya! —sonrió él—. Duermes como un tronco. No era mi intención asustarte, solo te traigo el desayuno.

Una oleada de pánico la invadió. Miraba con atención la boca de Ryan para leerle los labios.

No había calculado bien aquello. Pensaba que se despertaría antes que él, se pondría los audífonos y...

—¡Qué sorpresa tan maravillosa! —dijo.

Colocó la almohada tras ella, se sentó, subió la sábana para cubrir sus pechos desnudos y la remitió bajo las axilas.

—¿Desayuno en la cama? No me resultaría difícil acostumbrarme a este tipo de mimos.

Ryan dejó la bandeja sobre sus rodillas.

—¿Tú no vas a desayunar? —preguntó ella.

—Ya he comido algo en la cocina.

Carolyn tomó la taza de café, dio un trago y arrugó la nariz.

—Odio ser pesada en un momento así, pero ¿podrías añadir un poco de azúcar, por favor?

Ryan se inclinó de cintura para abajo.

—Tus deseos son órdenes, señorita —tomó la taza y fue hacia la puerta—. Enseguida vuelvo.

Carolyn abrió el cajón de la mesilla con manos temblorosas y sacó los audífonos. Se colocó uno, se equivocó con el otro, y consiguió situarlo en su sitio justo en el momento en que Ryan entraba en la estancia.

—Pruébalo ahora —dijo, tendiéndole la taza—. Si aún no está del todo a tu gusto, dilo.

Carolyn tomó un sorbo de café.

—Excelente. Muchas gracias por tomarte tantas molestias. Me siento mimada y especial.

—Todo el mundo debería sentirse así de vez en cuando —dijo él sentándose en la cama a los pies de ella—. Y tú eres especial, no lo dudes. Te he hecho una tortilla, ya que no podía hacer otra cosa con lo que he encontrado en tu frigorífico.

—Bueno, ya te dije que no me gusta mucho cocinar —repuso ella. Tomó un bocado de tortilla—. Mmm.

—¿Pasa la prueba?

—Ajá —asintió ella con la cabeza.

—Me alegro. Vale, tú come mientras yo me ducho. No quería despertarte con el agua —Ryan soltó una risita—. Aunque ahora sé que podrías tener las cataratas del Niágara en tu baño y seguirías durmiendo —se puso en pie—. Vuelvo enseguida. Ah, y prometo no gastar toda el agua caliente.

—Muy amable.

—Sí, ¿verdad? —sonrió Ryan. Desapareció en el baño y cerró la puerta.

Carolyn dejó caer los hombros y cerró los ojos un rato, mientras respiraba hondo.

«Los secretos tienen el poder de destruir.»

Recordó las palabras que le dijera Margaret MacAllister el día anterior y se estremeció.

Se esforzó por seguir comiendo. No. Aquello no era cierto en su caso. Su secreto tenía el poder de destruir cuando lo contara. Y tal y como le había dicho a Margaret, no estaba preparada para acabar lo que tenía con Ryan. Todavía no.

El sonido del agua en la ducha se detuvo y Carolyn comió deprisa varios trozos de tortilla sin saborearla en realidad. Mordisqueaba la tostada cuando Ryan abrió la puerta del baño y una nube de vapor jabonoso entró en la habitación. Él apareció con una toalla en torno a las caderas.

—He tomado prestada tu cuchilla de afeitar rosa —dijo; se pasó una mano por la barbilla—. Creo que me he cortado cuarenta y dos veces.

Carolyn se echó a reír.

—Hay un paquete de cuchillas nuevas debajo del lavabo. Aunque todas son rosas.

Ryan dejó caer la toalla al suelo y empezó a vestirse, lo que hizo que ella se quedara inmóvil con la taza a medio camino de la boca, observándolo.

Pensó que era magnífico. Estaba muy bien proporcionado y su cuerpo resultaba muy hermoso.

Cuando él la miró, tomó un trago de café y empezó a toser.

—Te he pillado observándome —sonrió él—. ¿Te ha gustado mi *strip-tease* a la inversa?

Carolyn se hizo la inocente.

—¿Cómo? No sé a qué se refiere, caballero.

—Ah, vale —rio él.

Devolvió la toalla al baño y se acercó a sentarse a los pies de la cama.

—¿Qué tal el desayuno?

—Delicioso. Gracias otra vez.

—De nada —Ryan hizo una pausa—. Mientras me duchaba he estado pensando. Soy uno de esos hombres que piensan mucho debajo del agua.

—Ah —asintió ella; terminó el café y dejó la taza en la bandeja.

—Y se me ha ocurrido un plan para hoy —continuó él—. Y quiero ver qué opinas. Esta mañana quiero hablar con Patty, si es posible. Está muy rara últimamente y ayer le dije a mi padre que iría a verla para intentar que me cuente lo que le pasa.

—Patty —Carolyn frunció el ceño—. No recuerdo haberla visto ayer.

—Porque no estaba —Ryan se pasó una mano por la nuca—. Ha faltado a muchas reuniones familiares estas navidades pasadas y siempre tiene una excusa tonta de último momento para explicar su ausencia. Y las veces que ha venido, se ha presentado sola con Tucker, su hijo de dos años, que parece que tiene sangre de canguro. Se pasa la vida dando saltos y nunca se agota. Un niño dinámico, muy activo y...

Se interrumpió con una sonrisa.

—Me estoy apartando del tema —continuó—. La cuestión es que hace tiempo que no vemos a Peter, el marido de mi hermana, y mis padres están preocupados por ella y temen que tengan problemas matrimoniales, pero no quieren entrometerse en su intimidad. Mi padre cree que Patty hablará más libremente conmigo, porque siempre hemos estado muy unidos.

—Y porque no tendrá la impresión de ir corriendo a ver a papá y mamá con sus problemas.

—Sí, exacto —dijo Ryan, con cierta admiración—. Lo has entendido muy bien. Eres una mujer muy intuitiva y sensible, Carolyn.

—Oh, no sé —se encogió de hombros ella—. Simplemente, es bastante corriente. Después de cierta edad, empezamos a querer proteger a nuestros padres de nuestros problemas, a arreglarlos solos. O, en el caso de Patty, confiar antes en un hermano. Tiene mucha suerte de contar contigo.

—Y como hija única, ¿con quién hablas tú cuando tienes problemas?

—Con nadie. Hablo con mis padres por teléfono una vez por semana y les cuento que estoy bien aunque no sea así. Pero esta conversación no era sobre mí, Ryan. Me hablabas de tu hermana.

Él la miró un momento con intensidad. Luego asintió con la cabeza.

—Llamaré a Patty para ver si Peter ha salido a jugar al golf o algo así y puedo verla a solas. Y después he pensado que tú y yo podríamos ir al cine esta tarde, a menos que prefieras un domingo tranquilo y...

Se dijo que no debía entrar en eso. No debía tocar el tema del secreto de los lunes por la noche de Carolyn.

—... dejar el cine para mañana por la noche —musitó, casi a su pesar.

—Mañana por la noche no puedo —contestó ella; dejó la bandeja en la cama, a su lado.

Ryan sintió un nudo frío en el estómago.

—Muy bien.

—Pero me gustaría ir al cine esta tarde. Me voy a duchar. Puedes llamar a tu hermana desde aquí.

Ryan retiró la bandeja. Ella saltó de la cama, desapareció en el baño y cerró la puerta tras de sí.

—¿Dónde vas los lunes por la noche, Carolyn? —preguntó él a la puerta cerrada—. Vaya, ¿por qué me hago esto a mí mismo? No podías dejarlo pasar, ¿verdad, Sharpe? Imbécil.

Dejó la bandeja en el suelo, levantó el auricular y marcó el número de Patty.

Su hermana estaba en casa y, aunque al principio se mostró reacia a aceptar la visita de Ryan, con la excusa de que tenía que poner varias lavadoras, acabó accediendo a que se pasara.

Cuando Carolyn salió del baño envuelta en una albornoz y con una toalla a modo de turbante en la cabeza, Ryan la abrazó y besó. Fue un beso tan intenso, tan apasionado, que cuando la soltó, ella tuvo que sentarse en el borde de la cama, ya que sus piernas temblorosas se negaban a sostenerla.

—Espérame —dijo él con voz ronca de deseo—. Voy a mi casa a cambiarme de ropa y luego a casa de Patty. Volveré esta tarde.

—Me parece bien —ella movió un dedo en el aire—. Debo decir que, cuando besas a una persona, la besas de verdad.

—A ti tampoco se te da nada mal eso —Ryan le acarició los labios con el pulgar—. Pero me voy de aquí antes de que me resulte imposible. Adiós.

—Adiós —dijo ella.

Se quedó sentada mirando al frente, reviviendo en su mente los momentos de la noche pasada con él, hasta que se dijo con firmeza que debía hacer algo o seguiría allí sentada en albornoz cuando Ryan volviera.

Se puso unos vaqueros y un suéter blanco e hizo la cama. Se acercó la

almohada de Ryan a la cara para inhalar su olor.

Se echó a reír. Pensó que era una tontería lo que hacía, pero no le importaba. Disfrutaba de la más mínima prueba de que Ryan había pasado la noche allí, incluida la toalla mojada que había en el cuarto de baño.

Llamó a sus padres y charló con ellos de diversos asuntos, incluida la historia emocionante de Kimiko Sung. Pero no les dijo ni una palabra sobre Ryan Sharpe.

Cuando colgó, pensó que no tenía sentido hablarles de él. Solo serviría para que se preocuparan cuando más adelante tuviera que contarles que ya no estaba en su vida. No querrían creer que no sufría porque siempre había sabido que lo suyo era temporal.

Salió del dormitorio y fue a la sala de estar. Se sentó en el sofá, se levantó y volvió a sentarse.

Se riñó en su interior. Nunca le costaba trabajo llenar las horas vacías, pero en esos momentos no podía evitar sentirse nerviosa e incómoda, pendiente de la llamada a la puerta que anunciaría el regreso de Ryan.

—Cálmate, Carolyn —dijo en voz alta—. Haz algo productivo.

Entró en la cocina y comió seis galletas de chocolate.

Las horas siguientes pasaron muy despacio. Fregó el suelo de la cocina, que no necesitaba que lo fregaran. Limpió el polvo, cambió el orden de su armario y luego volvió a poner las cosas donde estaban antes. Intentó leer una novela, pero no le fue posible. Se tumbó en el sofá, derrotada, y esperó a Ryan mirando al techo.

La llamada a la puerta no se produjo hasta después de las seis de la tarde. Carolyn corrió a abrir y miró a Ryan sorprendida. Parecía completamente agotado, con el pelo revuelto; una palidez grisácea había sustituido al brillo dorado de su piel.

—Entra —se hizo a un lado y cerró la puerta tras él—. ¿Qué pasa? Tienes muy mal aspecto.

Ryan la abrazó con fuerza y enterró el rostro en su pelo sedoso. Carolyn lo sintió estremecerse. Cuando la soltó, se acercó al sofá y se sentó. Ella lo imitó y se colocó un poco de lado para mirarlo.

—¿Ryan?

—Siento haber tardado tanto —dijo él; miró un punto de la pared de enfrente—. Tenía que haber llamado, pero todo era un lío y... —mover la cabeza.

—¿Qué era un lío? ¿Le ha pasado algo a Patty? ¿A su hijo? ¿A su marido? Ryan, por favor, dime algo.

—Y tanto que le ha pasado algo a Patty —dijo él; se puso en pie y empezó a andar—. Peter, su marido, el maravilloso Peter Clark, dejó a su mujer y a su hijo el día después de Acción de Gracias y se fue a vivir con su secretaria de la compañía de seguros donde trabaja.

Ella se llevó las manos a las mejillas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Ryan seguía andando por la estancia, pasándose una mano por el pelo cada pocos pasos.

—Eso no es todo. Presentó una demanda de divorcio una semana antes de Navidad. ¿Puedes creerlo?

—¿Y no lo sabíais ninguno? ¿Patty no se lo contó a nadie?

Ryan se dejó caer de nuevo en el sofá con un suspiro.

—No, no se lo dijo a nadie. Dice que al principio estaba como atontada, que no podía creerlo, que estaba segura de que él recuperaría el sentido común y volvería a casa.

Hizo una mueca.

—Luego, cuando empezó a asimilarlo, no quería estropearle las navidades a la familia con una noticia tan mala. Por eso faltó a la mayoría de las reuniones y cuando vino, acudió sola con Tucker. Justificaba la ausencia de Peter con alguna excusa.

—Pero hoy te ha contado la verdad...

—Al principio no. He tenido que presionarla un poco. ¿Y sabes lo que piensa ahora? Se echa la culpa de que él se haya ido. Cree que, si hubiera sido mejor esposa, si hubiera tenido la casa más limpia o cocinado mejor cuando él volvía después del trabajo... Oh, tiene una lista muy larga de fallos. Lleva mucho tiempo escondida en casa, atormentándose emocionalmente por lo que esa escoria les ha hecho a Tucker y a ella.

—Pero Peter la engañaba —dijo Carolyn—. ¡Oh, Ryan! Ella no debe echarse la culpa. Si su marido no era feliz, podrían haber ido a terapia conjunta o ponerle remedio. ¡Pobre Patty! Lo siento mucho por ella.

—Será Peter el que lo sienta si le pongo la mano encima —dijo Ryan, achicando los ojos—. Me gustaría estar un rato a solas con él.

—Eso no cambiaría nada. ¿Qué has hecho, qué le has dicho?

—Ha terminado por derrumbarse. Ha estado llorando mucho rato como si le

partieran el corazón. Sé que necesitaba llorar, pero ha sido muy duro. La he convencido de que era hora de contar con la familia que la quiere y no ha tenido energías para discutir conmigo. He llamado a nuestros padres y han venido. Luego he llamado a Jessica y también ha venido. Será su abogada en el divorcio.

Carolyn asintió.

—Y he reservado lo mejor para el final —dijo él con un tono de voz duro—. Patty acaba de enterarse de que está embarazada. Se lo ha dicho a Peter y él le ha contestado que hable con su abogado.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Carolyn.

—El mundo de mi hermana se ha desmoronado. El de Tucker también. Percibe que ocurre algo y está muy caprichoso. Y ahora hay otro niño o niña en camino, cuyo mundo se ha desmoronado antes de que nazca.

—Pero...

—¿Y por qué? Porque el imbécil de Peter es una basura. ¿Fue sincero con Patty y le dijo la verdad? ¿Le dijo que ya no la quería y quería acabar con el matrimonio? Oh, no; claro que no. Tuvo una aventura a sus espaldas durante solo Dios sabe cuánto tiempo. Y por la noche iba a casa, cenaba con su esposa y su hijo, dormía en su cama... mientras tenía su secreto. Un secreto que ha destruido a mi hermana. Lo que ha hecho no tiene excusa. Ese secreto ha enterrado a Patty bajo los escombros de lo que tenía y ahora ha perdido para siempre.

La miró a los ojos y Carolyn contuvo el aliento al ver la furia y el dolor que reflejaba aquella mirada.

—Es una palabra pequeña, ¿verdad? —dijo él con voz ronca—. Secreto. Solo siete letras. Pero tiene el poder de destruir, un poder inmenso. Desprecio esa palabra, Carolyn. Secreto. La odio.

La joven palideció y se tapó los oídos con las manos sin darse cuenta de lo que hacía. Asintió con la cabeza y juntó las manos en el regazo.

—Entiendo que pienses así —dijo; apartó la vista—. Tienes motivos por lo que le ha ocurrido a Patty. Pero a veces hay buenos motivos para que una persona guarde un secreto, no diga algo que...

—No —repuso él moviendo una mano en el aire.

—Está bien. Me parece que no es el momento indicado para hablar de esto, porque ahora estás furioso por lo que el secreto de Peter ha hecho a Patty y a tu sobrino —hizo una pausa—. Estás emocionalmente agotado. ¿Has comido?

¿Quieres que prepare algo?

—No tengo hambre. Ah, es verdad que estoy agotado, y desde luego, no soy buena compañía en este momento. Necesito estar solo, intentar digerir lo que ha ocurrido y buscar quizá algún modo de ayudar a Patty.

—Solo tienes que quererla, estar a su lado.

—Sí —Ryan se puso en pie—. Me voy a casa. Siento lo de hoy, el cambio de planes.

Ella se levantó también.

—No te preocupes por eso. Intenta descansar, si puedes.

Ryan asintió, le dio un beso rápido en los labios y avanzó hacia la puerta. Se detuvo con una mano en el picaporte.

—Gracias por ser tan comprensiva. Por dejarme contarte todo esto. Por escucharme. Eres una mujer muy especial, Carolyn, y no es ningún secreto que me gustas mucho —soltó una risa afilada, sin humor—. Secreto. Odio esa palabra. Te llamaré pronto.

—Sí, muy bien —Carolyn se abrazó los codos.

Ryan salió del apartamento, pero ella siguió donde estaba un rato. más. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se cubrió las orejas con manos temblorosas.

El secreto que le ocultaba a Ryan había crecido en magnitud, porque ahora sabía que él odiaba la mera idea de que alguien pudiera tener secretos.

Pero ¿y los secretos de él? ¿No se daba cuenta de que le ocultaba cosas importantes? ¿O consideraba que sus demonios particulares eran justamente eso..., particulares? ¿No se le pasaba por la cabeza que ella quisiera saber qué le había causado tanto dolor interior? ¿O no era lo bastante importante en su vida para eso?

Capítulo 9

Cuando Carolyn llegó a trabajar a la mañana siguiente, se sentó en su silla, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Estaba agotada y el día no había empezado aún. Esa noche casi no había dormido.

Janice entró sin llamar y ella la miró sorprendida por su intrusión.

—Menos mal que has llegado —dijo Janice sentándose enfrente de ella—. Es horrible, es muy triste y ahora todo es un lío y...

—¡Alto! —Carolyn se inclinó hacia ella—. Respira hondo, cálmate y cuéntame lo que pasa.

—De acuerdo —Janice respiró hondo—. Elizabeth se ha ido a Filipinas a ese congreso internacional sobre adopciones.

—Sí. Estoy temporalmente a cargo de la agencia.

—Cierto, y Kimiko Sung llega esta tarde de Corea. Pues bien, el hijo adolescente de la familia de acogida de Kimiko tuvo un accidente anoche.

—¿Qué? —Carolyn abrió mucho los ojos.

—Acaba de sacar el carnet de conducir y... Tiene una pierna y un brazo rotos y conmoción cerebral. Toda la familia está en el hospital. Carolyn, no pueden hacerse cargo de Kimiko en esas condiciones.

—No, no, por supuesto que no —intentaba pensar con claridad—. Se pondrá bien, ¿verdad?, me refiero al chico del accidente...

—Sí, con el tiempo, pero ahora necesita el apoyo de su familia. Carolyn, alguien tiene que hacerse cargo de Kimiko. Y solo quedas tú.

—¿Yo? —casi gritó—. Pero eso es imposible. Tengo un dormitorio de sobra en mi casa, pero solo hay estanterías y un ordenador. Ni siquiera tengo un sitio para que duerma.

Suspiró.

—Además, no sé nada de niños. Siempre he pensado que sería una buena madre, pero estas circunstancias son muy distintas. Y no solo eso, sino que la

familia de acogida había dado clases de coreano. Yo no podría comunicarme con ese pobre niño asustado.

—No hay nadie más —Janice se levantó de un salto—. Piensa en nuestros compañeros, Carolyn. Yo vivo en un piso con tres personas más. Es una casa de locos. Tres de los empleados de aquí son hombres solteros sin ninguna experiencia con niños. Hacen muy bien su trabajo, pero no pueden ocuparse de Kimiko.

—Pero...

—Las demás mujeres o están solteras sin ninguna experiencia con niños... —prosiguió Janice sin misericordia— o tienen muchos niños en casa. O son abuelas que no disponen de la energía para cuidar de Kimiko.

—¿Has oído lo que he dicho? —intervino Carolyn—. Yo soy hija única. Nunca he hecho de canguro. Me encantan los niños de visita, pero me entraría el pánico si me pidieran que me quedara con uno. Estoy...

—A cargo de esta agencia en este momento —la interrumpió Janice—. Lo que significa que tienes que hacerte cargo de un niño asustado de cinco años. Te daré el número de vuelo y la hora de llegada. Tendrás que hacerlo, Carolyn. No hay nadie más.

—¡Oh, Dios mío! —se hundió en la silla—. No puedo creerlo.

—Créelo. Quizá deberías pensar en alquilar una cama infantil para que duerma Kimiko.

—Pero ¿qué le doy de comer?

—Eh, yo no sé lo que comen los niños de cinco años aquí, para saber lo que comen los de Corea. ¿Hamburguesas y patatas fritas? ¿No tienen todos los países del mundo hamburguesas y patatas fritas? —levantó los brazos en un gesto de impotencia—. No tengo ni idea —salió del despacho.

—Ryan sabrá lo que come Kimiko —dijo Carolyn en voz alta. Levantó el auricular del teléfono, pero volvió a dejarlo caer con un suspiro—. No.

No. Ryan tenía sus propios problemas esa mañana. Seguramente habría dormido tan mal como ella a causa de lo ocurrido a Patty.

Tendría que hacerse cargo de la situación ella sola. Pero sería una ayuda saber por dónde empezar. ¡Pobre Kimiko! Merecía algo mejor, pero tendría que conformarse con ella.

—Una cama —se puso en pie—. Tengo que buscarle una cama donde dormir. Juguetes. Necesitará juguetes y comida. Oh, por todos los santos, Kimiko seguramente no ha visto una hamburguesa con patatas fritas en toda su

vida.

A las siete de la tarde, Kimiko Sung y Carolyn St. John estaban bañados en lágrimas.

El niño lloraba acurrucado en un rincón de la sala de estar, con las piernas levantadas y rodeadas por los brazos y le rostro enterrado en las rodillas.

Carolyn, sentada frente a él, lloraba también de fatiga, impotencia y angustia por el dolor del niño.

Puso una mano en la cabeza de Kimiko, y este se abrazó las piernas con más fuerza. Ella retiró la mano y siguió llorando.

—Oh, tesoro, no llores —sollozó—. Estás muy cansado y seguro que tienes hambre. Siento que no te guste la hamburguesa con patatas fritas ni los juguetes ni... Oh, no sé qué más hacer.

Se dijo con severidad que debía pensar. Tenía que dejar de llorar y pensar con claridad. Kimiko estaba muy asustado y ella no podía calmar sus miedos porque no sabía ni una palabra de coreano, pero...

Se puso en pie con el corazón latiéndole con fuerza.

—Pero Ryan sí —dijo. Corrió al teléfono.

Levantó el auricular y reprimió un sollozo al darse cuenta de que no sabía su número de teléfono. Colgó de nuevo y sacó el listín de un cajón.

—Sharpe, Sharpe, Sharpe —dijo, mientras bajaba el dedo por la página de la s—. Aquí está. Vale, serénate, Carolyn.

Marcó los números y oyó sonar el teléfono al otro lado.

—Por favor, que esté en casa —susurró—. Por favor, por favor, por favor, que esté en casa.

—¿Hola? —dijo una voz profunda.

—¿Ryan? —se sentó en el borde del sofá—. ¡Oh, gracias a Dios!

—¿Carolyn? ¿Qué te ocurre? ¿Estás llorando? ¿Qué pasa?

—¡Oh, Ryan! —ella no podía parar de llorar—. Se trata de Kimiko. La familia de acogida no podía hacerse cargo de él porque su hijo ha tenido un accidente y yo he ido a buscarlo al aeropuerto y lo he traído aquí. He alquilado una cama y comprado juguetes, y le he preparado una hamburguesa con patatas fritas pero él no hace más que llorar y me parte el corazón porque está triste y asustado, y no sé qué hacer. Por favor, Ryan. Te necesito.

—Voy para allá.

—Muchas gracias, no sé lo que... —guardó silencio al darse cuenta de que él había colgado—. Oh, gracias, gracias —siguió diciendo—. Te quiero, Ryan. No, no es verdad. Me ha salido así porque estoy destrozada, así que no cuenta, y me alegro de que hayas colgado antes de oírme decir eso porque sería la última gota y ya no tengo sitio para más gotas y... oh.

Se levantó y empezó a pasear por la estancia, mirando la puerta, deseando oír la llamada de Ryan; a ratos miraba también al niño, que seguía llorando en el rincón, lo que hacía que ella tampoco pudiera dejar de llorar.

Después de lo que pareció una eternidad, se produjo al fin la llamada en la puerta. Carolyn corrió a abrirla y se echó en brazos de Ryan sin darle tiempo a entrar.

—¡Eh! —exclamó él estrechándola contra sí—. Tranquila, cariño. ¿Puedo entrar?

Ella asintió y se separó de él. Ryan entró y cerró la puerta. La tomó por los hombros.

—Mira cómo estás. ¿Por qué no me has llamado antes?

—Porque... porque... —sollozó ella— sabía que estabas muy disgustado por lo de Patty y no quería molestarte con mis problemas, pero ese pobre niño está muy asustado y triste y...

—Está bien, está bien —dijo él—. Tú siéntate en el sofá y respira hondo —la acompañó hasta el sofá—. Quédate ahí y procura serenarte. Si no dejas de llorar, vas a tener un gran dolor de cabeza.

—Me pongo horrible cuando lloro —hipó ella.

—Sí, estás hecha un desastre —Ryan sacó un pañuelo blanco limpio del bolsillo de atrás de los pantalones—. Toma. Suénate mientras averiguo cuál es el problema de Kimiko —miró al niño—. Es pequeño para su edad, ¿no?

—Tiene miedo —repuso ella llevándose el pañuelo a la nariz—. Y supongo que tendrá hambre, pero está aterrorizado y no quiere que lo toque ni..

—Vale, vale. Vamos paso a paso.

—Gracias, Ryan. Te necesitaba y has venido. Eso significa mucho para mí —movió la cabeza—. Debes pensar que tienes delante a dos niños llorones. No te preocupes por mí. Por favor, intenta ayudar a Kimiko.

—Sí.

Ryan se agachó delante del niño de cinco años y empezó a hablarle en coreano con una voz suave que tranquilizó a Carolyn de inmediato aunque no entendía las palabras.

Kimiko levantó lentamente la cabeza y miró fijamente a Ryan, que seguía hablando. Dijo algo con voz llorosa y Ryan asintió con la cabeza y volvió a hablar.

La conversación prosiguió varios minutos. Carolyn contuvo el aliento al ver que Kimiko se ponía en pie, se abrazaba al cuello de Ryan y enterraba el rostro en el hombro de este, que se incorporó con el niño en los brazos, frotándole la espalda con ternura.

—Tranquilo —dijo—. Todo se arreglará. Lo primero que hay que hacer es ir al baño.

—Le he enseñado el cuarto de baño, pero se ha puesto a gritar y ha vuelto corriendo al rincón.

—Puede que nunca haya visto un cuarto de baño —dijo Ryan—. Dijisteis que sus padres no podían pagar la operación. Es probable que viva en una aldea muy primitiva, sin modernidades. Ahora volvemos, Carolyn.

La joven lo miró salir por la puerta con el niño en brazos. Formaban una imagen muy hermosa. El padre alto y fuerte, consolando a su hijo asustado, calmando sus miedos. Ryan sería un padre maravilloso, la clase de hombre que siempre estaría al lado de sus hijos y de su... su esposa.

Ryan volvió al comedor con Kimiko andando a su lado; la manita del niño aferraba con fuerza la del adulto.

—A continuación —rio este— está el problema de que tú has intentado ponerle sangre en la galleta.

Carolyn se puso en pie.

—¿Que he hecho qué? —abrió mucho los ojos—. Oh, Dios mío. Le he puesto ketchup a la hamburguesa. No me extraña que esté aterrorizado de mí. Debe creer que soy un monstruo.

—No te preocupes —dijo él—. Voy a hacerle huevos revueltos. Tú puedes prepararle una tostada con mantequilla, ¿vale? Y servirle un vaso de leche.

—Sí. Sí, por supuesto.

Poco rato después, Kimiko comía huevo revuelto y charlaba con Ryan. Este y Carolyn estaban de pie al lado de la mesa, observándolo comer.

—Ha sido toda una experiencia —comentó Ryan, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Es la primera vez en mi vida que resuelvo un problema, que arreglo algo por ser quien soy. Esta noche se necesitaba que fuera diferente. Y eso me hace sentir... —dejó de hablar y se aclaró la garganta para controlar la emoción— me hace sentir muy bien.

Carolyn le puso una mano sobre el brazo.

—No sé lo que habríamos hecho esta noche sin ti —musitó—. No puedo evitar pensar si los padres que adoptan otros niños asiáticos a través de la agencia tendrán este tipo de problemas y no nos lo dicen. A las familias que adoptan bebés les decimos que deben diluir la leche hasta que el bebé se vaya acostumbrando a ella.

Suspiró hondo.

—Pero nunca habíamos pensado que los niños más mayores pudieran ver comida que no han probado nunca. Seguramente habrá habido muchos problemas de estómago que se habrán achacado al periodo de adaptación a la casa y los desconocidos.

—Tal vez —musitó él.

—Después de lo que he aprendido esta noche, sé que tenemos que estudiar esto en la agencia. No sé cómo darte las gracias. Tú sabes cosas que facilitarán las cosas a otros niños en el futuro.

—Puedo ayudar por ser quien soy —Ryan movió la cabeza—. Como ya he dicho, esto es una experiencia nueva para mí.

—¿Y te gusta la sensación? —sonrió ella.

—Me encanta.

Carolyn miró a Kimiko.

—¿Verdad que es guapísimo? Tiene el pelo muy sedoso y los ojos parecen tener la capacidad de ver a través de uno, igual que los tuyos. Son muy oscuros y embaucadores.

—Asiáticos —Ryan frunció el ceño—. Igual que los míos.

Carolyn levantó la vista hacia él.

—Creo que tienes los ojos más hermosos que he visto en mi vida.

Ryan la miró a su vez.

—¿De verdad? En mis ojos se nota que soy diferente.

—Que eres especial, único y maravilloso —sonrió ella—. Y eso te hace diferente, sí, porque yo he conocido muchos hombres que eran verdaderos idiotas.

Ryan se echó a reír. Guardó silencio al oír que Kimiko decía algo.

—Quiere otro huevo —dijo retirándole el plato.

—Me alegra que coma tan bien. Está muy delgado, y pálido.

—Bueno, supongo que su enfermedad tendrá algo que ver —Ryan se acercó a la placa—. Cuando le cierren ese agujero en el corazón, seguro que empieza

a engordar y a crecer.

—Sí —musitó ella—. ¡Si todos los problemas físicos pudieran solucionarse con una operación de cirugía! ¡Oh, Dios mío! Hoy es lunes. Tengo que llamar y disculparme por no haber podido ir a dar mi clase esta noche —se volvió hacia la puerta.

—¿Das clases los lunes por la noche? —preguntó él—. ¿De qué?

—De lenguaje de signos —repuso ella, alejándose.

Ryan terminó preparó el huevo de Kimiko sin dejar de pensar.

¿Eso era lo que hacía ella los lunes por la noche?, ¿dar clases de lenguaje para sordos? ¿Por qué conocía tan bien el lenguaje de signos? Seguramente la había fascinado en algún momento de su vida y había llegado a dominarlo hasta el punto de ser capaz de enseñar a otros.

Pero ¿por qué guardaba el secreto y le costaba tanto decir adónde iba los lunes? ¿Qué sentido tenía eso? ¿Por qué no le había dicho simplemente que no podía verlo los lunes porque daba clases de lenguaje para sordos? Solo había un modo de averiguarlo. Preguntarle a ella. Y lo haría en cuanto acostaran a Kimiko.

Carolyn volvió a la cocina y él casi tuvo que morderse la lengua para no sacar el tema. La miró largo rato, invitándola en silencio a darle una explicación.

—Si Kimiko no ha visto un cuarto de baño en su vida, ¿qué crees que pensará de la bañera? —preguntó ella.

Ryan suspiró interiormente. Sin duda pensaba fingir que no había dicho nada del lenguaje para sordos. Pues muy bien.

—¿Crees que puedes explicarle lo que es un baño?

—Lo intentaré.

Carolyn quería que pensara en niños pequeños y en baños, que olvidara lo que ella había dicho antes. Todavía le costaba creer que se le hubiera escapado de ese modo. No había duda de que estaba muy nerviosa.

Ryan se sentó frente al niño y habló con él en coreano. Kimiko frunció el ceño, negó con la cabeza, y al fin terminó por asentir.

—Tomará un baño —dijo Ryan—. ¿Qué clase de ropa ha traído con él?

—No mucha. Solo traía una bolsa pequeña, hecha de lo que parecen trozos de alfombras, con algunas cosas. Yo le he comprado juguetes, libros para colorear, un libro de cuentos y pinturas, pero no se me ha ocurrido que necesitara ropa.

—Eso lo remediaremos mañana. ¿Dónde va a dormir?

—He alquilado una cama y la han traído esta tarde. Está en el otro dormitorio, donde tengo el ordenador.

—De acuerdo —Ryan se puso en pie—. Voy a darle un baño y luego nos sentaremos con él en la cama e intentaremos traducirle uno de los cuentos del libro que has comprado. Así empezará a darse cuenta de que no eres una mujer monstruosa que lo único que hace es ponerle sangre en la galleta.

Carolyn movió la cabeza.

—Me siento fatal. Es un claro ejemplo de cómo se pueden tergiversar las cosas cuando alguien no comprende lo que ocurre.

Ryan le lanzó una mirada intensa.

—Eso es muy habitual —dijo—. Vamos, Kimiko —miró al niño—. Hay que bañarse.

—Limpiaré la cocina mientras. Llámame cuando esté listo para meterse en la cama.

—De acuerdo —dijo él.

Tomó en brazos al niño y salió de la cocina.

Carolyn suspiró con agotamiento.

Tal vez Ryan no buscara respuestas esa misma noche, ya que ambos estaban concentrándose en Kimiko. Quizá, solo quizá, había decidido olvidar el tema por el momento, y así hablarían de él otro día, con más calma, cuando no estuviera tan cansada.

La probabilidad de que ocurriera eso era pequeña, pero tendría que aferrarse a esa esperanza.

Cuando terminó de limpiar, se acercó a la puerta del baño y sonrió al oír las risas de Ryan mezcladas con las del niño.

En la bañera había una cantidad enorme de burbujas que Kimiko arrojaba al aire a puñados. Ryan se había sentado sobre la alfombra del suelo y atrapaba las burbujas que escapaban por el borde de la bañera.

Carolyn los contempló con ternura y pensó una vez más que Ryan sería un padre magnífico.

—Vale, estás tiritando. Hay que salir, amiguito —dijo Ryan—. Mañana va a ser un día duro y tienes que dormir.

—No tiene pijama. ¿Por qué no le pones unos calzoncillos y le busco una camiseta mía para dormir.

Ryan asintió y quitó el tapón de la bañera.

—¿Mañana tiene pruebas en el hospital? —preguntó. Puso a Kimiko de pie en la bañera y lo aclaró con la ducha.

—Sí, a las once. Lo llevaré a la agencia conmigo hasta que sea la hora. En la zona de recepción hay juguetes con los que puede distraerse... si quiere.

Ryan sacó al niño de la bañera, lo depositó en la alfombra y empezó a secarlo.

—¿Por qué no me lo llevo yo a comprar ropa? Puedo venir a buscarlo por la mañana y luego te recogeremos en tu despacho e iremos los tres juntos al hospital.

—¿No tienes trabajo?

—Ahora no tengo nada pendiente. Puedo faltar unas horas.

—De acuerdo, gracias. Voy a buscarle una camiseta.

Poco después se sentaban los dos en la cama con Kimiko acostado. Ryan traducía la historia lo mejor que podía. Los párpados del niño se cerraron, volvieron a abrirse y a cerrarse de nuevo.

Ryan lo miró largo rato.

—Es un niño encantador. Y fuerte. Ha conseguido aferrarse a mi corazón y no creo que vaya a soltarlo.

—Te has portado de maravilla con él —musitó Carolyn con voz emocionada—. Eres un padre innato. Y supongo que un hijo tuyo se parecería mucho a Kimiko.

—Tal vez un poco —Ryan seguía mirando al durmiente—. Mi mitad estadounidense aparecerá por alguna parte, pero un hijo mío tendrá, casi seguro, ojos en forma de almendra. Ese gen asiático es muy fuerte —movió la cabeza—. Esta conversación es una locura. Vámonos de aquí antes de que lo despertemos.

Carolyn no quería salir. Prefería seguir allí, viendo dormir a Kimiko, a salir a la sala y correr el riesgo de que Ryan sacara el tema de las clases de lenguaje para sordos.

Él se puso en pie.

—¿Vienes? —preguntó.

—Sí —repuso ella débilmente.

Capítulo 10

Cuando Carolyn salió de la habitación donde Kimiko dormía tranquilamente, Ryan apagó la luz y entornó la puerta. Fueron juntos hasta la sala de estar, donde ella se esforzó por sonreír.

—¡Dios mío! Me siento como si acabara de correr un maratón —hizo una pausa—. ¿Quieres comer algo? Te mereces una recompensa por haber acudido en nuestro rescate esta noche. Tengo galletas y helado. Aunque me parece que también hay palomitas en algún armario y...

—No, gracias —la interrumpió él.

—Ah. Bueno, ¿quieres ver la televisión?

—¿Te refieres al fútbol del lunes por la noche? —preguntó él—. Es lo que suelo hacer los lunes a estas horas..., ver el partido de fútbol. Pero puede que tú no sepas que juegan los lunes, Carolyn, porque ese día tú tienes un compromiso, ¿verdad? Das clases de lenguaje para sordos.

Ella se abrazó los codos y levantó la barbilla.

—Sí, eso es lo que hago los lunes por la noche. Doy clases gratis en un centro comunitario a familias pobres que tienen un hijo con problemas de oído. Ahora trabajo con una niña encantadora que se llama Kendra.

—Entiendo —Ryan cruzó los brazos sobre el pecho—. Es muy admirable por tu parte.

—Es una actividad que disfruto mucho. ¿Quieres sentarte, Ryan?

—No —dijo él con el ceño fruncido—. Lo que quiero, Carolyn, es que me expliques por qué no me habías dicho que dabas clase de lenguaje para sordos. ¿Por qué guardabas en secreto algo así? ¿Y bien?

Ella sintió un ramalazo de furia, pero estaba demasiado agotada para pensar de dónde procedía o molestarse en reprimirlo.

—Ah, sí —dijo con rabia—, el tema de los secretos. Y dime, Ryan, ¿por qué tú no me has contado lo que te ocurrió para hacerte sentir tan mal por ser mitad coreano? Tú tienes secretos y yo también. No dice mucho en favor de la

profundidad de nuestra relación, ¿verdad? Lo nuestro es temporal. Y yo no quería que terminara todavía. Aún no.

—Un momento —intervino él levantando la voz—. ¿Quién ha dicho nada de terminar nuestra relación?

Miró en dirección a la habitación donde dormía Kimiko y bajó la voz.

—Yo solo digo que quiero que me contestes a una pregunta que me parece muy razonable. En cuanto a lo que me ocurrió a mí en el pasado..., hay cosas de las que duele demasiado hablar.

—Ah, ¿de verdad? —ella puso los brazos en jarras—. Yo tengo que desnudar mi alma ante ti, contártelo todo por muy doloroso que me resulte, y tú ¿piensas seguir guardando tus secretos? Las cosas no funcionan así, Ryan. Ni mucho menos.

—Por todos los santos, Carolyn —musitó él; se pasó una mano por el pelo—. Estás comparando manzanas con naranjas. Lo que me ocurrió a mí es muy personal, muy difícil de asimilar. Yo solo te pregunto por qué no me dijiste que dabas esas clases los lunes. Es una pregunta sencilla.

—No —repuso ella—. No tiene nada de sencilla, pero mis secretos me aplastan ya, me resulta muy pesado seguir soportándolos. Es hora de que sepas la verdad.

Se sentó en un sillón y suspiró derrotada.

Pensó con desmayo que había llegado el momento. El final de lo que había compartido con aquel hombre maravilloso. No quería que ocurriera aquello. Todavía no.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte? —pidió—. Lo que tengo que contarte va a llevar un rato. Y contigo de pie me siento más abrumada.

—Como prefieras —murmuró Ryan. Se sentó en el sofá con los brazos extendidos por el borde del respaldo y miró a Carolyn con el ceño fruncido.

Ella respiró hondo y lo miró a los ojos.

—A los tres años tuve una meningitis y me quedé... un poco sorda. Unos meses después me atacó otra infección y perdí aún más oído. Mis padres temían que pudiera quedarme completamente sorda y nos apuntamos todos juntos a clases para aprender a leer los labios y el lenguaje de signos. Yo me lo tomé como un juego muy divertido.

Dejó de hablar a medida que la invadían los recuerdos. Ryan se echó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas.

—Continúa —dijo.

—No soy sorda del todo —obedeció ella—, pero me falta muy poco, y sin audífono solo puedo oír ciertos sonidos muy agudos. Ayer, cuando me llevaste el desayuno a la cama, no te oí porque me había quitado los audífonos cuando te quedaste dormido. Te leí los labios y me puse los audífonos cuando saliste para ponerme más azúcar en el café, como te había pedido.

—Pero...

—Por favor —ella levantó una mano—. Déjame terminar. Ya me resulta bastante difícil así.

Ryan asintió.

—Tuve que pasar muchos años en clases de voz. Por fortuna, ya hablaba cuando empecé a quedarme sorda, pero a medida que perdía oído, mi voz se volvía más plana, no siempre clara, y por lo tanto tuve que entrenarla durante mucho tiempo. En la escuela se reían de mi modo de hablar, pero mi psicóloga pensaba que aprendería más deprisa en un colegio normal. Supongo que era una teoría razonable, pero esos años fueron muy duros, muy dolorosos, y me volví tímida y retraída.

—Carolyn...

—Era diferente a mis compañeros de clase —continuó ella—. Y odiaba serlo. Mi autoestima era muy frágil, carecía de confianza en mí misma. Tengo unos padres maravillosos, pero yo era muy joven y tenía que ir a la escuela todos los días... sola. Intentaba ser valiente, no contarles a mis padres lo que me pasaba, pero...

—Carolyn... —repitió él.

—Cuando llegué al instituto, mi voz era ya normal, pero seguía siendo tímida y retraída. Más tarde, de adulta, me centré en mis estudios en la universidad y después en mi profesión. En la agencia nadie sabe que llevo audífonos. Allí soy simplemente yo, Carolyn St. John, una mujer que hace bien su trabajo. No soy diferente.

—Pero...

—No he salido con muchos hombres porque tenía muchos fantasmas del pasado, muchas inseguridades y... siempre he pensado que los hombres me rechazarían cuando descubrieran mi... mi secreto.

Se pasó una mano por el pelo.

—Y hace unos años ocurrió así. Salí con un hombre bastantes veces y acabé por contarle mi problema porque él no entendía que no siquiera acompañarlo a acontecimientos deportivos, conciertos en directo o fiestas llenas de gente. Era

por el nivel de ruido, y me sentía mal por tener que inventar siempre excusas para no ir con él a esos sitios.

Ryan achicó los ojos.

—¿Y? —preguntó.

—Se puso furioso, me acusó de haberle mentado y me dijo que no tenía derecho a haberle ocultado algo de tal magnitud durante meses. Me dijo que me había hecho pasar por algo que no era. Terminó conmigo y me informó de que me olvidara de ser madre porque, cuando lloraran mis hijos por la noche, no podría oírlos.

—¡Dios mío! —susurró el hombre.

—Sabía que en eso se equivocaba —prosiguió ella con voz temblorosa—. Sé que sería una buena madre. Ahora hay inventos maravillosos, luces parpadeantes que despiertan a una madre cuando llora el niño, pero no discutí con él. Me rechazó porque era distinta y no había nada más que decir. Me lo imaginaba pendiente siempre de mí, esperando a que mi problema me hiciera cometer un error.

Guardó silencio un momento, pero Ryan no dijo nada.

—Después de eso, tardé muchos meses en salir con otra persona. Me quedaba encerrada en casa, donde me sentía a salvo. Después empecé a salir un poco, pero... Y entonces te conocí, Ryan. Insististe tanto que pensé que de verdad querías estar conmigo. Me hacías sentir especial, femenina y guapa.

Suspiró.

—Y no tuve valor para hablarte de mis audífonos. Me dije que solo quería acumular recuerdos hermosos para cuando ya no estuviéramos juntos, porque sabía que todo esto era temporal. Sabía que, cuando conocieras mi problema, todo se acabaría. Y ahora ha llegado ese momento.

Respiró hondo y se esforzó por controlar las lágrimas. Apretó las manos en el regazo y las miró, sin atreverse a levantar la vista hacia él por miedo a lo que pudiera ver en su rostro.

Todos los músculos del cuerpo de Ryan estaban rígidos por la tensión. Repasaba en su mente las palabras de ella a toda velocidad, como si fueran una grabación que escuchaba una y otra vez, sintiéndolas golpear su corazón, su propia alma.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y pensó con incredulidad que Carolyn creía honestamente que saldría corriendo de su vida porque llevaba audífonos. ¿No confiaba en él como persona, como hombre, lo suficiente para saber que

aquello no implicaba ninguna diferencia? Lo había conocido y rechazado, había decidido que no era digno de conocer su secreto.

¡Y él que estaba seguro de que su relación era algo raro y maravilloso, superior a todo lo que había conocido en su vida! Pero se equivocaba.

No era lo bastante bueno. Lo había rechazado. No era más que un hombre con el que pasar el rato, una distracción temporal en su existencia, pero desde luego, no lo bastante aceptable para conocer sus secretos más profundos o para pensar en él a largo plazo. Demasiado distinto. No lo bastante bueno.

¡Y cómo dolía!

Sentía que acababan de destrozarlo en pedazos; le dolía la garganta y algo en su interior le gritaba que estaba perdiendo el control de sus emociones y seguramente se pondría en ridículo porque no podría evitar echarse a llorar allí mismo.

Tenía que salir de la casa. Todo aquello era demasiado, más de lo que podía soportar. Conocía el dolor del rechazo. Lo conocía demasiado bien.

Pero esa vez era distinto, ¿verdad? Carolyn no lo rechazaba por su raza, por su mestizaje. Sí, esa vez el rechazo procedía de otro sitio. Oh no..., no del todo. ¡Ah! Se sentía muy confuso; los viejos fantasmas resucitaban en su mente, confundiendo los hechos de lo que ocurría en ese momento, pero la conclusión era la misma...

Rechazado.

Se puso en pie y se tambaleó levemente. Se enderezó, miró la puerta y se concentró en dar un paso tras otro en aquella dirección. Cuando llegó allí, la abrió, vaciló y salió del piso sin mirar a Carolyn.

Esta se encontraba inmóvil como una estatua, respirando apenas; al fin se levantó y se acercó al sofá, donde ahuecó un par de cojines como una autómatas. Inclino la cabeza a un lado, los observó un momento y los colocó en el lado contrario del sofá.

Reunió los lápices de colores que había en la mesita de centro y los devolvió uno por uno a la caja, comprobando que el rojo quedara en el centro de la primera fila.

Miró con atención la pantalla de las lámparas de pie, que movió un centímetro a la izquierda, después a la derecha, y luego de nuevo a la izquierda.

Y luego se quedó parada en mitad de la sala, se abrazó el estómago y se dejó caer de rodillas, balanceándose adelante y atrás mientras sollozaba

abiertamente, con las lágrimas cayéndole por las mejillas y el cuello.

¡Ryan! ¡No!

Sentía un dolor tan agudo que iba a estallar en pedazos. Un dolor que no había sentido nunca.

Ryan la había rechazado por ser diferente, por estar muy lejos de ser una mujer normal. No le había dedicado palabras crueles y duras antes de marcharse. No. Su problema de sordera lo había disgustado de tal modo que ni siquiera toleraba hablar con ella después de saber la verdad.

—No importa —susurró con un sollozo estrangulado—. Sabía que lo mío con él era temporal. Lo sabía. No importa. Lo nuestro ha terminado, solo era cuestión de tiempo. Y Ryan se ha ido. Pero yo ya lo echo de menos. Y tengo mucho miedo de descubrir que me he enamorado de él, lo que implicaría que nunca podré superar este dolor, que nunca podré recuperarme del todo. ¡Oh, Dios mío, Ryan!

Una sombra atrajo su atención. Levantó la cabeza y vio a Kimiko de pie en la puerta de la sala. Apretaba en sus manitas la tela de la camiseta y las lágrimas caían por sus mejillas.

Carolyn le tendió los brazos.

—Ven aquí, precioso. Yo te abrazaré. Yo te abrazaré. No estás solo, Kimiko. No tengas miedo, Kimiko Sung. No soy una mujer completa, pero eso no disminuye el hecho de que sé que sería una buena madre. De verdad. Te lo juro. Ven aquí y yo espantaré tus miedos.

El niño corrió a echarse en sus brazos. Carolyn lo estrechó con fuerza, inhalando su olor a jabón, aire libre y a niño pequeño, con el rostro enterrado en su pelo.

Retrocedió hasta apoyarse en el sofá, con Kimiko aferrándose a ella con todas sus fuerzas. El niño se fue relajando poco a poco, hasta permitir que el sueño se apoderara de él y volviera a llevarlo al mundo de cuentos de hadas que esperaba a los niños en sueños, donde solo se les permitía la entrada a ellos.

Carolyn le acarició el pelo con gentileza y después hizo lo mismo con la mejilla y los dedos de los pies. Dejó atrás también su propia realidad y huyó a sumergirse en la fantasía de que aquel era el niño, el hijo, creado con Ryan Sharpe cuando hacían el amor en la oscuridad íntima de la noche.

Se permitió ese lujo, aunque sabía que era mentira. Se lo regaló a sí misma como un don precioso que pudiera atesorar con otros sueños que nunca se

harían realidad.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, Ryan miraba muy temprano la puerta del piso de Carolyn. Levantó una mano para llamar, pero la dejó caer de nuevo moviendo la cabeza.

Respiró hondo y exhaló el aire despacio antes de llamar por fin a la puerta. Le pareció que Carolyn tardaba una eternidad en abrir, con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Ryan? ¿Qué haces aquí? No esperaba que...

—¿Puedo pasar? —la interrumpió él—. Por favor, necesito hablar contigo.

—Bueno, eh... —ella sintió que el ritmo de su corazón se aceleraba—. Sí, supongo que sí.

Lo observó pasar, contenta de tenerlo allí, consciente de que había creído que no volvería a verlo.

Ryan tenía un aire agotado y pálido. Al parecer, él tampoco había dormido bien. Ella había visto en el espejo que tenía también ojeras oscuras y le faltaba color en las mejillas. Aparentemente, Ryan no estaba en mejor estado.

El recién llegado saludó con la mano a Kimiko, quien desayunaba sentado a la mesa, y le dijo algo en coreano. El niño sonrió, asintió con la cabeza y contestó con una catarata de palabras que Carolyn no comprendió.

—Dice que le gustas y preparas buenos huevos —tradujo Ryan—. Creo que ya te ha perdonado que le pusieras sangre en la galleta.

—Ah, bueno, eso me consuela bastante —ella se abrazó los codos—. ¿Qué haces aquí? No creo que tengamos nada más que decirnos, ¿verdad?

Ryan frunció el ceño.

—Estoy agotado. No sé si sería capaz de decir algo coherente aunque lo intentara.

—Y entonces ¿a qué has venido?

—A buscar a Kimiko —repuso él—. Tiene que afrontar una prueba dura y supongo que yo puedo ayudar a paliar sus miedos porque puedo comunicarme

con él. Me gustaría pensar que ambos somos lo bastante adultos para olvidar nuestros problemas y pensar en el niño.

—Nosotros no tenemos problemas, Ryan —repuso ella—. Esa palabra indicaría un fallo en el programa, algo que se puede solucionar. Es mejor que seamos sinceros, ¿vale? No hay nada entre nosotros.

Excepto dolor, un dolor agudo y profundo. Pero no lo dijo en voz alta. Sentía deseos de abrazarse a Ryan, hacer retroceder el reloj hasta antes de la escena que había destruido lo que tenían juntos y besarlo hasta dejarlo sin respiración.

Ryan miró largo rato el suelo; luego levantó la vista hacia ella.

—Sí, bueno, eso está bastante claro, ¿no? —dijo con un toque de irritación—. Muy bien. Lo que te pregunto es si estás dispuesta a pensar en Kimiko antes que en nada y permitir que lo ayude en esta prueba.

—Sí, por supuesto. El niño es lo más importante. Te agradezco todo lo que puedas hacer para facilitarle este trago. Tal vez puedas reunirte con nosotros en el hospital cuando vayamos a hacer las pruebas de hoy.

Ryan pensó que ella se mostraba muy fría. Casi se podía palpar el muro que había erigido entre ellos.

O mejor dicho, ese muro había estado siempre allí. Él no lo había notado porque estaba embrujado por ella, estaba... ¿enamorado? No, qué tontería. La falta de sueño le impedía pensar con claridad.

—Yo propongo llevarme a Kimiko a comprarle ropa en vez de que tenga que ir contigo al despacho. Y te veremos luego en el hospital.

—Es verdad que necesita ropa. La suya está limpia y bien remendada, pero tiene muy poca. No sé si hay fondos para eso. Desconozco los detalles de su caso. Tendré que mirar si hay dinero destinado a comprar ropa.

—Yo le compraré lo que necesite. Quiero hacerlo —intentó sonreír, pero no llegó a conseguirlo—. Eh, a lo mejor es pariente mío. Mira, déjame que le compre cosas, ¿vale? Le he pedido a Patty que me acompañe porque creo que le sentará bien.

—Es muy considerado por tu parte pensar en ella además de en Kimiko —repuso Carolyn—. De acuerdo. Supongo que lo único que tengo que pedirte es que procures que el niño no se canse demasiado.

—Patty sabrá lo que hay que hacer a ese respecto. Es una buena madre, una madre innata... como tú.

Ella soltó una carcajada, que la sorprendió a ella tanto como a Ryan.

—No creo que den premios a la mejor madre del año —comentó, todavía sonriente— a mujeres que aterrorizan a niños pequeños.

—Sí, eso es cierto —sonrió también él—. Me temo que ahí pierdes un par de puntos. Supongo que los dos nos reiremos recordándolo cada vez que salgamos juntos y pongamos ketchup a las hamburguesas. Tardaremos mucho en olvidar que Kimiko creyó que era... —se interrumpió; su sonrisa se evaporó—. Bueno, me parece que el comentario no ha sido muy oportuno.

—No, no lo ha sido.

—Ah, Carolyn —Ryan le tocó la mejilla—. ¡Ojalá...!

—No —susurró ella—. No lo hagas. Ya es bastante difícil así. Tenemos que pensar en Kimiko. No tiene sentido darle vueltas. Voy a ver si ha terminado de desayunar.

Mientras iba hacia la zona de la cocina, trató de convencerse de que no le había gustado nada que le tocara la mejilla. De que su contacto no le había producido un calor especial. De que ese calor imaginado no ganaba en intensidad, convirtiéndose en un fuego de deseo que embargaba todo su cuerpo. De que no había visto una chispa de deseo en los ojos oscuros de él, aquellas profundidades embaucadoras. No.

Ryan permaneció donde estaba, mirando la mano que había tocado la mejilla de Carolyn.

La mano estaba caliente y cosquilleaba. Y el calor le subía por el brazo y explotaba en su cuerpo, convirtiéndose en una llamarada de deseo. Mala suerte.

Aquello sería más difícil de lo que había imaginado. Creía que, si se concentraba en Kimiko, no tendría que pensar en lo que había compartido con Carolyn, en lo auténtico y maravilloso que había sido estar con ella, hablar, reír y hacer el amor con ella.

Tenía que esforzarse por olvidar todo aquello y recordar solo lo destrozado que se había sentido cuando descubrió que ella no confiaba en él lo suficiente para contarle sus secretos. Recordar solo que lo había rechazado, centrarse en ese dolor.

Pero le costaría mucho aceptar que Carolyn creía que la rechazaría por ser sorda. ¿Rechazarla? ¡Qué tontería! La respetaba más por ello de lo que era capaz de describir. Había tenido que afrontar un reto y había ganado, había logrado todos sus objetivos. Y además estaba muy bien considerada en su profesión. Se sentía tan orgulloso de ella, de lo que había conseguido, que la

admiración le impedía hablar.

Tal vez debería decírselo así. Pero no. ¿Para qué? Un montón de cumplidos por su parte no borrarían la realidad. Y la realidad era que si en aquel momento no la hubiera presionado para que se lo contara, nunca se habría enterado de que llevaba audífonos.

Su relación había terminado porque él había entrado en su espacio privado, había traspasado el límite que ella estaba decidida a mantener entre ambos. Ah, y encima creía que él debía contarle sus recuerdos dolorosos, el rechazo que había sufrido en el pasado, y lo juzgaba con dureza por negarse a hacerlo.

Sí, señor, quería que desnudara su alma ante ella, pero no quería devolverle el gesto. Nada de eso. Tenía reglas muy distintas para él y para ella.

Pero él le había forzado la mano y eso no le había gustado. Y habían terminado. Había incumplido las reglas del juego y se había visto rechazado.

Kimiko entró corriendo en la sala y lo sacó de sus reflexiones. Tomó al niño en brazos y le hizo cosquillas en la tripa. Disfrutaba de su risa.

—¿Tiene un jersey? —preguntó a Carolyn, que estaba de pie al lado de la mesa de la cocina.

—No, solo una chaqueta de algodón.

—Con eso bastará. No hace frío. Bien, amiguito, vámonos. ¿En qué parte del hospital nos vemos y a qué hora exactamente tenemos que estar allí?

Fijaron la hora y el lugar, Carolyn le dio la chaqueta de Kimiko y Ryan tomó al niño de la mano y avanzó hacia la puerta. Kimiko frunció el ceño y se volvió a mirar a Carolyn.

—Vaya —sonrió Ryan—. Parece que creía que venías con nosotros.

—Dile que nos veremos luego.

Ryan le habló en coreano, pero Kimiko negó con la cabeza y se soltó de Ryan para correr hacia Carolyn y abrazarse a sus piernas.

—Esto puede ser complicado. No quiero sacarlo a la fuerza. Parece que te has ganado su cariño. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Utiliza el código universal que llega al centro del entendimiento de un hombre. Dile que vamos a comer juntos.

Ryan soltó una risita.

—Lo intentaré.

Habló al niño en coreano y Kimiko soltó a la joven y la miró a los ojos. Carolyn asintió con la cabeza, sonrió y se inclinó a besarle en la frente. El niño volvió a la puerta y se agarró a la mano de Ryan.

—Como ya te dije, has nacido para ser madre —dijo este muy serio—. Tus hijos serán muy afortunados.

—Gracias.

Sus ojos se encontraron y la distancia entre ellos pareció desaparecer. El corazón les latía con fuerza a los dos.

Una niebla sensual los envolvió. Llevaba consigo recuerdos amables de las horas maravillosas que habían compartido, de su cariño por el otro. Oyeron ecos de sus risas y susurros del nombre del otro pronunciados con reverencia, y voces cargadas de pasión.

Los embargaba una combinación de deseo y calor, la sensación de que tenían que estar juntos, que no podían evitarlo.

—Ry —dijo Kimiko tirando de su mano.

Él movió la cabeza y Carolyn respiró hondo.

—Sí —comentó Ryan con una voz que a él mismo le sonaba extraña—. Ya nos vamos, hijo, ya nos vamos. Hasta luego, Carolyn. Adiós.

Ella los despidió con un movimiento de cabeza, incapaz de hablar, consciente de que había contenido el aliento mientras duraba el hechizo extraño que los había envuelto, y no tenía aire para pronunciar ni una sola palabra.

Ryan salió del apartamento con Kimiko y ella se sentó en una silla, temerosa de que sus piernas temblorosas no pudieran seguir sosteniéndola.

Se llevó una mano a la frente sudorosa y pensó que no conseguiría sobrevivir a aquello. Los próximos días iban a ser una tortura si tenía que permanecer mucho rato cerca de Ryan.

Pero no. Pensaría en el rechazo de este, en el modo en que había salido de su apartamento y su vida sin mirar atrás tras enterarse de que era sorda. Recordaría el dolor agudo de ese instante, las lágrimas que cayeron por sus mejillas y la sensación de que acababan de hacerle pedazos el corazón.

—Entendido —dijo en voz alta. Se puso en pie y entró en la cocina a recoger los restos del desayuno—. Vuelvo a estar serena. Todo irá bien —suspiró—. O eso espero.

Varias horas más tarde, Patty y Ryan se sentaban en un banco de un parque muy pequeño.

—¡Ay, mis pies me están matando! —exclamó la mujer—. Ha sido un buen

maratón de compras. Kimiko es ahora uno de los niños mejor vestidos de Ventura, y te apuesto lo que quieras a que va a ser una batalla intentar quitarle esa gorra de béisbol roja.

Apretó la mano de Ryan.

—Gracias por invitarnos a Tucker y a mí a acompañaros. He olvidado mis problemas durante un rato.

—Ese era el plan, hermana —repuso él besándola en la mejilla—. Tucker y Kimiko se llevan muy bien. No sé qué tienen las pelotas para los niños. Están ahí sentados, pasándose uno a otro y parece que se divierten mucho.

—Sí —Patty hizo una pausa—. ¿Te importaría decirme por qué parece que hayas pasado la noche en vela?

Ryan estiró las piernas y las cruzó en los tobillos.

—No he dormido bien —dijo; miró a los niños sentados en la hierba—. Le pasa a todo el mundo.

—A todo el mundo que tiene alguna preocupación. No estoy tan inmersa en mis problemas como para creer que soy la única que los tiene. ¿Te ocurre algo, Ryan?

—No —suspiró él—. Sí. Pero no se puede arreglar, así que no tiene sentido hablar de ello.

—Supongo que se trata de Carolyn St. John —comentó su hermana—. Aunque no fui a la barbacoa, ya me han dicho que llevaste a esa chica contigo para presentarla a la familia.

—Eh, eso no fue del todo así. Invité a Carolyn a la barbacoa y le presenté a la gente porque es lo más educado. Pero hablas como si fuera una relación seria.

—La familia cree que lo es. Y por cierto, tu Carolyn cayó bien a todo el mundo.

—No es mía —repuso él con calma—. Pensé..., bueno, pensaba que Carolyn y yo teníamos algo especial, pero me equivocaba. Ha resultado ser lo mismo de siempre. La única razón de que siga en contacto con ella es porque creo que puedo ayudar a Kimiko. Carolyn y yo hemos terminado; se acabó.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Ryan miró a su hermana con el ceño fruncido.

—No te andes por las ramas. ¿Para qué vas a molestarme? Tú ve directa al grano.

—Perdona —dijo ella, con un toque de indignación—. Estás susceptible,

¿eh? Pues creo que me lo debes. Tú viniste a mi casa e insististe en saber qué me ocurría y por qué había estado invisible durante las navidades.

—Porque te quiero, toda la familia te quiere y era evidente que te ocurría algo. Y por cierto, me gustaría ponerle las manos encima al imbécil de Peter y...

—No estamos hablando de mí —lo interrumpió Patty—. Y ahora voy a citar al gran Ryan Sharpe. Te quiero, toda la familia te quiere y es evidente que a ti también te ocurre algo. ¿Qué ha pasado entre Carolyn St. John y tú?

—Secretos, Patty —suspiró él—. Peter tuvo el suyo y destruyó el mundo que los dos habíais creado juntos. Carolyn tenía el suyo y... —se encogió de hombros.

—¿Estás enamorado de ella?

—No. Bueno, eh, creo que no —Ryan frunció el ceño—. Nunca he estado enamorado, así que puede que me equivoque. Pero eso ya no sirve de mucho, porque lo mío con Carolyn ha terminado.

—Y te duele el corazón —musitó su hermana—. Y es un dolor físico, porque te lo han destrozado y eso duele mucho.

—Sí, así es —asintió él con voz ronca—. Duele mucho.

—No sentirías ese dolor si no amaras a Carolyn. Créeme, yo lo sé. Si no hubiera creído en mi amor por Peter y el suyo por mí, con todo mi corazón y mi alma, lo que me ha hecho no me dolería tanto.

Movió la cabeza.

—Daría cualquier cosa por volver a ser feliz con Peter como antes. Y en lugar de eso, estoy a punto de divorciarme, me encuentro sola con un niño de dos años y voy a dar a luz a otro cuyo padre ya no me quiere ni es el hombre del que me enamoré. Y nada puede cambiar esos hechos.

—No, pero yo puedo cambiarle la nariz a Peter si lo veo.

—Lo que quiero decir es que mi situación no tiene arreglo —prosiguió ella—. Peter se ha ido, vive con otra mujer, ya no me quiere ni quiere formar parte de mi mundo.

Respiró con fuerza varias veces para reprimir las lágrimas.

—Ryan, ¿estás seguro de que no has renunciado a Carolyn demasiado pronto? Tenía un secreto, te ocultó algo. Bien, ¿no puedes aceptarlo? ¿Su secreto es como el de Peter? ¿Hay alguien más en su vida?

—No, no es nada de eso —Ryan negó con la cabeza. Se pasó una mano por la nuca y le contó a su hermana la revelación de Carolyn.

—Un momento —Patty levantó una mano en el aire—. Tú has roto con ella, no porque sea sorda sino porque no te dijo que lo era. ¿Es así?

—Bueno..., sí —repuso él—. En una relación no tienen cabida los secretos, Patty. Tú precisamente deberías comprenderlo. Si hubiera habido algo especial entre nosotros, me habría contado su secreto hace tiempo.

—Para corresponder a los secretos que le has contado tú, claro. Ya sabes, las dificultades que tuviste porque te sentías diferente de niño, distinto a los demás por ser mitad coreano. Tú le contaste todo eso porque forma parte de ti, de tu persona, pero ella no te correspondió contándote su problema de oído. ¿Tengo razón?

Ryan abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla sin decir nada.

—Eso me parecía —Patty levantó los ojos al cielo—. Y no me vengas con que tus problemas son algo personal que solo te interesa a ti. Porque ¿qué puede haber más personal que ser sorda desde niña y tener que lidiar con todo lo que eso debe implicar en la vida de una mujer? A veces es un delito lo terco y bruto que eres. ¡Los hombres sois tan brutos!

—Muchísimas gracias —dijo Ryan mirándola de hito en hito.

—De nada —replicó ella—. Maldita sea, Ryan, mira a Kimiko. Mira qué niño tan guapo. Tú podrías tener un hijo como él, con esos ojos únicos, tu piel maravillosa y una sonrisa luminosa, con solo escuchar a tu corazón por una vez en la vida en vez de a tus fantasmas.

—Eh...

—Un bruto —Patty se puso en pie—. Vamos. Tienes que llevarnos a Tucker y a mí a casa para no llegar tarde al hospital con Kimiko. Pero te aconsejo que pienses en si es demasiado tarde para arreglar las cosas con Carolyn St. John, la mujer de la que estás enamorado.

Capítulo 12

Aquella tarde, Carolyn y Ryan entraron en el apartamento de la primera. Ella llevaba las bolsas con la ropa nueva de Kimiko, que dormía en brazos de Ryan.

—¿Lo pongo en la cama? —preguntó este.

—Por el momento, sí —repuso ella; dejó las bolsas en el suelo—. Le quitaremos solo los zapatos para no despertarlo. Supongo que luego se despertará y querrá comer algo.

Cuando el niño estuvo metido en la cama, con la gorra roja del béisbol al lado, para que la viera en cuanto despertara, Carolyn y Ryan se quedaron mirándolo.

—¡Ha sido tan valiente! —susurró la joven—. Pero es porque tú acallas su miedo hablándole, diciéndole que todo irá bien. Has estado maravilloso, Ryan.

—Me alegro de haber podido ayudar. Es un niño estupendo, ¿verdad?

—Sí —ella hizo una pausa—. Me pregunto si habrá algún medio de seguir en contacto con él. No me gusta pensar que no volveré a verlo ni a saber cómo le va.

—Te comprendo muy bien. Tal vez los coordinadores de este tipo de programas se encarguen de enviar informes de sus progresos de vez en cuando.

—Me enteraré —suspiró ella—. La verdad es que estoy tan agotada como él. Ha sido un día duro. Aunque me parece bien que hayan hecho todas las pruebas juntas para que no tenga que volver mañana. Analizarán los resultados y la operación será pasado mañana. Ay, me da pánico pensarlo.

Ryan le pasó un brazo por los hombros.

—Todo irá bien. Matt dijo que el cirujano es uno de los mejores cardiólogos del país, ¿no?

—Lo sé. Pero Kimiko es muy pequeño y... —movió una mano delante de la cara—. No me dejes empezar. Estoy exhausta emocionalmente. Si empiezo a

darle vueltas a cualquiera de las cosas que tengo en la cabeza, acabaré llorando. Y no quiero hacerlo.

Kimiko se movió un poco, pero no llegó a despertarse.

—Vamos a dejarlo dormir —musitó ella.

—Bien.

Pero no se movieron. Siguieron donde estaban, contemplando al niño dormido. Ryan apretaba a Carolyn contra sí.

Esta cerró los ojos un momento para paladear mejor la fuerza y el calor del cuerpo de Ryan y permitirse el lujo de sentirse protegida y acompañada, porque estaba muy, muy cansada. Apoyó la cabeza en el pecho de él e inhaló su olor, el aroma increíblemente masculino que tan suyo resultaba.

Ryan bajó la cabeza y enterró el rostro en el pelo sedoso y oscuro de Carolyn, que olía a flores y a sol. Levantó luego la cabeza lentamente y la estrechó más contra sí.

Pensó que eran como una madre y un padre que observaran dormir a su hijo después de un día duro. Estaban inmersos en una crisis, pero la superarían juntos, como una familia unida, dándose mutuamente fuerza y coraje.

Eso era lo que siempre había querido.

Lo mismo que en Año Nuevo había decidido no volver a buscar porque nunca lo encontraría.

Pero si en ese momento huía de la realidad, podía fantasear con que ya lo tenía. Y la sensación era maravillosa.

Las palabras de Patty acudieron a su mente y se puso rígido. Volvió de golpe a la realidad.

No. No tenía intención de escuchar lo que tuviera que decir su corazón en relación con sus sentimientos por Carolyn St. John. Y no importaba cuál fuera el mensaje de su corazón, porque el fondo seguía siendo el mismo.

—Sí, bueno —dijo retirando el brazo de los hombros de ella—. Tengo que irme. Intenta dormir un poco antes de que Kimiko despierte y pida la cena.

Carolyn parpadeó; se enderezó.

—¿Qué? Ah, sí. Creo que me tumbaré un rato a ver si puedo relajarme. Tengo la sensación de haber escalado una montaña. Comeré luego con el niño.

Salieron del cuarto, ambos con mucho cuidado de no rozarse. Ryan fue directamente a la puerta de entrada abriéndose paso entre las bolsas de la compra.

—Gracias de nuevo —dijo ella— por comprarle tantas cosas estupendas a

Kimiko y por tu ayuda en el hospital. Muchas gracias, Ryan.

—De nada —repuso él con una mano en el picaporte—. ¿Qué va a hacer Kimiko mañana?

—He tomado la mañana libre y nos quedaremos aquí a esperar que llame el hospital con los resultados de las pruebas y las instrucciones para la operación. Por la tarde puede venir a la agencia conmigo. Supongo que el cambio ayudará a que no se aburra.

Ryan asintió con la cabeza.

—Mañana tengo que ir por la costa con un cliente nuevo a mirar un terreno y no volveré hasta tarde, pero me gustaría estar en el hospital durante la operación. ¿Tienes algún inconveniente?

—Claro que no. ¿Te llamo para decirte la hora y...? Sí, te llamaré.

—Muy bien. Si no he vuelto, deja el mensaje en el contestador. Y ahora procura descansar. Esperaré tu llamada. Hasta pronto.

—Hasta pronto —repuso ella con suavidad.

—Eh... —Ryan movió la cabeza y salió por la puerta, que cerró con más fuerza de la necesaria.

Carolyn se encogió al oír el portazo y fue a tumbarse en el sofá. Se esforzaba por poner la mente en blanco, diciéndose que no debía llorar ni debía pensar. Solo tenía que dormir, dormir, dormir.

Se levantó de repente. Si no sacaba la ropa de las bolsas, se arrugaría y lo último que quería en ese momento era tener que planchar.

Mientras retiraba las etiquetas de las prendas y las doblaba en una silla, empezó a pensar en Patty, que había tomado parte en las compras.

No conocía a la hermana de Ryan, pero le dolía el corazón al pensar en la pesadilla que estaba viviendo. Su problema era tan duro que seguramente estaría abrumada y le resultaría difícil ver luz al final del túnel.

Y a pesar de ello, había dejado a un lado sus angustias para ir de compras con Ryan y que Kimiko tuviera ropa apropiada.

—Tengo que llamarla y darle las gracias —musitó Carolyn doblando la última camisa—. Se llama Patty... ¿qué? Patty, Patty... Clark. Eso es. Y el sinvergüenza se llama Peter.

Encontró en la guía el número de Peter Clark, lo marcó en el teléfono y se sentó en el sofá.

—¿Diga?

—¿Patty? Soy Carolyn St. John. Tú no me conoces, pero...

—Desde luego, sé quién eres —la interrumpió la otra con una carcajada—. Toda la familia sabe quién eres.

—¡Oh! —Carolyn se ruborizó. Carraspeó—. Quería darte las gracias por ayudar a Ryan a comprarle ropa a Kimiko. Acabo de sacarla de las bolsas y es preciosa. Por supuesto, lo que más le ha gustado es la gorra de béisbol roja.

—Esa la ha elegido Ryan. Supongo que es cosa de chicos. ¿Cómo han ido las pruebas del hospital?

—Muy bien. Como estaba Ryan para explicarle las cosas a Kimiko, ha ido todo muy bien. Tu hermano se ha portado de maravilla desde que me traspasaron la responsabilidad de cuidar del niño. No sé lo que habría hecho sin él porque... Maldita sea; me voy a echar a llorar. No me hagas caso. Estoy agotada. Solo quería darte las gracias.

—Carolyn, yo me estoy volviendo una experta en eso de llorar. Supongo que Ryan te ha contado lo que me ha pasado.

—Bueno, sí, y lo siento mucho, de verdad. Mis problemas no son nada comparados con lo que estás pasando tú.

—Tus problemas son a causa de la terquedad de mi hermano, ¿verdad?

Carolyn se echó a reír.

—Eh..., esta conversación ha dado la vuelta. Debería ser yo la que intentara consolarte y siento que estoy a punto de llorar en tu hombro. Tú ya tienes bastante con lo tuyo.

—Los amigos comparten lo bueno y lo malo. Y quiero pensar que nosotras podemos llegar a ser amigas. ¿No sería estupendo? Los amigos no sobran nunca —volvió a reír—. Podemos ir un día a comer y decirnos mutuamente que hay que ir por la vida con la cabeza muy alta. Y luego lloramos juntas hasta no poder más.

—Trato hecho —rio Carolyn—. Y seguramente nos echen del restaurante.

—Carolyn —dijo Patty, con voz seria—, escúchame, ¿vale? Mi vida con Peter, el mundo que tenía con él ha desaparecido. No tengo más remedio que aceptar eso e intentar seguir adelante. Pero tengo que decirte una cosa. Tú no renuncies a Ryan y lo que tenéis juntos.

—Pero...

—Puede que ahora te parezca imposible —siguió la otra—. Pero dale tiempo. Ryan es un hombre maravilloso, pero también es muy..., no sé cómo decirlo..., complejo, con muchas capas bajo la superficie. Y sé que te quiere mucho. Estoy segura. Solo tiene que aclararse un poco y abrirse paso entre la

confusión que se ha creado en su mente. Los hombres pueden ser muy lentos a veces.

—Pero...

—No, no me digas nada ahora, pero piensa en ello. Me alegro mucho de que hayas llamado y estoy deseando conocerte en persona. Nuevas amigas. ¿No te parece maravilloso?

—Sí, así es. Nos veremos pronto. Y gracias de nuevo por ayudar a comprar la ropa.

—Ha sido un placer. Siempre es divertido gastar el dinero de otro. Y Kimiko es un encanto. Dan ganas de comértelo a besos.

—Es un niño muy especial —repuso Carolyn con suavidad—. Adiós, Patty. Ha sido maravilloso hablar contigo.

—Lo mismo digo. Adiós.

Carolyn colgó el teléfono y se quedó mirándolo.

Pensó que Patty Clark era una mujer increíble. A pesar del desastre en que estaba inmersa su vida, se preocupaba por otros: no quería que ella renunciara al complicado y terco Ryan ni a lo que tenían juntos.

Volvió a tumbarse en el sofá. ¿No sería fantástico que Patty estuviera en lo cierto? Tal vez Ryan solo necesitaba tiempo para aclararse y luego volvería en su caballo blanco, la subiría a la grupa y vivirían felices para siempre.

Pero no. Patty, su nueva amiga, se equivocaba bastante a ese respecto. Lo suyo con Ryan estaba tan acabado como lo de ella con Peter. Acabado para siempre.

Muchas horas más tarde, Ryan lanzó un juramento, encendió la lámpara y apartó la manta para sentarse en el borde de la cama. Apoyó los codos en las rodillas, pasó las manos por el rostro y le hizo una mueca al reloj de la mesilla.

Eran las dos y media de la madrugada y no había dormido nada. Estaba completamente agotado, pero solo conseguía dar vueltas y más vueltas mientras un montón de pensamientos parecían andar en círculo por el interior de su mente. Y entre ellos estaban siempre presentes las palabras de Patty.

Suspiró, se enderezó y movió el cuello en un esfuerzo por aflojar los músculos rígidos que le producían dolor de cabeza. Al volver la vista, su mirada cayó sobre el globo terráqueo situado encima de la cómoda y el

corazón le latió con fuerza. Se puso en pie y tomó el mundo en sus manos. Manos que temblaban levemente cuando volvió a sentarse en la cama.

Miró el exquisito globo y recordó una vez más su encuentro con Robert MacAllister, repasando mentalmente todo lo que habían dicho en el estudio de su abuelo.

—Estar en paz con lo que soy —musitó—, aunque sea diferente. Como... como ha hecho Carolyn a pesar de ser diferente.

Sí. Carolyn podría haber usado su sordera como excusa para retirarse del mundo, vivir en casa con sus padres, no correr el riesgo de ser rechazada si daba un paso adelante.

Pero no. Ella había perseguido sus sueños y alcanzado sus objetivos. En la agencia de adopción nadie sabía que llevaba audífonos porque ella quería ser, y era, aceptada por lo que era: una mujer y una profesional muy respetada en su campo. Sí, Carolyn era diferente a la media, pero eso no importaba nada. Y tampoco juzgaba a los otros por sus diferencias. Creía en su trabajo, en que estaba bien crear familias completas añadiéndoles niños de otro país. Esos niños no se parecerían a sus padres, pero ¿importaba acaso? No, claro que no, porque el amor era más fuerte, más potente, que los prejuicios que pudieran encontrar las familias con el paso de los años.

Cuando Carolyn lo había mirado a él, a Ryan, ¿había hecho de inmediato una lista mental de lo diferente que era de otros hombres con los que había salido? No. Lo vio, lo aceptó y compartió con él el acto más íntimo que podía darse entre dos personas.

¿Clasificaba Carolyn a Kimiko como a un niño coreano cada vez que lo miraba? No. Para ella, era un niño necesitado de cariño; ser coreano era solo algo accesorio.

—¡Dios mío! —exclamó Ryan, con la mirada fija en el globo terráqueo—. ¿Qué he hecho?

No había confiado ni creído en ella lo bastante para compartir sus propios secretos, los más íntimos. La había rechazado, la había declarado culpable de prejuicios que no tenía. Y cuando ella había desnudado su alma, le había vuelto la espalda y se había alejado sin decir palabra. Le había hecho creer que lo suyo había terminado porque ella era diferente.

—¡Oh, Carolyn! —dijo con voz emocionada—. Lo siento mucho. Te he hecho mucho daño porque solo podía pensar en mí mismo, en mi egoísta «yo». Solo un..., ah, maldita sea, perdóname.

Levantó el globo terráqueo a la altura de los ojos y lo miró con ojos llenos de lágrimas.

—Este es mi mundo —dijo—. Todo mi mundo. Soy mitad estadounidense y mitad coreano y ambas mitades me completan, juntas forman lo que soy. Este es mi mundo y quiero compartirlo contigo, Carolyn St. John, porque... te quiero con todo mi corazón.

Capítulo 13

El día de la operación de Kimiko, Carolyn estaba a las diez de la mañana al lado de la cama del hospital y acariciaba el pelo sedoso del niño.

—¿Ry? —preguntó Kimiko abrazando la gorra de béisbol contra su delgado pecho.

—Vendrá, Kimiko. Ayer le dejé un mensaje en su contestador, ¿te acuerdas? No te alteres, cariño. ¡Oh, cómo me gustaría que me entendieras! Todo irá bien, ya lo verás. Sé que tienes miedo, pero...

—¡Ry! —dijo Kimiko. Intentó sentarse.

—Hola —dijo Ryan entrando en el cuarto—. ¿Qué pasa aquí?

—Ry —Kimiko sonrió y se dejó caer sobre la almohada.

—Siento llegar tarde —dijo mirando a Carolyn—. Ha habido un accidente en la autovía y el tráfico es espantoso...

Allí estaba Carolyn. La mujer que amaba. Su Carolyn.

—Bueno, ahora ya estás aquí. Kimiko se estaba alterando porque quería verte. ¡Me resulta tan frustrante no poder comunicarme con él y acallar sus miedos! Te envidio por hablar coreano.

—La verdad es que estoy bastante orgulloso de ello —repuso él; habló en coreano con Kimiko.

El niño lo escuchó con atención, frunció el ceño y negó con la cabeza. Ryan siguió hablando y Kimiko le tendió muy despacio la gorra de béisbol, que Ryan tomó en sus manos antes de inclinarse en señal de agradecimiento.

—Menos mal —comentó la joven—. No quería dármela a mí y pensaba que tendría que quitársela cuando estuviera dormido. Aunque me preocupaba su reacción si se despertaba y no la veía.

—Me la ha confiado para que se la guarde. Hace que me sienta como un gigante.

—¿Estamos listos? —preguntó un médico, entrando en la estancia—. Hola, Kimiko; soy el hombre que te va a arreglar el corazón.

Ryan habló en coreano con el niño, que asintió con la cabeza.

—Bien, amigos —dijo el doctor—, vayan a la sala de espera a tomar ese café malísimo. Este muchachito estará como nuevo dentro de algunas horas —miró a otro hombre de verde que entraba en la estancia—. Todo listo, Jerry.

—Oh, pero... —protestó Carolyn.

—Dale un beso a Kimiko —le dijo Ryan.

—Sí. Vale. Estoy muy nerviosa —la joven besó al niño en la frente—. Hasta pronto, pequeño.

Kimiko le dijo algo a Ryan, quien asintió con la cabeza y movió la gorra de béisbol. Besó al niño en la mejilla. Jerry empujó la cama fuera del cuarto, el cirujano dio una palmadita en el hombro a Carolyn y Ryan la tomó del brazo y la condujo a la sala de espera.

—Odio esto —comentó ella sentándose en una silla de plástico—. Lo odio de verdad.

Ryan se sentó a su lado y dejó la gorra con cuidado encima de una mesa pequeña que había junto a su silla.

—Mira eso —dijo.

—¿Qué?

—Mira la gorra de Kimiko.

—Vale, ya la miró.

—¿Te das cuenta de que nunca ha podido correr detrás de una pelota de béisbol, mover un bate ni recorrer las bases porque no tenía esa energía? Cuando le arreglen el corazón, será un niño normal y podrá jugar al béisbol con esa gorra. Eso es importante, ¿no?

Ambos volvieron la cabeza al mismo tiempo y sus ojos se encontraron.

—Sí —asintió ella—, claro que sí. Le esperan muchas cosas maravillosas que antes no podía hacer.

—A veces necesitamos un objeto tangible que nos ayude a centrarnos, a pensar con claridad.

—Como la gorra de Kimiko.

Ryan asintió. Aunque él pensaba en un hermoso globo terráqueo antiguo regalado con amor por un hombre sabio.

—Luego, más tarde, cuando sepamos que Kimiko está bien, lo hayamos visto y estemos fuera de aquí, me gustaría hablar contigo si tú quieres escucharme. Por favor.

—No creo que...

—Por favor, Carolyn.

Ella se puso en pie y empezó a andar por la pequeña sala.

¿De qué quería hablar? ¿Qué más había que decir? Nada. Sí, ella podía decirle que le había roto el corazón. En algún momento de su noche de insomnio había admitido al fin que no podía seguir huyendo de la verdad.

Se había enamorado de Ryan Sharpe.

Era la cosa más estúpida que había hecho en su vida, pero era la verdad. Se había enamorado de Ryan. Aunque no tenía intención de compartir ese dato con el destinatario de su amor. Oh, no.

—¿Carolyn?

Dejó de andar y suspiró.

—Está bien, Ryan. Hablaremos luego, cuando sepamos que Kimiko está bien. Pero no creo que quede nada que decir.

—Quedan muchas cosas por decir —Ryan se detuvo—. Bien, más vale que intentemos ponernos cómodos aquí porque las horas de espera seguramente se nos harán eternas.

Ella volvió a sentarse.

—Odio esto.

Ryan soltó una risita.

—Eso ya lo has dicho, señorita St. John. ¿Quieres café?

—No, gracias. Me sentaré aquí a contar las baldosas del suelo o algo parecido.

—Como quieras.

Cayó un silencio pesado y ninguno de los dos habló durante quince minutos; ambos estaban sumidos en sus pensamientos.

Entonces aparecieron los MacAllister.

Matt fue el primero en entrar. Dijo que se había escapado de su mesa, llena de papeles, porque quería estar donde pudiera oír las primeras noticias sobre la operación.

Después llegaron Robert y Margaret con un ramo de globos de colores, y cinco minutos después apareció Patty, con un oso de peluche vestido de jugador de béisbol y una gorra idéntica a la de Kimiko. Carolyn y ella se abrazaron.

Llegó Jessica, seguida de Emily y Mark, y poco después se presentaron Forrest y Jillian, Bobby y Diane, Ted y Hannah, y algunos otros, hasta que en la sala de espera no cupo más gente y varios permanecían hablando en voz

baja en el pasillo.

Por las conversaciones que oía, Carolyn se dio cuenta de que no había sido algo planeado, sino que cada uno había aparecido por su cuenta con un regalo para Kimiko porque querían estar allí. Y sin embargo, a ninguno le sorprendió lo más mínimo ver a los demás.

Ella estaba a punto de llorar. ¡Qué familia tan increíble y cariñosa! Una familia de la que ella podría formar parte si Ryan la quisiera tanto como ella a él.

Se riñó a sí misma. No debía hacer eso. Amar a un hombre que no la amaba era ya tortura suficiente sin necesidad de incluir también a aquellas personas increíbles a las que no volvería a ver después de ese día. Porque después de ese día, ella seguiría adelante con su vida. Sola. Muy, muy sola.

Había tantas conversaciones a la vez que el tiempo pasaba deprisa y a Carolyn se le encogió el corazón cuando vio al cirujano abrirse paso a través de los MacAllister. Todo el mundo guardó silencio, con la vista fija en el doctor.

—Kimiko tiene un buen club de fans —dijo el médico—. Bien, señoras y caballeros, tengo el placer de anunciar que Kimiko Sung ha salido bien de la operación, su corazón está arreglado y tengo la impresión de que desgastará mucho esa gorra de béisbol que hay en la mesa cuando vuelva a Corea listo para correr y jugar.

—¡Oh, gracias a Dios! —susurró Carolyn; se tocó los labios con dedos temblorosos.

—Kimiko está en recuperación. Está todavía dormido, así que nada de visitas hasta esta tarde —continuó el cirujano—. Y si vienen entonces, no lo agoten mucho. Dentro de tres días podrá volver a Corea, pero se lo diré con seguridad más adelante, ¿de acuerdo? ¿Algo más? Necesito ir a comer.

—Espere —Ryan le tendió la gorra de béisbol—. ¿Quiere ponérsela donde el niño la vea cuando despierte? Es muy importante para él. Le prometí cuidársela hasta que saliera de la operación.

—Desde luego —el médico aceptó la gorra—. Una promesa es una promesa. Eh, Matt, ¿esto es una reunión familiar? ¿Pagáis alquiler por el espacio que ocupáis? —saludó al grupo con la mano y salió de la estancia.

Todos empezaron a hablar a la vez comentando la buena noticias.

—No sé si reír o llorar, Ryan —dijo Carolyn—. ¡Estoy tan agradecida a...! No, me callaré o voy a llorar.

—No hay muchos ojos secos en esta habitación —comentó él.

—No puedo creer que haya venido tu familia. No lo habían planeado, han coincidido aquí. Son maravillosos.

—Sí que lo son —la mirada de Ryan se encontró con la de su abuelo al otro lado de la habitación. Él asintió con la cabeza y Robert sonrió con serenidad—. Sí que lo son.

Matt se vio rodeado de regalos y tuvo que prometer que se encargaría de que llegaran a la habitación donde llevarían a Kimiko cuando despertara de la anestesia. El grupo se dispersó, aunque Jessica y Emily anunciaron que se desviaban un poco para ir a ver a los niños en la planta de maternidad.

—Bien, estamos como al principio —comentó Ryan—. Los dos solos —hizo una pausa—. Mira, tenemos que comer. ¿Por qué no te vas a casa y yo voy a buscar unas hamburguesas y me reúno contigo allí? Es hora de que tengamos esa conversación, ¿vale?

—Quizá deberíamos postergarla —dijo ella sin mirarlo a los ojos—. Han sido unas horas muy emotivas y tal vez sea mejor esperar.

—No, Carolyn; no quiero esperar. De hecho, ya he esperado mucho.

—¿Puedes darme una pista de qué es eso de lo que quieres hablar?

—Del mundo, de dos mundos —repuso él—. De un globo terráqueo que contiene respuestas que al fin he entendido. Vete a casa, Carolyn. Yo llegaré pronto. ¿Pronto? Solo espero que no sea demasiado tarde.

Cuando Ryan llegó al apartamento de Carolyn con las hamburguesas prometidas, la joven estaba nerviosísima de tanto preguntarse qué querría hablar con ella. No se le ocurría qué podían tener que decirse todavía. Lo suyo había terminado.

Se sentó en la mesa de la cocina y, mientras él repartía la comida, pensó que tenía que esforzarse por comer algo o acabaría desmayándose. Los nervios por la operación no le habían permitido desayunar.

—Comida —dijo; tomó la hamburguesa y le dio un bocado.

—¿Quieres sangre? —Ryan le mostró el sobrecito de ketchup.

Ella sonrió a su pesar y se lo quitó de la mano.

—Cuesta creer que Kimiko podrá irse a casa tan poco tiempo después de una operación de corazón, ¿verdad? —preguntó Ryan, con una patata frita en la mano.

—Sí, es cierto —contestó ella—. Pero ayer por la tarde investigué un poco en Internet desde el despacho y todas las páginas que encontré decían que, una vez que se ha cerrado el agujero, la recuperación del paciente es muy rápida y enseguida se producen cambios en su condición física.

Hizo una pausa.

—Creo que tendré que comprarle otra maleta para que pueda llevarse todos los regalos de tu familia. ¡Oh, esto es ridículo, Ryan! No pienso quedarme aquí sentada comiendo una hamburguesa y tampoco quiero conversar contigo con esta nube misteriosa sobre nosotros. ¿De qué quieres hablarme?

Él pensó que había llegado el momento cumbre. Lo que dijera en los siguientes minutos y la reacción de Carolyn determinarían su felicidad futura. Sí, era el momento. Al fin estaba escuchando a su corazón.

Tragó el último bocado de hamburguesa, respiró hondo y exhaló el aire despacio.

—Bien, allá va. En primer lugar, ha habido un terrible malentendido y es culpa mía. Cuando me hablaste de tu problema de oído y me dijiste que llevabas audífonos, me levanté y salí de esta casa sin decirte ni una palabra.

—Ya lo sé —ella mojó una patata frita en ketchup—. Y si no te importa, prefiero no recordar eso.

—Es preciso —dijo él en voz demasiado alta—. Perdona. No era mi intención gritar. Carolyn, sé cómo debiste percibir lo que hice. Pensaste que te rechazaba porque tenías un problema físico. Pero no es cierto. Te juro que no. La verdad es que estoy muy orgulloso de ti, te admiro por todo lo que has logrado, el modo en que estableciste tus objetivos y no paraste hasta alcanzarlos a pesar de tener ese problema.

Carolyn levantó la vista y frunció el ceño.

—Esa no fue la impresión que me dio cuando te lo conté. Ni mucho menos.

—Lo sé, y lo siento mucho. Mi reacción fue completamente egoísta. Pensé en lo que me habías contado y me ofendió que no hubieras confiado en mí y no me lo hubieras dicho hasta que te presioné de tal modo que ya no tenías elección. Consideré tu silencio como un rechazo.

—Pero eso no es...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió él—. Al fin lo he entendido, después de muchos años y mucho dolor. ¿Recuerdas que te dije que no disfruté de mi viaje a Corea?

—Sí.

—Porque iba lleno de rencor. No quería abrir mi mente ni mi corazón. Enseguida buscaba los puntos en los que no encajaba allí tampoco. Los puntos en los que era diferente. Y los encontraba, claro.

—Ryan...

—No me interrumpas —le pidió él—. Gracias a un regalo especial de mi abuelo, a una charla con mi hermana, a un niño llamado Kimiko Sung y a ti, Carolyn, mi lucha ha terminado. He ganado yo. Soy Ryan Sharpe, mitad estadounidense y mitad coreano, y al fin estoy en paz con eso.

—Me alegro —repuso ella. Y era verdad. Ryan había combatido sus demonios y había ganado la guerra, y ahora tenía una vida entera por delante para reír y para... amar. ¡Si al menos...! Pero no—. Me alegro mucho.

—Hay algo más que quiero decirte —Ryan le tomó la mano por encima de la mesa—. Te amo, Carolyn. Te quiero de verdad. Quiero pasar el resto de mi vida contigo y tener hijos contigo. Hijos que serán diferentes en cierto modo, pero Dios sabe que serán queridos. Estoy profundamente enamorado de ti, Carolyn St. John.

El corazón de ella latía con tal fuerza, que su eco le resonaba en los oídos. Abrió la boca para hablar, movió la cabeza y volvió a cerrarla. Miraba a Ryan con ojos muy abiertos.

—¿Me quieres tú? —preguntó él con voz emocionada—. ¿Quieres hacerme el honor de casarte conmigo, por favor?

Carolyn liberó su mano y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No, no me casaré contigo.

Él la miró sorprendido.

—Bien —dijo con voz temblorosa—. Ahora te dejaré en paz y... Vaya; creo que he hecho el ridículo, ¿verdad? Pensaba que tú sentías lo mismo por mí y...

—No me casaré contigo —repitió ella, haciendo esfuerzos inútiles por reprimir las lágrimas—, a pesar de que te quiero con cada fibra de mi ser y sueño despierta con tener un hijo nuestro en los brazos. No, no me casaré contigo porque tú tienes todavía secretos que te niegas a compartir conmigo, secretos que tienen el poder de destruirnos.

—Pero ¿tú me quieres?

Ella asintió con la cabeza; las lágrimas le impedían seguir hablando.

Ryan se levantó y dio la vuelta a la mesa.

—Vamos a la sala de estar. Es hora de que comparta mis secretos contigo. Tienes razón, son fuertes y podrían destruirnos, y no pienso permitir que

ocurra eso. Nunca le he contado a nadie lo que voy a confiarte —le tendió la mano.

Carolyn vaciló un instante antes de tomarle la mano y dejarse guiar a la sala. Se sentó en el sofá y lo observó acomodarse en la mecedora, apoyar los codos en las rodillas y juntar las manos.

—¿Fuiste al baile de graduación del instituto? —preguntó de pronto.

—¿Cómo dices? —dijo ella, confusa.

—¿Fuiste?

—No. No me invitó nadie. Era muy tímida y retraída. La noche de la graduación, mis padres intentaron resarcirme llevándome a cenar a un restaurante de lujo. Fue un desastre, porque había una docena de parejas de chicos cenando allí antes de ir al baile. Fue una noche horrible, que resaltó lo diferente que era de los demás. Me sentí rechazada y muy sola. Hacía años que no pensaba en ese día. ¿Por qué hablamos de esto?

—Lo que acabas de decir demuestra que eres mucho más fuerte que yo. Tú conseguiste olvidar los recuerdos dolorosos de aquella noche y seguir adelante. Yo me quedé emocionalmente enganchado a lo que me pasó el gran día de la graduación y me ha afectado desde entonces.

Ella lo miró confusa.

—No comprendo.

—A esa edad, luchaba mucho por no sentirme distinto. La adolescencia ya es bastante dura de por sí, pero para mí fue terrible. Hice acopio de valor e invité a una chica al baile. Mi familia estaba encantada de que hubiera dado aquel paso. Me compraron un esmoquin y alquilaron una limusina para que llevara a la chica al baile.

Hizo una mueca.

—Cuando llegué a su casa con una orquídea en una caja de plástico decorada con un lazo rosa, abrió la puerta su padre. Al verme empezó a gritar con furia. Me dijo que ninguna hija suya saldría nunca con un extranjero de ojos rasgados y me cerró la puerta en las narices.

—¡Oh, Dios mío! —susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Le dije al conductor de la limusina que se marchara —prosiguió Ryan, levantándose—. Tiré la orquídea a la alcantarilla y empecé a andar. Anduve horas y horas y al final volví a casa. Les dije a mis padres que lo había pasado muy bien en el baile y que mi acompañante era la chica más guapa de todas. No tuve coraje para decirles que su hijo había sido rechazado en la puerta.

—¡Oh, Ryan! Lo siento mucho —dijo ella con un sollozo estrangulado.

—Nunca superé del todo aquella terrible experiencia, Carolyn. No supe asumirla. Me hice a la idea de que me rechazarían muchas veces a lo largo de mi vida y, por supuesto, ha sido así, porque yo siempre lo analizaba todo, dispuesto a hacer montañas de lo que seguramente solo eran granos de arena. Además, procuraba salir con mujeres muy absorbidas por su trabajo, que no querían formar relaciones estables.

—Para protegerte —comentó ella con voz temblorosa—. Construiste muros para evitar el rechazo antes de que te alcanzara y te hiciera daño. Un rechazo que tal vez no se produciría.

—Sí. Pero luego te conocí a ti y desde el primer momento hubo algo especial entre nosotros, algo raro y maravilloso que no se parecía a nada de lo que había vivido hasta ahora. Me permití soñar con que quizá, solo quizá, esta vez sería distinto. A ratos también me decía que tenía que retroceder, ser más duro, dejar de perseguir molinos de viento. Pero mi corazón hablaba más alto que mis fantasmas y empecé a enamorarme de ti sin remedio.

—Ryan...

—Entonces me contaste lo de la sordera y... ¡ay, Carolyn, metí la pata! Me sentí como el crío patético que llamaba a la puerta con una orquídea en la mano y me retiré sin decir palabra, igual que aquella noche.

Suspiró con fuerza.

—No hay excusa para lo que te hice aquella noche, pero te suplico que me perdones. Lo siento muchísimo. Te quiero, siempre te querré. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, pero si te he hecho tanto daño que no puedes perdonarme...

Carolyn se puso en pie y se echó en sus brazos con tal fuerza que él se tambaleó a causa del impacto. La abrazó y ella hizo lo mismo.

—Te quiero, Ryan Sharpe —dijo con lágrimas corriéndole por las mejillas—. Sí, te perdono porque ahora comprendo lo que ocurrió en realidad. Lo comprendo porque ya no hay más secretos entre nosotros.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó él con voz ronca de emoción.

—Sí, me casaré contigo y estaré siempre a tu lado. Tú eres mi alma gemela.

—¡Ah, Carolyn! —Ryan la besó con pasión.

La joven devolvió el beso con total abandono, entregándose por completo.

Fue un beso de perdón, de comprensión y compromiso para el futuro... juntos. Un beso que tuvo el poder de hacerles olvidar dolores y lágrimas

pasados. Un beso de promesas, de esperanza, de amor y de la alegría más grande que ambos habían conocido nunca.

Ryan finalizó el beso despacio, de mala gana, y habló cerca de los labios de ella.

—Te deseo. Quiero hacer el amor contigo. Con la mujer a la que amo con toda mi alma y todo mi corazón.

—Sí, yo también te deseo. Hoy es un día muy especial.

—Es el primer día del resto de nuestra vida juntos.

Fueron al dormitorio, donde el sol caía sobre la cama como una hermosa cascada dorada. El deseo ardía en su interior en forma de llamaradas de calor. Se desnudaron con prisa, apartaron las mantas y se dejaron caer abrazados sobre la cama.

—La magia —susurró ella con la vista fija en los ojos oscuros y embaucadores de él—. Está aquí otra vez, igual que antes. ¿La sientes tú? ¿La magia?

—Oh, sí, cariño. La siento. Y siempre estará presente porque somos nosotros los que la creamos cuando estamos juntos. Es nuestra eternamente.

—Te amo, Ryan.

Sus labios se encontraron, y sus lenguas jugaron en la dulce oscuridad de la boca de Carolyn, bailando, acariciándose, mientras las manos producían caricias gentiles y recorrían senderos ardientes sobre la piel.

La tensión crecía en el interior de ambos, pero ellos esperaban, anticipando lo que llegaría, paladeando el sabor, el olor, la esencia misma del otro.

—Vida mía —murmuró él—. Esposa mía.

—Esposo mío —susurró ella—. Y padre de los hijos con los que espero seamos bendecidos. Una casa llena de Kimikos pequeños.

Ryan soltó una carcajada.

—Creo que tendré que revisar los planos de la casa y añadir más dormitorios. Diseñaremos juntos nuestro hogar para que sea perfecto para nosotros y nuestros hijos. Será un hogar lleno de amor y risas.

—Sin espacio para secretos.

—No. Nada de secretos. Nunca más —Ryan paseó su mirada ardiente por el cuerpo de Carolyn—. ¡Qué hermosa eres!

No hablaron más, cedieron a la pasión y, cuando se fundieron en uno solo, la magia pareció crecer en intensidad, transformándolos en una entidad única donde no solo estaban unidos sus cuerpos sino también sus mentes y sus

corazones.

Se movían como un solo ser. Con un ritmo salvaje y maravilloso que los transportaba hasta la cima de la catarata de rayos de sol para dejarlos caer desde allí a un lugar muy íntimo.

—¡Ryan, oh, Ryan!

—Te amo, Carolyn.

Se abrazaron como si no quisieran separarse nunca, paladeando cada sensación del orgasmo en una oleada tras otra antes de flotar de regreso, relajados ya, hasta la piscina dorada de rayos de sol del lecho.

Y después durmieron abrazados, soñando con el futuro que compartirían.

Carolyn se movió, abrió los ojos y sonrió al ver a Ryan, que dormía pacíficamente a su lado.

¡Lo quería tanto! Habían vencido dificultades juntos y el futuro ya era suyo, para que pudieran amarse a partir de ese día.

¡Qué extraño era todo! Un niño llamado Kimiko Sung había llegado desde el otro lado del mundo porque necesitaba ayuda, necesitaba que le arreglaran el corazón.

—Y un niño los guiará —susurró ella.

En realidad, gracias a Kimiko habían seguido en contacto cuando ambos estaban heridos y enfadados, dispuestos a darlo todo por terminado y seguir caminos diferentes. El corazón del Kimiko no era el único que había sanado; también los de ellos dos.

Carolyn se puso rígida y miró el reloj. Se sentó con fuerza en la cama.

—Kimiko —dijo. Sacudió a Ryan por el hombro—. Despierta. Tenemos que ducharnos, vestirnos, comer algo e ir al hospital a ver a Kimiko. No podemos dejar que crea que nos hemos olvidado de él.

—Mmm —musitó Ryan sin abrir los ojos.

—Ryan, piensa en Kimiko. El pobrecito seguramente estará mirando la puerta de su habitación y pensando dónde nos hemos metido. A lo mejor está llorando. A lo mejor... Despierta.

Ryan abrió los ojos.

—Estoy despierto. No, no lo estoy. Sí lo estoy. ¡Dios mío! Es casi de noche. Tenemos que ir al hospital a ver a Kimiko.

—Me alegra que opines eso —rio ella.

—Date prisa. Oh, vamos. Si está llorando, no me lo perdonaré —Ryan saltó de la cama—. ¿Crees que estará llorando?

Kimiko no lloraba.

Estaba incorporado sobre las almohadas, con la gorra de béisbol en la cabeza y absorto en un juego electrónico de mano. Los demás regalos de los MacAllister estaban esparcidos por la cama.

—Hola —dijo Ryan cuando llegó a su lado.

El niño los saludó con un movimiento de cabeza, pero no dejó de jugar.

—Creo que no nos ha echado de menos —sonrió Carolyn—. Ah, es increíble el buen aspecto que tiene. Me cuesta creer que lo hayan operado del corazón esta mañana.

Ryan le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra sí.

—Esta mañana han pasado muchas cosas milagrosas, mi futura esposa.

—Eso es cierto, mi futuro marido.

Kimiko levantó la vista y sonrió.

—Ry. Hola. Hola.

—Hola —respondieron ellos al unísono.

El médico entró en la estancia y se detuvo a los pies de la cama.

—Bien, amigos; esto es todo por hoy. Este niño tiene que dormir.

—Pero acabamos de llegar —dijo Ryan.

—Pueden verlo mañana.

—Parece estar bien —musitó ella.

—Ha ido todo muy bien. Lo observaremos un par de días, le daremos comida nutritiva y lo enviaremos a casa con sus padres. Ahora les vamos a mandar el mensaje de que todo va bien. Dentro de poco todos habrán olvidado que hubo un tiempo en el que el corazón de Kimiko estaba..., bueno, roto.

Carolyn y Ryan intercambiaron una sonrisa tierna.

—Sí —comentó ella—. Todos podremos olvidarnos de los corazones rotos.

Tres días después, Carolyn se secaba los ojos con un pañuelo y observaba desaparecer en el cielo el avión que transportaba a Kimiko.

—¿Cómo es posible que esté tan contenta y tan triste al mismo tiempo? —preguntó a Ryan—. Estoy contenta porque Kimiko está sano y es un niño feliz

que tiene muchas ganas de volver a ver a sus padres. Pero se ha convertido en una parte importante de nuestra vida y lo voy a echar mucho de menos. ¡Me ha dado un abrazo tan fuerte de despedida! Y... eh...

Ryan la besó en la frente.

—Sabíamos que su marcha sería dura, pero he planeado una velada especial para que nos recuperemos un poco.

—¿De verdad? —ella se secó los ojos una vez más—. ¿Qué vamos a hacer?

—Es una sorpresa. Te iré a buscar a las siete en punto. Ponte el mejor vestido que tengas.

Carolyn se miró al espejo y movió la cabeza en un gesto de aprobación.

El vestido era algo más atrevido de lo que estaba acostumbrada a llevar. Pero cuando había salido de compras después del trabajo y lo había visto en el escaparate de una boutique, le había parecido que llevaba su nombre escrito.

—Estás muy sexy —dijo a su imagen.

La falda llegaba hasta las rodillas, pero lo que llamaba la atención era la parte de arriba. Tenía tirantes muy finos y tiras verticales de delicado encaje. El escote caía hasta la parte de arriba de los pechos, insinuando lo que había debajo. El color era un verde marino con un tono perlado que emitía reflejos cuando le daba la luz.

Completaban el vestido zapatos de tacón, un chal de encaje y un bolso pequeño. Se había lavado el pelo, maquillado solo lo justo y puesto un perfume fresco de flores en las muñecas y en la base del cuello.

Cuando llamaron a la puerta, corrió a abrir. Ryan entró en el apartamento y se quedó mirándola.

Carolyn lo miró a su vez y observó con atención cada centímetro de su cuerpo.

Llevaba un esmoquin cortado a medida, camisa blanca almidonada con gemelos de oro y faja de raso.

Y en la mano, una caja de plástico transparente con una hermosa orquídea. Un lazo de raso rosa decoraba la caja.

—Estás sensacional —dijo él—. Más vale que nos vayamos ya. Tengo una limusina esperando abajo. Esta noche vamos a tener nuestra graduación particular. Enterraremos el pasado para ser plenamente libres de avanzar hacia el futuro.

Carolyn tenía la sensación de que su corazón iba a estallar de amor.

—Oh, Ryan. Esto es lo más romántico que... —sonrió—. Vamos a la graduación.

—Sí, y después de bailar toda la noche, iniciaremos nuestro viaje juntos. Te amo.

—Y yo a ti. Estoy lista, amor mío. Estoy lista.

Epílogo

La avioneta de seis plazas salió de una nube algodonosa y pudieron ver la tierra bajo ellos antes de introducirse en otra nube. El murmullo de los motores, unido a los efectos del cambio horario, acunaban a Carolyn en un estado de ensueño.

Miró a Ryan, que iba sentado a su lado y estudiaba un mapa con atención.

Sonrió. Aquel era su marido. Su alma gemela. Su compañero de por vida. ¡Y cómo lo amaba!

Apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento y cerró los ojos, decidida a recordar lo vivido en los cuatro últimos meses.

Su boda a primeros de febrero en una iglesia pequeña y acogedora de Ventura había sido perfecta. Asistieron sus padres, toda la familia MacAllister y los amigos de Carolyn de la agencia de adopciones. Ella llevaba un traje blanco largo sencillo y elegante y un ramo de orquídeas pequeñas para recordar la noche en que Ryan había creado una graduación para ellos solos.

Fueron de luna de miel a San Francisco, donde concibieron su pequeño milagro y, a la vuelta, se instalaron en el apartamento de Ryan, bastante más amplio que el de ella. En las semanas siguientes trabajaron con diligencia en los planos de la casa que se convertiría en su hogar.

Luego su marido le había propuesto ese viaje y a ella le encantó la idea. Y allí estaban, saltando de una nube a otra en la pequeña avioneta.

El ruido del motor cambió y Carolyn abrió los ojos y miró por la ventanilla. La avioneta empezaba a bajar en dirección a una pista estrecha. También había un edificio pequeño, el único que se veía.

—¿Cómo estás? —preguntó Ryan, que había doblado el mapa—. Este viaje desde el aeropuerto principal no ha sido muy suave que digamos. ¿Tu pasajero y tú estáis bien?

Carolyn sonrió y se dio una palmadita en el estómago.

—Muy bien. Se mueve un poco, pero va todo bien.

—Estoy seguro de que es una niña —dijo él por enésima vez.

—No —repuso ella—. Te lo repetiré una vez más. Maggie tuvo un niño, luego Emily tuvo una niña, a la que siguió el niño de Jessica y, muy poco después, la niña de Alice. Es muy sencillo. El siguiente tiene que ser niño.

—Y yo no dejo de recordarte que el niño de Patty nacerá antes que el nuestro. ¿Y si ella tiene un niño?

Carolyn soltó una carcajada.

—Entonces mi teoría queda invalidada y tendremos una niña.

Ryan la besó en los labios.

—Sí. Y por cierto, señora Sharpe, te quiero.

—Y yo a ti. Ah, ya aterrizamos.

El avión tocó tierra con cierta brusquedad y fue frenando despacio hasta parar del todo. Se abrió la puerta y colocaron las escaleras. Ryan fue el primero en acercarse y tendió la mano a su esposa.

—Bienvenida a Corea —dijo—. Bienvenida a mi otro hogar. Estoy tan orgulloso de ser parte de este como del que hemos dejado al otro lado del océano. Hay muchas cosas que quiero enseñarte en las dos semanas que estaremos aquí. Esto es parte de mi herencia.

—Y también de la de nuestro hijo —sonrió ella.

Bajaron la escalerilla y echaron a andar hacia el pequeño edificio. La puerta se abrió y por ella salieron un hombre y una mujer que los saludaron agitando la mano.

Y entonces apareció él..., Kimiko.

Dejó atrás a sus padres y corrió a toda velocidad hacia Carolyn y Ryan, con la gorra roja de béisbol bien calada en la cabeza. Corría con energía a recibir a sus amigos especiales, encantado de volver a verlos, impaciente por darles la bienvenida a... casa.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

Atardecer
en
Central Park



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah

9788491881452

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio...El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón...Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie

tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

9788491881469

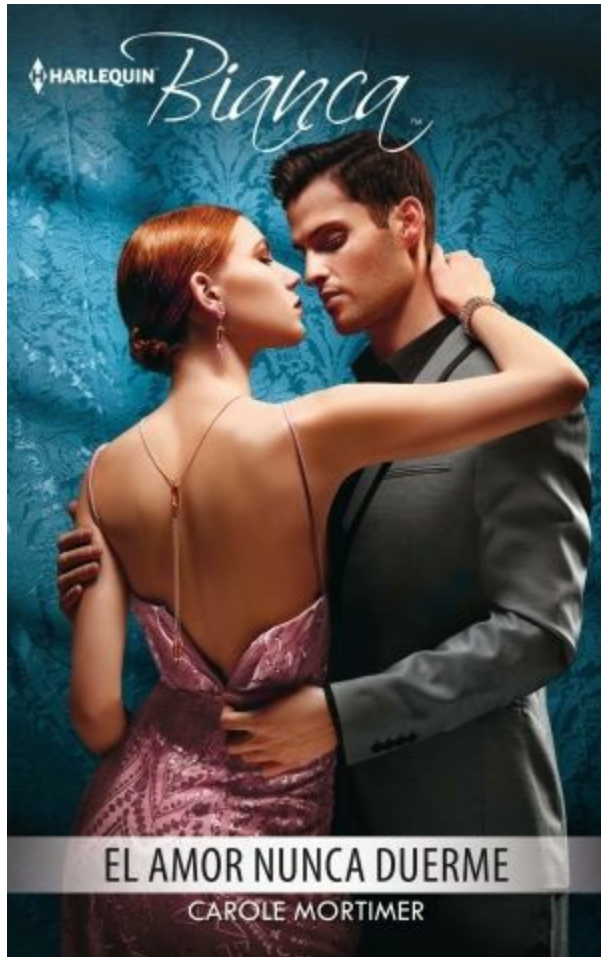
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar

su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... idispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Lindsay McKenna

De
todo
corazón

e^{lit}

De todo corazón

Mckenna, Lindsay

9788491888840

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En mitad de la lucha contra el tiempo para salvar a cuanta gente fuera posible de un terrible incendio que estaba asolando la ciudad, el teniente Wes James encontró a un verdadero ángel: la teniente del servicio de rescate Callie Evans, que desafiaba a la muerte mientras intentaba desenterrar supervivientes de entre los escombros. En aquel infierno sus ojos azules brillaban llenos de esperanza. La inocencia y el valor de Callie consiguieron conmover al duro Wes y, bajo su atenta mirada, ella floreció en todo su esplendor. Sin embargo, los golpes del pasado no le permitían a Wes entregarle su corazón por completo, aunque al mismo tiempo se moría de ganas por hacer de ella algo más que su compañera de trabajo...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Jazmin
Primer amor

Joan Elliott
PICKART

Una larga espera

HARLEQUIN

Una larga espera

Elliott Pickart, Joan

9788491700111

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Había dejado su corazón en aquel lugar... y ahora regresaba para entregárselo a él. Laurel Windsong había creído que dejar Willow Valley y a su primer amor, Ben Skeeter, sería lo más difícil que tendría que hacer en su vida. Pero volver diez años más tarde resultó ser aún más duro. Corrían rumores por todo el pueblo sobre el motivo de su regreso; si había vuelto para siempre y si Ben y ella se dejarían llevar por la evidente atracción que seguía habiendo entre ellos. Pero tenía secretos que debía desvelar antes de poder entregar su corazón a Ben. ¿La esperaría, o quizá había perdido al único hombre que había amado?

[Cómpralo y empieza a leer](#)